

Víctor Sueiro

No tengan miedo

El libro de la esperanza y el coraje
de la clase media argentina



Si creemos que todo está perdido,
hay que salir a buscarlo

Biblioteca Víctor Sueiro  Planeta

No tengan miedo

Índice de contenido

[Portada](#)

[Portadilla](#)

[Legales](#)

[Agradecimientos y afectos](#)

[Ante todo](#)

[1 Busca lleno de esperanzas](#)

[2 Pelotas](#)

[3 Pelos tiene mi barba](#)

[4 Estaciones](#)

[5 Dedos](#)

[6 Pasos hacia la luz](#)

[7 Maravillas](#)

[Después de todo](#)

Víctor Sueiro

No tengan miedo
El libro de la esperanza y el coraje de la clase media
argentina

Sueiro, Víctor

No tengan miedo. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Planeta, 2015.

E-Book.

ISBN 978-950-49-4344-0

1. Espiritualidad Cristiana.

CDD 248.56

© 2002, Víctor Sueiro

© 2008, Herederos de Víctor Sueiro

Diseño de cubierta: Departamento de Arte de Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Todos los derechos reservados

© 2014, Grupo Editorial Planeta S.A.I.C.

Publicado bajo el sello Planeta®

Independencia 1682, (1100) C.A.B.A.

www.editorialplaneta.com.ar

Primera edición en formato digital: enero de 2015

Digitalización: Proyecto451

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del “Copyright”, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático.

Inscripción ley 11.723 en trámite

ISBN edición digital (ePub): 978-950-49-4344-0

A Rosita, Rocío y mi mamá. Por todo.
Si no estuvieran, yo no estaría.

Agradecimientos y afectos

- A los que desde hace tiempo me regalan cosas de tanto valor que no tienen precio:

Monseñor Jorge Bergoglio, su inteligencia, su calidez y su ejemplo.

Monseñor Roque Puyelli, su sostén, su guía y su cariño.

Mirtha Legrand, su apoyo y su afecto.

Dr. Luis de la Fuente, su amistad y su talento.

- A mis hermanos periodistas que en el librito anterior y sin que nadie se los pidiera, me dieron una mano. Les doy aquí mi corazón.

Jorge Rial, Mario Pergolini, Rony Vargas, Marcelo Tinelli, Osear Gómez Castañón, Daniel Hadad, Marcela Tauro, Marcelo Polino, Susana Fontana, Antonio Carrizo, Oscar González Oro, Lucho Avilés, Jorge Jacobson, Beto Casella, Guillermo Blanc, Nora Brioso, Jorge Lafauci, Elena Castelli, Antonio Laje, Luis Ventura, Héctor Larrea, Oscar Cesini, Carlos Mut, Eduardo de la Puente, Ari Paluch, Teté Coustarot, Gloria López Lecube, Juan Alberto Badía, Rolando Hanglin, Mario Mactas, Esteban Mirol, Bernardo Neustadt, Marcelo Gantman, Fanny Mandelbaum, José María Listorti, Guillermo Andino, Adrián Noriega, Evelyn Scheild, Luis Pedro Toni, Carmen Barbieri, Gabi Galaretto, Laura Ubfal, Cristina Banegas, Gabriela Arias, Verónica Podestá, Horacio Embón, Laura Pintos, Rodrigo Lastreto, Georgina Barbarossa, Teresa Ferrari y María Belén Aramburu.

- Esta gente no tiene miedo, cada uno en lo suyo. Los quiero especialmente. Solo pensar en ellos me da fuerzas y hace mi vida mejor:

Jorge Fernández Díaz; Jorge de Luján Gutiérrez; Sebastián y Kiki Bagó; Jorge Cupeiro y familia; Dr. Roberto Bosca; Constancio Vigil; Costi y Marina; Dr. Hugo Skare y familia; Jorge, Silvia, Morena y Rocío Rial; Rafael y Cecilia Pannullo; Jorge y Sarita Naveiro; los Lauría; Roberto, Miriam, Daiana y Rodrigo Fernández; Mónica Castellano; Luis, Liliana, Mariano, Fernando y María José Imperial; Mario Delgado; Roberto y Alba Girini; Osear Blotta; Jorge y Sandra Corti; los Trepén; Amadeo D'Angelo; los Giménez (La Palmera); Pascual Nigro y familia; Marcela Oliver; Dres. Yuri y Silvia Turanza; Luis Montefiore; Gustavo Reales; Arturo y Gaby Ruggeri; los Morales; Dra. Elizabeth McAdden; Dr. Roberto Cambariere; Pde. Martín García; Pde. Cirilo Ignacio Caminos; Pde. Fernando Abraham; Dorita Philpotts; Sebastián Salmoyraghi y familia; Agustín Salinas; Dra. Ana Anzulovich; Baby Etchecopar; Pepe Fechoría y familia; Juan Alberti y familia; Diego Pérez; Vinci; Juan Carlos y Delia Fernández; los Pérez Loizeau; Mario Gavilán; Arturo y

Tita Riat; Emilia Ghelfi; Jorge González; Mirta Carriquiri; Mónica Banyik; Adriana Figini; Natalia Marano; Amalia Ugolini; Claudio Sabadín; Dr. Raúl Tear; los Nacuchi; Mariana Lotter y Sergio Valdecantos.

Ante todo

(No lo pasen de largo. Es imprescindible)

Dame la mano, vamos. Quiero sentirla así, aquí, apretando la mía con sudor y ansiedad. Vamos a emocionarnos juntos, a temblar un poco pero también a aspirar una bocanada de aire puro, ya que la esperanza no es otra cosa que eso; a levantar la frente nuevamente, ya que el coraje no es otra cosa que eso. Esta vez, más que nunca, quiero tratarte con una suavidad y una ternura que merecés y necesitás.

Nos queman las entrañas el todos contra todos, esta furia violenta que nos llena de angustia y nos decreta el miedo.

La idea de este librito es muy simple y cariñosa: esto no es una gran obra literaria ni mucho menos. Pero hay que hacerlo. Un ladrillo no es, tampoco, una obra de arte. Pero hay que hacerlo. Y un día, con suerte, será parte no solo de una casa sino de un hogar. Eso es este librito, un hogar al que ustedes pueden entrar como y cuando quieran, les pertenece.

Para todos, pero de manera muy especial para la apaleada clase media argentina en todos sus niveles, esto es un grito de papel para que nos dejemos de lloriquear por los rincones lamentando el dolor de ya no ser. O de estar al borde de ya no ser. No imaginen ni por un segundo que aquí encontrarán complicidad para sumar angustias ni quejas recién acuñadas. Ya hay mucha gente que se encarga de eso y lo que mejor hacemos en los últimos tiempos (digamos unos 50 años) es competir en la charla para ver quien cuenta la peor catástrofe. Casi siempre empatamos.

Algo importante: no siento ni la menor simpatía por la política tal como se la ejerce y mucho menos por los que la ejercen. No entiendo de política, entiendo de gente común como yo mismo, y como tal escribo.

A todos nos duele la violencia, la desocupación desgarradora que es otra forma de violencia, el hambre de demasiados compatriotas, la impunidad de algunos, la soberbia estúpida de otros que fracasaron en el poder y ahora son gurúes de la nada, el maltrato que nos dan los gobernantes y tantas otras cosas más, pero la idea de estas líneas es soplar las heridas en lugar de arañarlas. Tampoco hallarán aquí métodos para encontrar la felicidad a través de una sicología elemental que luce muy simpática en un texto pero que en la vida es menos útil que papel higiénico de celofán. Yo no escribo libros de autoayuda, soy un periodista que —en todo caso— trato de dar ayuda lisa y llana, sin autos, mostrando lo más noble y alentador del alma, en este caso la esperanza y el coraje. Pongamos en claro que a mí también me pesificaron, me acorralaron, me depreciaron y me devaluaron la existencia, pero tal vez la diferencia esté en que tengo una fe a prueba de gobiernos y tanta esperanza que hasta me sorprende a mí mismo. En una palabra: estamos todos en el *Titanic*, pero yo tengo una balsa, un plan para intentar salvarnos y unas ganas enormes de compartir eso con ustedes. Floten, hagan la plancha, no hagan olas, no entren en pánico y agárrense del borde de la balsa. Lo que sigue

también es la vida.

Hay gente que se nos está muriendo de hambre. Es cierto y solo escribirlo me provoca dolor en el pecho y náuseas en el alma. Todos, pero todos, debemos hacer algo por ellos, mucho más allá de la política, que torna sospechoso casi todo lo que roza. Como personas tenemos que ayudar a los dueños del frío y del hambre y del llanto. Sin ostentación, en silencio, que es como se hacen esas cosas. Queda en cada conciencia. Y también hay muchos que comen, pero que se mueren de desesperanza, que sienten que todo terminó, que no tienen más ganas de nada. Allí aparece este librito, diferente de todos los que escribí hasta ahora, queriendo devolverles y devolverme las sonrisas que también nos robaron. El autor (ese vengo a ser yo, «pero suena más elegante decir «el autor» y hablar en tercera persona como el Papa o Maradona) sigue con su tarea de desesperarse para que ustedes no desesperen, pero ahora con ayuda especial. Van a encontrar en este librito algunos textos entrañables que tal vez ya conocen, pero lo distinto es que aquí están todos juntos después de una selección larga y delicada. Hay e-mails que también se suman en esta campaña de papel por recuperar las fuerzas. Son textos que, en su casi totalidad, están originados en otros países por lo cual los reescribí por completo y les hice agregados para hacerlos más nuestros. En el librito hallarán a algunos personajes célebres y otros no tan conocidos pero con testimonios que nos enseñan a vivir con ganas y sin miedo.

Me dirán que no es fácil, seguramente. Y tendrán razón, pero tampoco es imposible. Por otra parte, el premio es tan grande que vale la pena intentarlo. Solo hay que golpear en las puertas indicadas:

- La esperanza, esa amiga que siempre tiene un minuto para atendernos.
- El humor, una de las virtudes preferidas por Dios.
- El ingenio, eso que hace más traviesa la vida.
- La fe, sin fanatismos. Esa suavcita pero firme, tanto como para aferrarnos a ella si el colectivo de estos días que nos tocan vivir agarra el empedrado.
- El amor, ese beso en la frente que nos da un ángel.
- La unidad nacional, lo que nos marca como argentinos mucho más allá que cualquier ideología. Lo que mata rencores y revive futuros.
- El coraje, dueño de la palabra final.

En este librito no nos haremos los superados o transgresores pero no habrá prejuicios. Ni siquiera juicios. Ni juicio. Es un libro hermosamente loco y abierto, una caricia después de tanto cachetazo.

Hoy nada es fácil, es cierto. Lo único fácil es no hacer nada, pero me niego a mirar el partido desde la tribuna, quiero jugar mi juego, el único que sé: dar un vistazo a lo bueno para ayudar un poco. Acompañar. Un libro que te acompaña, más que libro es un amigo. Eso quiere ser este librito para ustedes y para siempre. Sé que en la Argentina de hoy muchos habrán hecho un sacrificio para comprar este ejemplar, por eso es que aquí dentro va todo mi corazón y puse lo que tengo de hombre sobre la mesa para intentar mejorarnos la vida, para recuperarla.

Dame la mano, hermano más que nunca, hermana más que nunca. Y vamos. Vamos, todavía. Este año, este día, este minuto que llega puede ser mejor. Tiene que ser mejor. Y es todo tuyo, todo nuestro.

VÍCTOR SUEIRO
Agosto de 2002

1

Busca lleno de esperanzas

Hace unos siete años, el locutor y periodista Oscar González Oro no era famoso como hoy pero ya era muy bueno en su trabajo radial, filosamente inteligente muy sensible para algunas cosas cotidianas. Un día, hablando de temas menores como la vida y la muerte, me contó algo ideal para arrancar con este empujón a favor del alma. Me dijo que tiempo atrás había pasado por una de esas épocas en las que los problemas, las dudas y los miedos forman una terrible patota que nos ataca y pega sin tregua y sin piedad. Así se sentía. Sentado en el bar La Biela, de Recoleta, solo y de color gris, desafiando su habitual pulcritud con dos días sin afeitarse, dando sorbitos a un café ya frío y pitadas lentas a un pucho que ya llegaba al filtro, estaba en el instante mismo en que uno decide bajar la guardia porque ya no tiene fuerzas ni para putear ni para llorar. De pronto levantó la cabeza de golpe, emergiendo de esa nada peligrosa como quien saca la testa de bajo el agua para respirar un poco más, aunque sea un poco más. y la vio, allí enfrente. La iglesia del Pilar, a unos doscientos pasos, quieta por fuera. Oski no es del tipo religioso pero tampoco un negador. «¿Por qué no?», se dijo. Y, casi sin darse cuenta, se descubrió entrando al templo. Creo que hasta él mismo se sorprendió por arrodillarse frente al altar y repasar sus cuitas para que Dios no se olvide. Rezó, después de años de no hacerlo. Al rato salió y comenzó a caminar por esas calles arboladas con un ritmo tranquilo pero firme. Varias cuadras más tarde advirtió que había seguido hablando mentalmente con Dios mientras caminaba y que su estado de ánimo había mejorado de una manera notable. Sonrió un poquito, como sobrando al destino. Días después aquellos problemas pasaron a ser historia, como todos los problemas, tarde o temprano. Al contarme aquello, estalló algo que siempre me pareció una delicada metáfora: la fe te hace arrodillar, la esperanza te hace caminar.

Es cierto que en la Argentina del siglo XXI aparecieron otras opciones corporales más allá de arrodillarse o caminar. Hay medidas económicas que te acuestan, noticias que te hacen sentar de culo, cambios bruscos que te dejan parado y quieto como si sonara el Himno, personajes que te hacen retroceder, ajustes que te hacen correr pero la coneja y —en todos los casos— situaciones que te ubican primorosamente en una cuerda floja que deberás transitar haciendo malabares con pesas de gimnasio, con los ojos vendados, una pierna herida, un cólico renal, un negro enorme que avanza por detrás con un tridente y ocultas intenciones que mejor no preguntar y un incendio allá abajo al que caerás si no te cuidas. Hoy hay movimientos corporales para todos los gustos y todos los disgustos, pero arrodillarse por la fe y caminar por la esperanza siguen siendo los que nos

hacen sentir llenos de ánimo, a pesar de todo. Aprendamos de González Oro, caminemos. A algún lugar vamos a llegar. Además, hacerlo nos garantiza alejarnos de estas cosas de pesadilla que nos tocaron. Y eso no es poco.

Siglo XXI, cambalache

No sé ustedes, pero a mí todavía me parece mentira que estemos en el año 2002. Siento como si en cualquier momento me fuera a topar con Flash Gordon al dar vuelta una esquina. Ahora que lo escribo me doy cuenta de que hay algunos de ustedes (unos 36 millones), que son menores que yo, niños casi, que no tienen ni la más remota idea de quién era Flash Gordon. Digamos que un Indiana Jones del espacio, un Tom Mix de las galaxias... Tom Mix era un Flash Gordon pero vestido de vaquero. No, de jeans no. Vaquero, cowboy, *convoi*, como les decíamos en el barrio.

Dios, qué comienzo complicado. Hablé de Flash Gordon, Tom Mix, el barrio y encima hubo una parte en la que escribí la palabra «niños». Como las maestras de primero inferior. Bueno, bingo, ahora le agregué eso: «primero inferior», algo que no existe desde Mariano Moreno, día más, día menos. Y me alegro mucho de que no exista. Tal vez por esa maldita denominación muchos de mi generación estuvieron condenados al diván o se sientan en los restaurantes en las mesas de los rincones, cerca del baño, donde nadie quiere ir. Si uno arranca el colegio en una clase a la que denominan inferior, no se puede pedir mucho para el futuro, hermano. Los que tuvimos que pasar por eso somos todos hijos del bochorno. No se sientan mal por eso ya que en nuestro país hay una gran cantidad de hijos de cosas peores y ahí andan.

Pero, volviendo al tema inicial: ¿no les parece una maravilla esto de estar en el año 2002? Aunque tiene lo suyo, no vayan a creer. En lo que ya es el siglo pasado uno hablaba de la década de los 10 y nuestro recuerdo formaba las imágenes que vimos en fotos viejas de diarios viejos: los actos del Centenario, hombres de galera, carruajes señoriales, visitas ilustres; década de los 20 y en la mente se armaba Chicago, los años locos, Capone, el charleston; década de los 30 y la gran depresión norteamericana, fraude electoral por estos pagos, récords aéreos; década de los 40 y el bolero, la Segunda Guerra, Europa hambreada; década de los 50 y mujeres más vamps, nace el rock, Presley, muere Evita, cae Perón; década de los 60 y los Beatles, el rock nacional, la minifalda, Cortázar, la revista *Gente*, muere el tranvía; década de los 70 y el fin de Vietnam, los hippies, los blues rockeros, los años de plomo y muerte, un manchón negro; década de los 80 y la computadora personal, el atentado al Papa, Malvinas, la democracia, el austral, la hiperinflación; década de los 90 y los celulares, Internet, bolero otra vez, un peso igual a un dólar, pizza con champagne, Clinton con su vicio de los cigarros, desocupación en todo el mundo y lo que ya saben. Pero ¿y ahora? ¿Cómo se llama a esta? ¿La década del cero?

Como decía mi abuelita Teresa cuando había un personaje que era de lo peor: «Ese

no tiene nombre». Sí que tenía nombre, le decían de todo al tipo, incluyendo ingratos recuerdos para su mamá. Pero el dicho era ese: «no tiene nombre». Como esta década, qué le va a hacer. Ya ven, arranca difícil. Por eso es necesario reforzar la esperanza, darle agüita al coraje; alimento al amor; caricias a la fe y sacar a relucir las ametralladoras que disparan flores. Miren, si son realmente sinceros, más de cuatro de ustedes tenía el miedo a cuatro manos porque en el fondo —muy en el fondo, allá donde duermen las pesadillas irracionales— no sabían del todo bien si no iba a pasar algo terrible al dar las doce finales del segundo milenio. Ahora yo escribo «finales», ustedes lo leen y no pasa nada porque la cosa quedó atrás. Pero si leían la palabra «final» poco antes de que terminara 1999, había como un vacío en el estómago y, sin proponérselo, se les arrugaba el alma, para decirlo en fino y no ser guaso de entrada. No me digan que no lo pensaron al menos una vez, una vez solita, sin darle demasiada importancia y sonriendo por fuera, pero con una duda, así de chiquita, dale, no me mientas, una sola vez, una duda chiquita, una de esas cosas que aceleran la flora intestinal, decí la verdad.

De manera absolutamente razonable y racional, no pasó nada raro. Y los que lograron arribar a este 2002 se agrandan como avalanchas y se ríen diciendo pero déjense de embromar, a quién se le ocurre que podía haber pasado algo, por favor, hablemos en serio. Los humanos somos así, saltimbanquis del miedo, malabaristas de las dudas, domadores de nada. Solo unos pocos son dueños del circo. Y no los de látigo en mano sino los que manejan la palabra, los que —con frac y galera— se paran en el medio de la pista central de la vida y despliegan ideas. Ideas. En la ciencia, las artes, lo cotidiano, el humor que tanto ayuda. Usémoslo de entrada para anular tensiones, dale, vamos.

El humor, hermano de leche de la esperanza (De muy buena leche)

Cuando uno trabaja en algo pero, encima, debe pagar, se lo llama laborterapia. Se lo puede llamar tontudez, también, y sus groseros y famosos equivalentes. Hace poco necesité ocuparme de algo más que mi labor habitual y en lugar de ikebana o cinturones con clips, elegí hacer un rápido curso de inglés e introducción a otros idiomas. Las cosas no fueron tan mal. El idioma inglés no me resulta fácil porque tengo una cierta influencia gallega desde mi papá para arriba. Yo vengo a estar abajo, así que es peor. Aun cuando mis amigos me llamen Gallego, ni siquiera alcanzo esa categoría, vengo después. Soy hijo de gallego. Por cierto muy orgulloso, joder, sin que esto ofenda a nadie. Lo del orgullo, digo. Hice el curso de idiomas, bueno. Y me dieron deberes. Traducir frases de acuerdo con lo aprendido hasta entonces con mi propia y única capacidad intelectual, eh, yo solito. Aquí están.

Traducciones gallegas

Alumno: Sueiro

Año: -3

A rose is a rose

El arroz es siempre igual

Auto stop

Contrólese usted mismo

Baby sitter

El niño se sentó

Bon appetit

Buena, pero chiquita

Can Can

El perro puede

Copyright

Copien bien

Fumanchu

¿Fuman los dos?

Good Will

Guillermo es bueno

Habeas Corpus

A ver ese cuerpo

Merry Christmas

La crisma de María

Roast Beef

Vi a Rosa

Software

Fuimos blandos

Statu quo

¿De quién es la estatua?

Tournedo Rossini

Devuélveselo a Rosita

To be or not to be

¿Es o no es tu abeja?

Walkie Talkie

Talco para caminar

Si una o dos de estas «traducciones» te hicieron sonreír, ya hemos logrado mucho para estos tiempos. Yo las leí veinte veces y me reí las veinte. Porque no hay agravio. Es muy tierno, muy ingenuo, cálido. Amo desde el alma a cada español y muy especialmente a los gallegos y me enorgullece tener su sangre. Cuando en 1973 conocí

Galicia, al volver me preguntaron qué me había parecido y simplemente contesté: «*Son los últimos seres humanos que quedan en el planeta*». Love story, es decir el amor es un torito. El amor. Al fin de cuentas hemos nacido gracias a él. La mayoría al menos, mejor no investigar.

Tenemos mucho de nuestros amados orígenes, pero lo alteramos.

Los argentinos, mezcla de tantas cosas, somos terriblemente amigueros —si es que existe tal palabra— y somos también afectuosos y gente de fe. Sin embargo, a veces algunos dudan de abrazar al amigo en público no sea cosa que piensen no sé qué; otros dicen más veces la estúpida palabra «coyuntura» que «te quiero» y no es porque no lo sientan, nada de eso; muchos sienten pudor de decir la palabra «patria», que es más para gritarla que para decirla y muchos pasan frente a una iglesia y sienten muchas ganas de hacerse la señal de la cruz como cuando eran chicos, pero les da vergüenza, se van a creer que soy un chupacirios, ma sí, ya la pasé, no me voy a persignar ahora que estoy frente a una rotisería, van a creer que estoy loco. Cada argentino no es solo una persona, es un personaje.

Nosotros, que nos queremos tanto

Durante los primeros metros de mi caminata con la que buscaba reafirmar la esperanza, lo primero que me pregunté es por qué había muchos que casi ya la habían perdido. Es verdad que somos un país tanguero hasta en las actitudes, con madres que obviamente son una sola, malevajes extrañados que nos miran sin comprender, bandoneones que nos lastiman el corazón con su ronca maldición maleva y percantas que nos amuraron. Esto último —amurar— significa que nos han dejado pegados al muro, nos abandonaron después de haber usado esa pared como apoyo para hacernos no pregunten qué, y es así como nos venimos sintiendo. Los porqués son diversos y ninguno divertido.

Si en los últimos años se hubieran hecho encuestas entre los funcionarios del gobierno preguntándoles datos puntuales de sus áreas, seguramente el porcentaje mayor estaría en las respuestas «*no sabe, no contesta*». Dicho así, simple y despolitizado, explica por qué estamos como estamos.

Pero en esa primera cuadra de la caminata no tuve más remedio que reconocer que la culpa no es solamente de los ocupantes de los despachos oficiales sino, también, de quien les da de comer, de nosotros. Aun en extinción en estos días, la llamada clase media sigue siendo el grupo clave para la Argentina. Y aunque nos duela reconocerlo, los que formamos parte de ella en cualquiera de sus niveles debemos admitir que durante décadas nos estuvieron tocando la cola y no se nos movió ni un pelo, pero cuando nos tocaron el bolsillo pegamos el grito en el cielo y el golpe en la cacerola. Antes del robo oficializado del dinero de los ciudadanos nos habían hecho el hurto de otras pertenencias tan importantes como la ética, la moral, la confianza, la credulidad, la verdad, los sueños

y algunas otras minucias. Y nosotros ni pío. En los últimos años quedó demostrado que la cosa venía mal, definitivamente mal, desde lo más alto de la cúpula. Los prescindentes de la Nación, los que prescinden de la Patria.

Eludo hacer nombres porque no me gusta nada pegarle al caído por más que se lo merezca, pero está muy claro que en los últimos años nos robaron hasta la capacidad de asombro. Un prescindente de la Nación ante las cámaras de TV le da una palmadita a la mesa creyendo demostrar con eso una autoridad inexistente. Otro al que le preguntan en un reportaje si se ve alguna luz en medio de tanta oscuridad, dice que sí pero que ojalá no sea un tren. El mismo, en otra entrevista y ante la situación ya desesperante, escucha que le preguntan qué pasará si una medida determinada no mejoraba las cosas y él responde: «*que Dios nos ayude*», en un alarde de desesperanza que me hizo pensar en una azafata atacada por el pánico en un vuelo difícil. Y otros prescindentes con otras frases o actitudes que, como esas, son más de lo que uno puede digerir, pero quedamos en no arañar las heridas. Puede decirse que el doctor Duhalde se reivindicó en lo que hace a dichos cuando, a fines de julio de 2002 y refiriéndose a la durísima negociación con el FMI, dijo desde el alma, con tono de estar harto y dejando escapar sin barreras el estilo del viejo y querido barrio: «*Pero no hay pistola que les venga bien*». No es precisamente un alarde de diplomacia pero, al menos, es gracioso y, sobre todo, sincero.

Ni siquiera quiero pensar que el prescindente de la palmadita ha hecho ciertas cosas con mala intención sino con absoluta falta de idoneidad, pero si el avión en que viajo cae en picada porque el comandante murió de un infarto, prefiero por lejos que tome el mando un piloto maleducado y desagradable antes que un tipo bien intencionado y simpático pero que es plomero en la ciudad de Rosario y no sabe ni donde están las puertas de emergencia.

Casi nos acostumbremos a muchos malos dichos y peores hechos.

Y la nada. Eso fue lo cruel, la nada. Vivir en una nube de peros: pero vamos a mejorar, pero esto irá para adelante, pero las cosas andan bien, pero quédense tranquilos. Y todos nosotros no reaccionamos. Hasta que nos tocaron el vil metal, eso es otra cosa, faltaba más, vieja traé la cacerola. No es reprochable, a pesar de todo. El dinero que nos dejaron adentro, la plata que nos robaron de una manera estrepitosa y cruel no serían laureles pero sí era algo que también supimos conseguir. Era más que dólares o pesos. Era y es el colegio de los chicos, la universidad de Pablito, el departamentito que le íbamos a regalar a Mariana para el casamiento, el viaje que nos ganamos después de cuarenta años de trabajar como hombres, la casita propia, el negocio que íbamos a poner o —en los casos más dolorosos— lo que la abuela tenía para estar más tranquila desde que murió el viejo o los problemas de salud que ahora quedaban sin respaldo.

No es casual, además, que los puntos clave de los cacerolazos de la capital hayan sido desde un principio los barrios de Belgrano, Caballito, Palermo, Flores y Barrio Norte. Bien clase media que con su esfuerzo logró superar seguramente sus orígenes más modestos y llegar a ese nivel que ganaron a pulmón y que hoy tienen absolutamente un legítimo derecho a defender. Un departamento de tres ambientes en Belgrano es para muchos una vida de trabajo, viejo, y eso es lo que los gobernantes nunca van a entender.

Los gritos desaforados y enloquecidos de gente que ante las cámaras de TV recuerda a los familiares más cercanos de algunos políticos están defendiendo esa vida de trabajo, esa posición que la familia consiguió con sudor, lágrimas y a veces hasta sangre. No faltará quien diga que gastan el dinero frívolamente o que el status es lo que les preocupa. ¿Y? Muchos de ellos, pero muchos ¿eh?, ayudan a los que más lo necesitan. Me consta. Vi a esa clase media en villas de emergencia, en hospitales, en grupos de Cáritas, en organizaciones no gubernamentales que apoyan a los que esperan ese apoyo. Y si después se compran un pirulo a cuerda es porque se les dio la gana y están en su derecho. El sueño es igualar pero para arriba, que los de la clase más sufriendo social y económicamente asciendan merced a su trabajo a la clase media, lástima que está ocurriendo exactamente lo contrario. Ni siquiera a los ricos les conviene un país lleno de pobres porque no habrá consumo de lo que ellos fabriquen u ofrezcan y sus vidas y bienes correrán peligro porque la desocupación, el hambre y la miseria son los alimentos balanceados más nutritivos para el delito. De esto se desprende algo que suena fácil pero no debe serlo ya que nadie lo pone en práctica: dar trabajo disminuye el delito en alguna medida. Trabajo y educación son las armas más efectivas y habría que dispararlas a quemarropa. Entiendo que una cosa es escribirlo aquí y otra ponerlo en práctica, pero hay que intentarlo al menos, poner los huesos sobre la mesa y mandarse, bajar a la calle para respirar el sufrimiento, la frustración y el dolor en lugar de leerlo en los diarios o verlo en la tele. Ya lo puse bien en claro desde el comienzo: yo no entiendo de política pero sí de personas. Y esas personas de la clase media que tan orgullosos nos hicieron sentir durante muchas décadas son las que están remando con desesperación mientras alguien invisible les hace agujeros con un taladro en el piso del bote. ¿El gobierno? ¿El FMI? ¿Estados Unidos? ¿Las agrupaciones de izquierda? ¿Los trotskistas? ¿El pato Donald? ¿Los piqueteros? ¿El centro asturiano? ¿Margarita Gauthier? No lo sé. Aquí se pelean todos contra todos y se tiran las culpas por la cabeza, pero así no se gana nada. Yo no entiendo, ya lo dije, pero creo que habría que barajar y dar de nuevo. Eso sí: si a partir de ese momento alguien hace trampas en el juego, hay que cortarle las botas. Con el pie adentro, ustedes entienden.

Lo cierto es que la clase media languidece y se tambalea de una punta a la otra del ring sin saber de dónde vendrá el siguiente golpe, mareada después del saqueo de su dinero y sus sueños, habiendo perdido la confianza en los políticos, los bancos, las instituciones y ellos mismos. Eso es lo que hay que recuperar porque será bueno para todos.

A la larga, lo que determina el movimiento de la economía es esa clase media y, si dudan, recuerden a Estados Unidos, a Chile, a Canadá, a Australia, a Francia, a España, a Italia o a prácticamente cualquier país de Europa. Pero, aun con todo lo que la defiende, no hay más remedio que admitir errores.

Nuestra culpa de clase media no fue protestar sino no haberlo hecho antes.

Otra culpa pudo haber sido vivir diez años de convertibilidad comprando como faraones que acertaron el loto. Y digo «pudo haber sido» porque no lo es. Con la paridad peso-dólar, si en lugar de gastar hubieran guardado, luego hubieran perdido ese dinero en

el corralito. Si se la gastaron toda, suspiren entonces y pronuncien una de las frases preferidas de los argentinos: *¿quién me quita lo bailado?*

Y ya que hablamos de bailar, vuelvo a esa primera cuadra en la que repasé culpas con fondo de tango pero que, al final, surgió un bolero que hoy nos sirve. Recuerdo haberlo escuchado muchas veces en el viejo tocadiscos de mi mamá, cuando yo era chico, al volver a casa después de jugar con los tiranosaurios. Lo cantaba Gregorio Barrios y hace poco lo grabó José Luis Rodríguez. Se llama *Caminemos*. Lo fui recordando de a pedacitos mientras llegaba al final de la primera cuadra y me pareció que era una jugosa letra muy actual si uno imagina que cualquier argentino clase media se la canta a esa Argentina primermundista de nuestros más amados sueños. La letra es la original, el dolor es otro. Dice en un fragmento del tema:

*No. No concibo que todo acabó.
Que este sueño de amor terminó.
Que la vida nos separó, sin querer.
Caminemos. Tal vez nos veremos después.*

Y bue, caminemos nomás. Por eso que expliqué de la esperanza y porque, al fin de cuentas, no es cierto que «todo acabó». Podríamos tener una reconciliación. Si con nuestra carga tanguera estamos preparados siempre para lo peor, ¿por qué no estar preparados para lo mejor? Hasta aquel memorable bolero termina muy esperanzado a pesar de todo:

*Y sigo caminando sin saber dónde llegar...
Tal vez, caminando, la vida nos vuelva a juntar.*

Después de todo: ¿no volvimos del Rodrigazo, del Plan Bonex, del Austral, de la hiperinflación? Y eso para hablar solamente de lo económico. ¿Es peor esto que los unitarios y federales degollándose mutuamente y exhibiendo en las plazas de los pueblos las cabezas de sus enemigos políticos clavadas en lanzas? ¿Es peor esto que la muerte en las calles, como en la década de los 70? ¿Es peor que la guerra de Malvinas y los 649 machos que quedaron allá por todos nosotros? O el bombardeo a la Plaza de Mayo en 1955 o la quema de las iglesias en el mismo año o los fusilamientos del 56 o tantos otros pedazos de historia desgarrada. En la Argentina se vuelve de todo, hasta del ridículo.

Estamos separados por dudas, viejos rencores y dolores flamantes. No nos separemos más, por favor. Caminemos. Tal vez, caminando, la vida nos vuelva a juntar. Así será, estoy seguro. Pero no de puro optimista al divino botón sino porque siempre salimos a flote, a la larga. Y porque todos queremos salir del pozo y tantas voluntades juntas no pueden fallar. Eso, siempre que sigamos intentando. No nos quejemos de no ganar nunca la lotería si jamás compramos un numerito. No hay que aflojar, hermanos. Un viejo relato lo deja en claro.

La herramienta del diablo

(De un e-mail corregido)

Cierta vez se corrió la voz de que el diablo se retiraba de los negocios y que vendía sus herramientas al mejor postor.

En la noche de la venta estaban todas las herramientas dispuestas en forma que llamaran la atención. Eran un lote siniestro: odio, celos, envidia, malicia, engaños, además de otros implementos del mal.

Apartado del lote había un instrumento de apariencia inofensiva, en forma de cuña, muy gastada y cuyo precio era más alto que todos los otros. Alguien preguntó al diablo cómo se llamaba ese instrumento y él respondió: «*Desaliento*».

—¿Por qué su precio es tan alto? —insistieron.

—Porque ese instrumento me es más útil que cualquier otro. Cuando los demás me fallan, con él puedo entrar en la conciencia de cualquier ser humano y una vez dentro, por medio del desaliento, puedo hacer de esa persona lo que se me antoja. Está muy gastado porque lo uso con casi todo el mundo, y como muy pocas personas saben que me pertenece, lo puedo usar continuamente —explicó el maligno.

Como el precio del desaliento era muy pero muy alto porque para la bestia era muy pero muy valioso, esa herramienta no se vendió.

Aún sigue siendo propiedad del diablo. Y la sigue usando.

...

La esperanza es como el sol: si vemos que va desapareciendo en su ocaso, sabemos que la noche se acerca, pero hay que pensar que en unas horas más volverá a salir como si esa fuera la primera vez. Claro que a veces está un poco nublado.

...

Cómo nos ven

Un e-mail sin origen hace circular esta definición:

Los argentinos son italianos que hablan español.

Pretenden sueldos de norteamericanos y vivir como ingleses.

Dicen discursos franceses y votan como senegaleses.

Piensan como «zurdos» pero viven como burgueses.

Alaban el emprendimiento canadiense pero prefieren ser turistas en el Caribe.

Son creativos como antiguos egipcios pero banales como nuevos ricos.

Adoran el orden suizo pero viven en un despelote tunecino.

Y ahora están contentos porque en el campeonato mundial del «Riesgo País» derrotaron a Nigeria...

Amo el sentido del humor, pero esto suena a sentido del horror. Así nos ven en muchos lugares del mundo. Tal vez lo que sigue nos muestre distintos, tal vez nos den otra oportunidad.

La historieta oficial

Para seguir con esto de cómo somos y pretender así conocernos y mejorar, no es mala idea pintarnos a través de ejemplos. O dibujarnos.

- Somos mimosos como el Topo Gigio, que es y se hace.
- Burlones como el perro Patán, que se tapa la boca para reír de sus propias maldades pero, a la larga, pierde.
- Chantas como Tom, que se cree el supergato y así anda por la vida.
- Astutos como Jerry, que no se cree más pero es más.
- Enamorados de la vida y de los imposibles como la rana René de los Muppets, un Quijote batracio.
- Vergonzosos como Batman, que es millonario, exitoso, galán, culto y con una pinta de aquellas, pero se tapa la cara porque le da pudor que lo vean luchar por la justicia.
- Quejosos como Tarzán, que anda todo el día a los gritos.
- Audaces como Indiana Jones, que se mete en todas sin preguntar.
- Despistados como Superman, que a pesar de que se lo supone muy inteligente, usa los calzoncillos por afuera.
- Desconcertados como la Momia, que viene del pasado, quiere cambiar el futuro y se olvida de vivir el presente.
- Amistosos como Flipper a la hora de comer.
- Pero, sobre todo, somos el Coyote.

El Correcaminos es un pavote, palabra esta última que suena antigua pero sigue siendo tan efectiva y descriptiva que todavía sirve. Todo lo que hace es correr muchísimo sin un rumbo fijo, al menos que se sepa. Lo que hace, después de todo, es huir. No solo es pavote sino también cobarde.

Es tan amorfo que se parece a un montón de otros animales sin ser ninguno de ellos, con lo que me recuerda a algunos políticos que no mencionaré por piedad cristiana. El Correcaminos, como esos políticos, hace «bip-bip» en un lugar para que lo vean y velozmente se va a otro para que no lo cuestionen. Es un ostentoso, un burlón, un soberbio y un agrandado. Sin querer entrar otra vez en odiosas comparaciones con algún

sector de nuestra fauna política, es obvio que el Correcaminos vive bien, jamás le falta alimento aunque nunca se sabe de dónde lo saca, siempre frecuenta los mismos lugares, es evidente que viaja mucho y rápido, parece ser que tiene más de una vivienda y — sobre todo— no trabaja. No hace nada. Nada.

Por su parte el Coyote, magnífico ejemplar de una raza en vías de desarrollo, es uno de mis más queridos héroes y lo será también para ustedes si lo analizan.

Es argentino, no hay dudas. Solo a un argentino le pueden pasar todas las cosas que le pasan a él. Solo un argentino puede caer tantas veces a la lona y, sin embargo, volver a levantarse para seguir en la lucha cotidiana. Solo a un argentino lo vencen los imbéciles como el Correcaminos lo vence a él. Solo un argentino tiene la maravillosa creatividad que muestra el Coyote. No termina de perder en una cuando, ayudado por ACME y sus productos, empieza a armar algo nuevo. Y así siempre, como nosotros.

A pesar de las dificultades, las frustraciones, los problemas, los errores y las torpezas, él pone ingenio todo el tiempo. Digamos, solo a manera de ejemplo, que si fuera humano sufriría dificultades económicas, frustraciones políticas, problemas sociales, errores de apreciación y torpezas al votar, pero no se entregaría. Inventaría el dulce de leche o vendería cosas asombrosas en el subte; conduciría un remís o formaría parte del directorio de un banco dudoso; tendría un espacio en la TV por cable o te ofrecería un juego de cuchillos y tijeras por ocho pesos en algún semáforo. Cualquier cosa menos aflojar. El Coyote, como el argentino, puede tener rodeada la manzana del alma pero no se entrega. Además, el Coyote y nosotros tenemos otra cosa en común: los que no nos conocen bien y nos miran desde afuera nos imaginan como personajes desagradables que nos llevamos al mundo por delante, cancheros, soberbitos, sobrades, agrandados siempre. Y, cuando nos conocen, advierten que tenemos un enorme caudal de ternura y que, ante el cariño que nos dan o ante una circunstancia negativa, bajamos las orejas hasta lo imposible y ponemos esos ojos mezcla de pena y resignación. Como el Coyote, mi héroe.

En estos días de la segunda mitad del 2002, donde el caos revolotea como un buitre en este desierto de ideas, hay fantasmas que circulan entre el miedo y las dudas de los que no entendemos la política pero comprendemos a las personas. Hay jueces cuestionados, ministros titubeantes, violencia en las calles, bolsillos vacíos, coleccionistas de fracasos, llantos justos, bronca, mucha bronca, gente que ya no quiere ni puede creer en nada y un clima general de alerta no precisamente meteorológica. En medio de todo eso, parece que vamos a votar para elegir otra vez a nuestros gobernantes.

Como el Coyote, estamos otra vez paraditos en el borde del abismo. No digo adónde podemos ir a parar porque soy un chico educadito, pero ya saben. Quien escribe, como la mayoría de ustedes, no puede hacer gran cosa para mejorar la situación. Salvo una. Rezar. No olvidemos que los argentinos, como el Coyote, somos los dueños de la esperanza. Sáquenla del placard, hermanos. Hay que usarla de nuevo.

Un día el Coyote lo va a agarrar al Correcaminos, yo sé que sí, tarde o temprano. Y no les cuento lo que va a pasar porque este librito está saliendo en horario de protección

al menor.

...

La esperanza y el coraje son casi la misma cosa. Vienen juntos porque podría decirse que no existen por separado. A veces el coraje consiste tan solo en vivir con la frente alta, llenos de amor y de fe. En ese caso a menudo es la vida lo que se arriesga, hay mucha bestia mala dando vueltas por el mundo. Y pueden matar al Gandhi de turno, pero su esperanza y su coraje no solo no morirán sino que van a reproducirse miles de veces.

Por algo la esperanza y el coraje están casados. El futuro es uno de sus hijos predilectos. Y el amor.

San Coraje es argentino (Un hecho real)

Veintiséis días antes de cumplir sus 24 años de edad, Héctor Valdivielso Sáez fue hecho prisionero por un grupo de guerrilleros comunistas en Turón, un pueblo minero de Asturias. Era 1934 y allí se dio la masacre con la que esos bárbaros comenzaban a teñir de sangre a España. Cinco años más tarde, al terminar la guerra civil en 1939, se calculó que en su transcurso habían muerto alrededor de un millón de personas.

El delito de Héctor Valdivielso Sáez fue ser sacerdote y hablar de la fe. Para los comunistas él era un enemigo feroz aunque su única arma fuera el rosario que llevaba. Le habían avisado, a él y a sus hermanos de la Congregación de La Salle, que se preparaba un golpe sangriento y que los comunistas irían por ellos, pero la prioridad era la misa de ese día, así que la oficiaron como siempre. En medio de esa misa irrumpieron los salvajes, sacándolos a golpes de culata. A Héctor lo encerraron sin comida durante cuatro días, pasados los cuales fue llevado, con ocho hombres de fe como la suya, al cementerio del pueblo. Allí los pusieron de pie frente a tumbas abiertas y luego, sin más trámite que la bestialidad, lo fusilaron junto a sus compañeros. Los verdugos fueron tan desalmados que machacaron con mazas los cráneos de los asesinados. Tal era la saña y el odio. Y contra alguien que lo único que hizo en sus 23 años fue generar amor.

Héctor había nacido en Buenos Aires, en el barrio de Boedo, el 31 de octubre de 1910. A los cinco años sus padres lo llevaron a España, de donde ellos eran. A los 12 quiso ser sacerdote. A los 18 fue ordenado. Enseñó a los chicos y jóvenes, tan cercanos a él hasta en edad. Sentía alegría con lo que era y hacía. Luego vendrían los bárbaros.

En 1990 fue beatificado, junto con los que murieron con él.

La Argentina no tenía santos en su historia y parecía terminar así el milenio. Pero cuando faltaban exactamente 40 días para la llegada del año 2000, hubo un gol de último minuto. Héctor Valdivielso Sáez fue canonizado por Juan Pablo II. Dos milagros

atribuidos a Héctor —algo imprescindible para la santificación— oficializaron el ritual. Rafaela Bravo Jirón, una nicaragüense de 24 años, estaba enferma de un cáncer de tipo terminal. Su esposo, ex alumno del La Salle, pidió por ella a Héctor —reciente beato por entonces, en 1990— y, ante el asombro y la certificación de los médicos, el mal desapareció sin explicación para nosotros, claro. Julio Campoamor fue un caso muy parecido ocurrido en 1998 en Buenos Aires.

San Héctor es el último santo del segundo milenio.

El primero en todo el santoral llamado Héctor.

Y el primer santo argentino en toda la historia.

Mostrarlo como nativo de estas tierras no es, de manera alguna, un acto de soberbia. Nada de «somos los mejores», ya vamos a llegar a esa parte del librito y nos pegaremos lindo. Se trata de sentir un legítimo orgullo en medio de tanta vergüenza. Y de algo más.

Tal vez alguno puede preguntarse para qué sirve un santo. Es un nexo con Dios para muchos, pero —fundamentalmente— es un ejemplo. Fueron mujeres y hombres como nosotros. Ninguno siguió «la carrera de santo» sino que hicieron lo que creían que era bueno para sus semejantes y para Dios. Y resultó que era bueno, nomás. No parece tan difícil. ¿O sí?

...

San Héctor no tiene nada que ver con las zapatillas o la ropa deportiva, pero hay un texto de una famosa marca cuyas iniciales son Nike que me pareció espectacular. Tanto como para insertarlo aquí con el correspondiente lema que viene de perillas para el coraje: «Just do it» (solamente hacelo). Ya sé que la intención fue publicitaria, pero este texto es bueno en serio. Hay que aceptar a todos los ejércitos que estén del lado nuestro, como decía Napoleón. Y bueno, ahí está. Al leerlo, imaginen una competencia de cualquier cosa a punto de largarse. La vida, por ejemplo.

...

Están los que usan siempre la misma ropa.

Están los que llevan amuletos.

Los que hacen promesas.

Los que imploran mirando al cielo.

Los que creen en supersticiones.

*Y están los que siguen corriendo cuando les
tiemblan las piernas.*

Los que siguen jugando cuando todo parece perdido.

Como si cada vez fuera la última vez.

Convencidos de que la vida misma es un desafío.

Sufren.

Pero no se quejan.

*Porque saben que el dolor pasa.
El sudor se seca.
El cansancio termina.
Pero hay algo que nunca desaparecerá:
la satisfacción de haberlo logrado.
En sus venas corre la misma sangre.
Lo que los hace diferentes es su espíritu.
La determinación de alcanzar la cima.
Una cima a la que no se llega superando a los
demás, sino superándose a uno mismo.
Just do it. Hacelo.*

...

Pega en serio. Es muy bueno. Quiero dejar en claro que no tengo ninguna relación con el producto. Yo no me llamo una zapatilla. Dos o más sería otra cosa.

Fíjense que no se menciona la palabra «miedo» en todo el texto pero, sin embargo, está presente en todo momento: ante un gran desafío habrá ruegos, supersticiones y cábalas, pero también esperanza y coraje, que son los que vencen a ese miedo que ni siquiera se nombra pero que flota blandamente en el aire.

¿Uno vive como debe, vive como quiere o vive como puede? ¿No se preguntaron nunca si hacen en verdad lo que quieren hacer?

Hay muchas formas de sentir la vida.

En tres textos que andan rondando por allí desde hace ya bastante tiempo se nos cuentan secretos que mejorarían la existencia. Lo curioso es que han sido atribuidos a genios literarios pero también se negó fervorosamente su autoría. Tienen bastante en común, como verán.

Insisten en atribuir a Jorge Luis Borges lo que sigue, pero esa pertenencia ha sido negada absolutamente por María Kodama, lo cual termina con la polémica, ya que es la suya la voz más autorizada en este caso. Como sea, vale la pena leerlo por esto de la vida y sus usos.

Instantes

*Sí pudiera nuevamente vivir mi vida,
en la próxima trataría de cometer más errores,
no intentaría ser tan perfecto, me relajaría más.
Sería mas tonto de lo que he sido, de hecho.
Tomaría muy pocas cosas con seriedad.
Sería menos higiénico,*

*conocería más riesgos, haría más viajes,
contemplaría más atardeceres,
subiría más montañas, nadaría más ríos.*

*Iría a lugares donde nunca he ido,
comería más helados y menos habas,
tendría más problemas reales y menos imaginarios.
Yo era una de esas personas que vivía sensata
y prolijamente cada minuto de su vida.
Claro que tuve momentos de alegría,
pero si pudiera volver atrás
trataría de tener solamente buenos momentos.
Por si no lo saben, de eso está hecha la vida,
solo de momentos, no te pierdas el ahora.
Yo era uno de esos que nunca iban a ninguna
parte sin un termómetro, una bolsa de agua
caliente, un paraguas y un paracaídas.
Si pudiera volver a vivir; viajaría más liviano.
Si pudiera volver a vivir comenzaría a andar
descalzo desde el principio de la primavera y
continuaría así hasta llegar el otoño.
Daría más vueltas en calesita,
contemplaría más atardeceres
y jugaría con más niños.
Si tuviese otra vez la vida por delante...
Pero ya tengo 85 años y me estoy muriendo.*

...

El segundo texto está atribuido a Gabriel García Márquez y circula como una suerte de carta final a sus amigos, pero también se negó de plano que perteneciera al notable colombiano. Verán que tiene mucho en común con el anterior, demasiado, pero no es igual.

Despedida

Si por un instante Dios se olvidara de que soy una marioneta de trapo y me regalara un trozo de vida, posiblemente no diría todo lo que pienso, pero en definitiva pensaría todo lo que digo.

Daría valor a las cosas, no por lo que valen, sino por lo que significan.

Dormiría poco, soñaría más, entiendo que por cada minuto que cerramos los ojos

perdemos sesenta segundos de luz. Andaría cuando los demás se detienen, despertaría cuando los demás duermen. Escucharía cuando los demás hablan y ¡cómo disfrutaría de un buen helado de chocolate!

Si Dios me obsequiara un trozo de vida, vestiría sencillo, me tiraría de bruces al sol, dejando descubierto, no solamente mi cuerpo, sino mi alma.

Dios mío, si yo tuviera un corazón, escribiría mi odio sobre el hielo, y esperaría a que saliera el sol. Pintaría con un sueño de Van Gogh sobre las estrellas un poema de Benedetti, y una canción de Serrat sería la serenata que le ofrecería a la luna. Regaría con mis lágrimas las rosas, para sentir el dolor de sus espinas, y el encarnado beso de sus pétalos...

Dios mío, si yo tuviera un trozo de vida... No dejaría pasar un solo día sin decirle a la gente que quiero, que la quiero. Convencería a cada mujer u hombre que son mis favoritos y viviría enamorado del amor.

A los hombres les probaría cuán equivocados están al pensar que dejan de enamorarse cuando envejecen, sin saber que envejecen cuando dejan de enamorarse. A un niño le daría alas, pero le dejaría que él solo aprendiese a volar. A los viejos les enseñaría que la muerte no llega con la vejez, sino con el olvido. Tantas cosas he aprendido de ustedes, los hombres... He aprendido que todo el mundo quiere vivir en la cima de la montaña, sin saber que la verdadera felicidad está en la forma de subir la escarpada. He aprendido que cuando un recién nacido aprieta con su pequeño puño, por primera vez, el dedo de su padre, lo tiene atrapado por siempre.

He aprendido que un hombre sólo tiene derecho a mirar a otro hacia abajo, cuando ha de ayudarlo a levantarse. Son tantas cosas las que he podido aprender de ustedes, pero realmente de mucho no habrán de servir, porque cuando me guarden dentro de esa maleta, infelizmente me estaré muriendo.

...

Como pueden apreciar, un final casi idéntico, reconociendo que si hubiera una segunda oportunidad cambiarían muchas cosas, pero lamentando que ya es tarde para eso.

Elegí el texto que sigue como el último de esta serie porque nos ubica más en el presente que puede mejorarse, sin lamentos ni arrepentimientos tardíos. Me estremece leerlo y tiene mucha ternura. Además, si me permiten, también lo elegí por legítimo orgullo. El original, que es mucho más corto y no acusa autoría, fue bajado de Internet y traducido del inglés por mi hija Rocío, pero no aguantó y le agregó otros párrafos incluyendo el final. Disculpen mi amorosa debilidad, pero verán que valía la pena. Léanlo con el alma abierta. Por favor, háganse ese favor.

Si el mañana nunca llega

Si supiera que esta es la última vez que te veo irte a dormir, te arroparía más fuerte que nunca y le rezaría al Señor para que abrigue tu alma.

Si supiera que esta es la última vez que te veo cruzar esa puerta, te daría un abrazo sin vergüenza, te besaría las mejillas y te llamaría cuando hubieras llegado a tu casa para decirte cuánto te quiero.

Si supiera que esta es la última vez que te escucho hablarme, grabaría cada palabra para volver a oírlas día tras día, haciéndolas mías para siempre.

Si supiera que esta caricia es la última, no dejaría que termine jamás, convirtiéndonos en dos estatuas de carne, esclavas de ese pequeño roce.

Si supiera que este es el último reto y que es la última vez que veo tu ceño fruncido, te juraría no volver a cometer el mismo error jamás, y para asegurarme de que así fuera, mandaría a hacer un busto con esa cara de enojo tuya.

Si supiera que esta es la última vez que te escucho desafinar bajo la ducha, pronunciar mal una palabra o apoyar los codos en la mesa, solo te miraría con ternura y sé que me entenderías, porque no podría perdonarme el que tal pavada haya sido motivo de que te grite una vez más.

Si supiera que este es el último día que podemos pasar juntos, no lloraría como lo hago ahora al solo imaginarlo. Lo llenaríamos de risas y cosquillas, jugando como chiquitos, sintiendo que lo somos.

Bueno, pero sé que me quedan muchos, así que este será solo uno más.

Porque siempre hay un mañana para volver a pasar por todo esto, y siempre tenemos una segunda chance para hacer las cosas bien. Habrá otros días para decir «te quiero», y sin lugar a duda otra oportunidad para preguntar «¿Hay algo que yo pueda hacer por vos?»...

Pero, por las dudas, y solo en el caso de que hoy sea todo lo que nos queda, te voy a decir cuánto te quiero, esperando que nunca lo olvides.

El mañana no le está prometido a nadie, joven ni viejo, y hoy puede ser la última chance que tengas de abrazar con todas tus fuerzas a aquel que amás. Así que si estás esperando a hacerlo mañana, ¿por qué no hacerlo hoy? Porque, si el mañana nunca llega, de seguro vas a lamentar el día en el que no te tomaste el tiempo para sonreír, abrazar o besar, o aquel en el que estabas demasiado ocupado como para prestarle atención a alguien, cuando una palabra tuya resultaba ser su último deseo.

Así que abrazá a los tuyos hoy, susurrales cuánto los amás y contales que ese sentimiento va a durar por siempre.

Tomate el tiempo para decir «lo lamento», «perdoname», «gracias» y «está bien». Y date cuenta de lo suaves que se sienten en tu boca esas palabras y adiviná lo dulces que son para los oídos de los demás.

Si el mañana nunca llega, vas a estar orgulloso de tu último hoy. Y si el mañana llega, no vas a arrepentirte de tu ayer.

...

Por más golpes que nos hayan dado, por más golpes que nos den, si tenemos alguien a quien amar y alguien que nos ame, todo está bien. Si a quien amás es el mismo que te ama, el Cielo es tuyo y todo es posible. Es importante saber que uno nunca está solo. Hay quienes se confundieron y creyeron que sí. Pero no.

Pisadas

Una noche tuve un sueño. Soñé que caminaba por la playa con el Señor y en el cielo veía escenas de mi vida. Para cada escena noté dos pares de pisadas en la arena: unas eran mías, otras, del Señor.

Cuando vi la última escena de mi vida miré hacia atrás y vi las pisadas en la arena. Noté que muchas veces, por el camino de mi vida, había solamente un par de pisadas. También noté que eso ocurrió en los momentos tristes de mi vida, los más difíciles. Eso me molestó mucho, realmente, y le pregunté al Señor:

«Señor, Tú me dijiste que una vez que yo te siguiera, caminarías conmigo por todos los caminos, pero he notado que en los momentos más difíciles de mi vida había solo dos pisadas. No entiendo por qué cuando más te necesitaba me dejaste solo».

El Señor me contestó: «Mi querido hijo, te amo mucho y nunca, nunca, te he dejado solo, especialmente durante tus horas de prueba y sufrimiento. Cuando veías solo un par de pisadas era porque, en esos momentos, te llevaba yo en mis brazos».

...

¡Grande, Dios! Padre del coraje, patrón de la adrenalina, dueño de la decisión de ir al frente pase lo que pase, gerente de la valentía, amo de la confianza en uno mismo, Señor de la esperanza loca a pesar de todo lo que digan los demás. ¡Grande, Dios! Cómo te quiero, cómo te sueño, cómo te imagino, cómo te imploro, cómo te agradezco, cómo te honro. Y los que no me entienden este amor que me llena toda el alma no saben lo que se pierden. Mírenme con sorna, si desean, yo los miraré con un poco de dolor pero —sin que importe nada lo que ustedes crean— los miraré, sobre todo, con amor. Porque para ser buen cristiano hay que tener coraje hasta para el silencio y el perdón.

El coraje es uno solo. El coraje es uno. Uno mismo. Ustedes. La mejor creación de Dios sobre la Tierra. Ustedes, yo, un milagro, caramba, aunque nos pasen las peores cosas, vamos, fuerza.

Me siento Superman, pero no por fuera. Lo van a entender mejor en el capítulo que sigue, no se lo pierdan, porque si lo hacen, hay una muy vieja maldición egipcia que no tiene nada que ver pero nunca se sabe.

2

Pelotas

Las pelotas, esas comunes infladas con las que juegan los chicos, flotan si uno las tira al agua. De repente podemos tomar una con ambas manos y sumergirla hasta el fondo de la pileta, el mar, el río, el lago o donde sea que esté. La mantenemos allí abajo, tocando el azulejo, la arena, el barro. No importa cuánto tiempo la estemos presionando para tenerla así, pegada al fondo, lo seguro es que en cuanto la soltemos va a dar un salto magnífico hacia arriba y volverá a flotar.

Hay gente así. Gente con un coraje que impresiona, una fuerza que arrasa con los miedos, una pasión por la vida que es el huracán de las dudas.

Gente a la que las circunstancias de la vida los puso en una situación muy difícil, en el fondo y apretados. Sin embargo, ellos volvieron a salir a flote tarde o temprano, en cuanto la presión aflojó, porque nunca —ni en el peor momento— dejaron de tirar para arriba. Pelotas, como ya expliqué, no sé si soy claro.

Este tipo de gente son verdaderos asesinos del miedo. Auténticos abanderados de la esperanza. Pensé en uno de ellos casi como un reflejo. Déjenme que les cuente.

¿Quién dijo no, viejo? (Un hecho real)

Cuando uno está acostumbrado a ir por la vida a más de 200 kilómetros por hora, despertarse en una silla de ruedas debe ser lo más cercano a una pesadilla que puedo imaginar.

Eso le ocurrió a Adrián, «*un muchachito cariñoso y con mucha fuerza de voluntad*» —tal como su abuela lo define—, que nació y creció en Franck, Santa Fe; y es conocido en todo el país por su velocidad sobre las pistas y su coraje frente a la adversidad. Se llama Hang, Adrián Hang. Y la historia de su vida comenzó a escribirse el 5 de junio de 1972, probablemente con la pluma de un ángel. De chiquitín se lanzó al mundo de los kartings. Fue el primer paso. Su papá, Ángel Celso, trabajador en el negocio de los repuestos agrícolas, le colocaba dos almohaditas y le permitía manejar su auto cuando tenía tan solo una década de vida. Los recuerdos de esa época se remontan a aquellos paseos, a su escuela de arte; y al dominio de un gigante: el tractor de la estancia. En 1990, cuando tenía 18 años de edad, ganó el campeonato nacional de karting, augurando

el futuro.

Siguieron sus éxitos en las pistas: casi como si adelantáramos la película, aquel muchachito de repente apareció piloteando un Fórmula Dos TN, bebiéndose los vientos y asombrando a los que lo veían correr, sobre todo porque advertían que aparte de su técnica impecable, ponía todo de él. Hasta que le pidieron que pusiera más. O se lo pidió el destino.

La trágica fecha fue el 14 de abril de 1996. Adrián estaba en Italia, corriendo en el célebre Monza, cuando un adversario que intentó pasarlo lo tocó levemente con su auto. Así. Con un toque que de sucedernos a nosotros no nos haría ni bajar del auto para decirle algo al bendito conductor que probablemente ya se estaría excusando. Un toquecito así. Pero a 200 kilómetros por hora. Y el auto salió despedido como si el planeta lo rechazara de su suelo. Y cayó y hubo un ruido feroz de chapas estrujadas, vidrios rotos, retumbos, ruido a miedo.

La siguiente escena fue brusca como el violento abrir de puertas de una sala de emergencias. Sobre la camilla iba Adrián, acompañado por una caravana de médicos y de seguidores. Ya había perdido el pie derecho en el accidente, y una vez que lo examinó, el equipo del Hospital San Genaro tuvo que tomar una medida dolorosísima pero inevitable: amputarle las dos piernas. La izquierda desde abajo de la rodilla y la derecha desde un poco más arriba, a causa de una peligrosa gangrena avanzada. Adrián salió cuatro meses más tarde del hospital, acompañado por sus padres y su novia —que volaron a Italia en cuanto supieron del accidente—, y todos recuerdan que lo primero que dijo fue: «En poco tiempo, esta silla de ruedas va a parar a la basura». Y una vez más, cumplió.

Desde aquel terrible momento, María Soledad —su novia en ese entonces— se convirtió en una suerte de ángel guardián. Adrián dice haber recibido de ella todo lo que necesitó para salir adelante, pero nada hubiera sido posible sin él y su coraje. A punto tal que, en poco tiempo, las muletas y un bastón acompañaron a la silla de ruedas en su destino, y Adrián llegó a caminar apoyado únicamente en su fe. Pero la historia no terminó ahí, porque aunque la única preocupación de Adrián era que no quería tener que depender de la ayuda permanente de otras personas, se aventuró —como es su sana costumbre— a más. Y comenzó a caminar (un poquito, para no lastimarse con las prótesis), para luego lanzarse en un imposible tan maravilloso como lo era el paddle. Adrián retomó las carreras de Fórmula Dos TN. Siempre acompañado por su familia, su amor, sus amigos y la gente del lugar donde nació.

En el pueblo de Franck se celebra misa a diario a las seis de la tarde, y desde el día del accidente hasta tres meses después, aquellas misas fueron ofrecidas para él y por su recuperación. Como si esto fuera poco, todas las noches se organizaban caminatas hasta el altar de la Virgen del Rosario, con el mismo fin. Franck, sin duda, tiene su héroe. Y tiene sobradas razones para proclamarlo así. Seguramente Adrián sabe que las vueltas de la vida no se limitan a una pista. Y que este último dato es una de ellas.

Para confirmarlo, Adrián siguió corriendo y ganando. Y en el mediodía del domingo 21 de noviembre de 1999, aferrado al volante y a la vida con todas sus fuerzas y su coraje, Adrián Hang, de 27 años y prótesis en ambas piernas, cruzó en primer lugar la

línea de llegada del autódromo de Oberá ganando la carrera. Con ella ganaba también el Campeonato Nacional de Fórmula Dos TN de 1999. Al finalizar aquella competición, un reportero le preguntó a la madre de Adrián qué sentía: «*Él ya había ganado el campeonato de la vida después de lo que le pasó*», dijo ella, con voz firme, sabiduría y ternura. Su abuela paterna, Margarita, dijo que todo se debió a la bondad del muchacho. Es curioso: esa abuela nació en un pueblo santafesino llamado Esperanza, esas cosas de la vida. Hay quienes las llaman casualidades. Yo prefiero llamarlas diosidades, cosas que muestra Dios para que no nos sintamos solos nunca.

En diciembre de 2000 se casó con María Soledad, quien con creces le había demostrado cuánto lo amaba. En julio de 2002 tienen una bebé de nueve meses y a él lo convocaron para correr en la categoría TN 3 en Italia.

El asunto es que Adrián les ganó a todos. Y no me refiero solo a los excelentes volantes que compitieron con él durante todo el año. En serio que les ganó a todos.

...

Seguí caminando y pensando en Adrián, ese monumento a la esperanza. Y caminé más rápido, con más ganas. Hasta que de repente se me cruzó como un pájaro negro la idea de que yo no apreciaba como Adrián el simple acto de caminar. No me daba cuenta de que hacerlo es casi un milagro, como lo es ver, oír, hablar, tocar, besar, vivir. Nadie se da cuenta, en realidad, nadie piensa en eso y tomamos los milagros como un derecho adquirido. En esa ocasión valoré más esa caminata pero más aún la actitud de Adrián y tiré para adelante diciéndome que la vida vale la pena, a pesar de los que parecen dedicados a demostrarte lo contrario.

...

El amor mismo es un milagro. Y, además, es el primo hermano de la esperanza, lo cual es una buena razón para hablar aquí de él. Sigamos caminando, que algo avanzamos.

El amor, señoras y señores

El hombre y la mujer siempre han tenido tiempo para el amor. Quizás por eso nunca hubo tiempos para el amor. Todos lo fueron.

En nuestros días, es más que posible que muchas de las mejores y peores épocas que nos han tocado vivir hayan tenido mucho que ver con el amor de los gobernantes. Un hombre que bien ama y es bien amado por su esposa siempre es mejor en su función. No hagan el chiste fácil de que aquí, entonces, ningún gobernante amó ni fue amado por su

pareja. No es así. Tal vez sin ese amor las cosas hubieran sido peores, aún cuando afirmar eso ya entre en el terreno de la ficción de terror.

En verdad que las mujeres de quienes han decidido nuestros destinos han tenido una gran importancia, hay pocas tímidas. En un repaso rápido y sin adjetivos, nadie puede negar que Eva Duarte, María Estela Martínez, Zulema Yoma, Chiche Duhalde o Cecilia Bolocco, cada una en su medida, han cambiado o cambian la historia argentina. Estas cinco no han sido elegidas al azar sino por ser, creo que sin dudas, las que mayor peso han tenido en nuestras vidas en el último medio siglo. Analicémoslas: hay una famosa conductora de televisión, una actriz, una bailarina; el mundo del espectáculo parece ser un gran semillero. Eva es la única que partió desde un nivel social decididamente bajo, las demás ya pertenecían a una clase media-media o clase media alta. Con la posible excepción de María Estela Martínez, las otras tienen, sin discusión, un carácter fuerte y decidido, nada de marchar un paso atrás del hombre ni cosa que se le parezca; si alguno de ustedes quieren sugerirles eso, vayan nomás pero no me mencionen. Todas incursionaron en la política siendo realmente muy jóvenes. Solo dos, Zulema y Chiche, han tenido hijos. Salvo en el caso de la señora de Duhalde, el resto ha sido no menos de diez años menor a la edad de sus esposos. Dos nacieron en el exterior, Zulema en Siria y Cecilia en Chile; dos en la provincia de Buenos Aires, Eva en Junín y Chiche en Avellaneda; y la restante, Isabelita, en La Rioja. Ninguna en la Capital Federal. Las cinco se han mostrado con el cabello rubio o castaño, sin excepción. Y, por último, las cinco fueron o son esposas de hombres que presidieron el país por el Partido Justicialista. Pareciera que los muchachos peronistas vienen de fábrica con las muchachas peronistas. Aunque para las cinco que estamos mencionando, hay solo tres varones, ya que Perón y Menem fueron maridos de un par de ellas cada uno.

Que levante la mano quien opine que estas mujeres no tuvieron o tienen una enorme influencia no solo en sus maridos sino en la historia misma, ya que son de voz propia y no precisamente susurrada. Ya ven hasta qué punto el amor importa para todo, hasta para algo tan lejano al amor como pinta ser la política.

Desde la ficción literaria —que siempre no ha hecho otra cosa que revelar lo que ocurría en la realidad y rebelar a la pasión que escondíamos los lectores románticos— el bueno de Don Quijote se babeaba por la tal Dulcinea, dicho esto con todo cariño, y Romeo y Julieta se enredaban en una historia tan magnífica que daría pie hasta al argumento de *Titanic* con toda esa cosa de clases diferentes y oposiciones familiares pero el amor triunfando aún más allá de la muerte misma. En ambos casos, verdaderas catedrales de la literatura, son relatos escritos en el siglo XVI cuando el amor ya llevaba mucho de inventado. Mucho antes una señorita de nombre Helena, que parece que era más linda que una buena noticia, fue el motivo amoroso por el cual ardió Troya, literalmente hablando. Dos tipos se pelearon por ella y ni hablar la de muertos que quedaron por ahí, brotados de lanzas o hachazos y preguntándose en sus últimos instantes cómo podían ser tan pavotes como para morir así, por la mujer de su jefe a la que ni siquiera conocían en persona.

Luchas entre varones que se disputaban la misma mujer; duelos a la salida del sol defendiendo el honor de una dama; guerras, revoluciones y asesinatos debidos a hermosas y altivas hembras que hacían que la vida fuera una aventura. Es posible que, a lo largo de la historia, mucha gente haya muerto en nombre del amor; pero es seguro que todos vivimos por ese mismo amor. Y que el mundo gira aún gracias a él.

Fíjense que aún no se había descubierto América cuando el poeta Juan del Encina hacía caligrafía de primera al escribir lo que el amor le dictaba. Algunas palabras que leerán no son errores de tipeo sino que era así como escribían en aquel siglo XV. Ni siquiera habían inventado del todo el idioma, pero amar, amaban.

*Ojos garzos ha la niña
¿quién se los namoraría?
Son tan bellos y tan vivos
que a todos tienen cativos,
mas muéstralos tan esquivos
que roban el alegría.*

(Claro, si el tipo pone «la alegría» se le va la métrica a las mismas Indias y si pone «enamoraría» ese verso suena como el feo. Pero no me digan que no es una ternura. Y sigue, pobre).

*Con su gentil gentileza
ponen fe con más firmeza
hacen vivir en tristeza
al que alegre ser solía.*

(Parece que al hombre lo embromaron, nomás. Era alegre, vino ella con toda su galanura, él se metejoneó, ella no le dio ni la hora en reloj de arena —por la época, claro— y él perdió su habitual alegría. Tal vez por eso insiste con cosas como «*gentil gentileza*», que es como decir «*débil debilidad*», «*amarga amargura*» o «*qué me importa la gramática si aún no está inventada*». Como sea, no nos pongamos pesados con la crítica ya que insisto que tenemos que detenernos en la ternura y sencillez de estos versos de amor escritos hace 500 años y desde el corazón. Tienen un enorme encanto. Es como una película muda de los inicios. Nadie puede soportar eso más de diez minutos y es capaz de confesar que mató a Kennedy con tal de que apaguen el proyector. Sin embargo, esa película tiene el sentimiento mágico que hace que la veamos como si fuera un dibujo que hizo la nena en primer grado y que le salió más feo que pisar caca de perro pero, al fin de cuentas, es el dibujo de la nena y solo por eso vale más que la Gioconda. Son los comienzos, los primeros pasitos, el asombro de descubrir. Pero disculpen, no se puede mencionar a la Gioconda y seguir con otra cosa como si nada).

Solamente una mujer (Chimento histórico)

El chiquitín dio su primer berrido en un minúsculo pueblo italiano, en el año 1452. Su madre, Caterina Acadábriga, era soltera. Su padre era el alcalde del villorrio, estaba casado con otra mujer y decidió no darle su apellido al bebé. Ya había en esa época ese tipo de hombres, promotores del desprecio. Al pequeño lo llamaron Leonardo y —como a tantos otros hijos naturales— le dieron por apellido el nombre de aquel pueblo, al que llamaban Vinci. Aquel bebé que nació por el amor de su madre, se lo llamó, entonces, Leonardo da Vinci. Una de las personas más impresionantes de toda la historia de la humanidad. Fue, sin dudas, un hombre con poderes e iluminaciones nada comunes. Algunos le adjudicaban la ayuda de alguna fuerza sobrenatural que le dictaba secretamente sus ideas, por completo increíbles para su época. Basta con recordar, por ejemplo, su obsesión por construir una «máquina de volar» con datos que hoy asombran a los ingenieros. O sus estudios de astronomía, la creación de un buque que navegaría por debajo de las aguas (es decir, un submarino), sus extraordinarios conocimientos de medicina, química, física y matemáticas, que le permitían inventar desde algo parecido a una bicicleta hasta cañones o medicinas para varias enfermedades. Les recuerdo que estamos hablando de hace más de 500 años. Pero su maravillosa locura creativa se expresaba a través de la pintura. El mural de *La última cena* (o *La Cena*, como él la llamó) se terminó de restaurar en 1999 y sigue asombrando al que lo enfrenta en la pared de un pequeño convento italiano. Pero un caso especial fue su famosísima Gioconda. Leonardo no la llamó así. En realidad, él nunca le dio nombre a su obra. Cuenta la leyenda que la mujer que le sirvió como modelo habría sido la esposa de un noble acaudalado cuyo nombrecito era Francesco Bartolomeo di Zanobi dei Giocondo. De allí que su mujer era «*la Gioconda*». Su nombre de soltera era Mona Lisa Gerardini y es por eso que al cuadro se le da, también, el nombre de «*la Mona Lisa*». También se dice que Leonardo pintaba mientras un grupo de músicos tocaba bellas melodías para lograr esa placidez que se advierte en el rostro de la modelo. Pero aquí comienzan los misterios que rodean a ese cuadro de apenas 77 centímetros de alto por 53 de ancho, que hoy se encuentra en el Louvre protegido por un cristal a prueba de balas. Se supone que Mona Lisa murió a los 27 años, pero jamás se encontró su tumba. Leonardo nunca dijo que se trataba de ella. Apenas repetía: «*Es el retrato de una mujer florentina*»... Recién 49 años después de la muerte del pintor, un autor de apellido Vassari fue quien aseguró que la Gerardini fue la modelo. Se cuentan, mientras tanto, varias versiones que afirman que se trataba de otras damas: Filiberra de Saboya, nuera de Lorenzo el Magnífico. Constanza D'Avalos, una noble y bella española. Una amante de Giuliano de Médicis, quien, al estar casado con otra no pudo llevar la obra a su casa por razones obvias. Isabel de Este, marquesa de Mantua. Mujeres. Llenas de misterio, dueñas de la intriga, novias del amor. Y, como siempre fue y será, guardianas de secretos deliciosos: si miran bien cualquier reproducción advertirán que la Gioconda no tiene cejas, lo cual no se debió a ningún

olvido del pintor sino a la moda de la época que imponía afeitárselas. Llegó a decirse, también, que quien había posado no era una mujer sino un amigo de Leonardo con costumbres traviesas. Eso sí que cuesta creerlo y no por asombroso, sino porque solamente una mujer puede tener tanto encanto, amenaza, misterio y ternura en una mirada y una sonrisa.

Retomando amor. Toma 1

Volvamos a Juan del Encina, anterior a Da Vinci y al descubrimiento de América, a su poema al que hay que disfrutar desde la ingenuidad de su autor, que llora por un amor a contramano como lo haría tanta gente durante tanto tiempo en tantos lugares y con tanto dolor. Sigamos con la canción del pobre Juan. Les recuerdo que habla de los ojos de la minita en cuestión, dicho con todo respeto.

*No hay ninguno que los vea
que su cativo no sea;
todo el mundo los desea
contemplar de noche y día.
No te tardes que me muero,
carcelero,
no te tardes que me muero.*

Leído hoy, uno está tentado de que el carcelero se tarde así el autor se muere, pero es una injusticia. Ubíquense leyéndolo hace 500 años. Es bonito, no me lo nieguen. El tipo está preso de su loco amor por la chica que no le da ni cinco. Historia que la historia repetirá hasta el cansancio en poemas, cuentos, ensayos, novelas, teleteatros, películas y —lo que es peor— en la realidad. El amor. No es casual que haya boleros donde se dicen cosas como «*quérame los ojos, si es preciso, vida, pero nunca digas que no volverás*». O tangos que reprochen: «*percanta que me amuraste en lo mejor de mi vida, dejándome el alma herida y espina en el corazón*». Sin embargo, quien vive sin él, no vive.

...

«El amor es, aun con lágrimas, el mayor de los bienes».

AMADO NERVO
(Poeta mejicano)

...

Love story (Chimento histórico)

Hay muchas formas de comunicarse hoy en día, desde la tribu africana Khoi Khoi, cuyo lenguaje son unos raros chasquidos, hasta Internet.

Pero no hay que olvidar, por supuesto, el lenguaje gestual. Es de muy antigua data pero aún podemos verlo en situaciones cotidianas: un policía que detiene a los autos con la palma de la mano, otro que los hace avanzar moviendo vigorosamente el brazo, algún corte de manga itálico pero ya universal, los dedos frotándose entre sí para indicar dinero o el nene que levanta la mano en clase para que le den permiso para ir a hacer pis son solo unos pocos ejemplos. El teléfono es otra cosa. Nace de una bella historia de amor. Alexander Graham Bell estaba perdidamente loco de amor por su esposa, pero la pobrecita era sorda. El hombre se empeñaba en encontrar un método para que ella le escuchara decir, por ejemplo, «te quiero». y en eso andaba en 1876 cuando inventó un sistema que no solo lo habilitaba para algo así sino, también, para comunicarse entre distancias considerables. Inventó el teléfono. La profesión de Bell había sido siempre la de enseñar a comunicarse a los sordos con gestos y resultó ser el padre del sistema de comunicación hablado más usado en el mundo. Por amor, aunque suene cursi. Simplemente por amor. En este bendito 2002 se cumplen 126 años de aquel día y sabe Dios cuántas otras historias de amor se deslizaron por los cables telefónicos en ese tiempo. La lección que nos queda es que el lenguaje no es solo para decirlo sino, también, para escucharlo. Graham Bell quería decirle «te quiero» a su amada, pero no era suficiente: necesitaba que ella lo oyera. Para hablar hace falta solo un tema, para escuchar hace falta ser casi sabio. Cuando aprendamos esto nos llevaremos mejor y hasta es muy posible que nos quede un poco de tiempo en nuestras vidas para decir más a menudo «te quiero» como lo hizo Bell, pobre santo. Quiera Dios que en ese caso alguien nos escuche. Y sonría.

...

No olvidé que este capítulo se llama Pelotas y hay gente que honra la calidad de esos elementos, por eso ahora es el turno de otro tipo de amor, muy impresionante: el amor a la vida y a la dignidad humana. Ahí se los dejo.

Cuando la historia se repite (Un hecho real)

Uno habla de las vueltas de la vida, pero pocas veces tiene la oportunidad de ser parte de una que cierre con tanta precisión como ésta. Elba fue abandonada en la Casa

Cuna a los cinco meses de haber nacido. La adoptaron, pero su nueva mamá murió dos años después y ella fue criada por sus abuelos adoptivos. Estudió, se recibió de médica, se casó con Tony y pasó a ser la doctora Elba Palazzo de Levy. Tuvo tres hijos: Diego, Sergio y Anabella. Pero un día de 1997 escuchó a una enfermera de su mismo hospital, el Pirovano, contar una historia que le pegó en el medio del pecho. Una amiga de esa enfermera estaba internada, muy grave, y se preocupaba, bendita sea, por dos chiquitas que acababa de adoptar. Lloraba desde su cama de internación sabiendo que difícilmente saldría de allí con vida y su única obsesión era preguntar qué pasaría con sus dos hijitas recién adoptadas.

Elba no pudo ser indiferente a una historia que tanto se parecía a la suya y pidió ver a la mujer. Habló con ella, la consoló, trató de darle paz y lo consiguió cuando un día le prometió a la pobre enferma que si algo llegara a pasarle, ella, Elba, se haría cargo de las niñas.

La mujer murió al poco tiempo, y partió serenamente gracias a la doctora Palazzo de Levy, mucho más que una médica a secas. Elba cumplió con su palabra y adoptó a las chiquitas sin siquiera conocerlas. La vida le dio la posibilidad de repetir su propia historia desde otro papel. Inés y Eugenia, de 3 y 2 años en ese momento, habían pasado por lo mismo que ella y por eso nadie podría entenderlas mejor, guiarlas más adecuadamente, estar más cerca.

Elba habló con su marido antes de la decisión, y Tony aceptó.

Eugenia e Inés comenzaron una vida nueva en la que el amor era moneda corriente y donde se encontraron con un papá, una mamá y tres hermanos a los que abrazar.

Hoy, en el 2002, todos están felices y la doctora Elba aumenta más aún el orgullo de su familia siendo la madrina de un hogar de chicos en Villa Adelina.

La vida es así y a veces nos premia con una vuelta gratis en el trencito del amor, admirando a gente como Elba. Siempre hay un ángel que nos eleva y nos rescata. Siempre hay un Dios que debe mirar a los Levy con infinita ternura y quiere que se los muestre a ustedes para que aprendamos.

...

Estos testimonios son suaves como sábanas de seda para el alma. Nos dan un respiro entre tanta porquería a la que no podemos negar.

Tal vez estemos tomando caminos muy melosos, pero eso tampoco es nuevo. En especial si quien encara estos temas es un varón. Claro que, a veces, los varones se enojan. Hasta los más insospechados, miren.

Basta de verso

En el siglo XIX, Gustavo Adolfo Bécquer, que en lo personal vivió sentimentalmente atormentado, dejó escapar a pesar de eso todo su romanticismo almibarado.

Miren si sería romántico hasta cuando se sonaba la nariz que escribió cuartetos como esta:

*Hoy la Tierra y los cielos me sonríen,
hoy llega al fondo de mi alma el sol;
hoy la he visto, la he visto y me ha mirado;
¡hoy creo en Dios!*

Después parece que empezó a decepcionarse un poquito. Por los golpes, claro. No perdió ni esto de su romanticismo, pero empezó a ponerse impaciente y quejoso, pobre Bécquer:

*Los suspiros son aire y van al aire;
las lágrimas son agua y van al mar.
Dime, mujer, cuando el amor se olvida
¿sabes tú adónde va?*

Un día se desaló con todo el dolor del tipo que se entera que la mujer amada es más traviesa de lo que él soñó. Y, lo peor, traviesa con otros.

*Cuando me lo contaron sentí el frío
de una hoja de acero en las entrañas.
Me apoyé contra el muro y, un instante,
la conciencia perdí de dónde estaba.
¿Que quién me lo contó? Un buen amigo.
Me hacía un gran favor. Le di las gracias.*

Ma qué favor ni favor. Este Bécquer era demasiado buen tipo o lo que hace aquí es manejar la ironía como un estilete. Más que darle las gracias, supongo que la primera intención de uno es darle una piña, pero difícilmente se puedan escribir luego versitos contando el incidente, la intervención policial, comisario yo tengo amigos en la institución, él me pegó primero, un poco de orden o van los dos al calabozo y todo eso. Al final, a Gustavo Adolfo le dio el ataque de cinismo y de bronca. Y escribió una poesía que no deja dudas:

*Voy contra mi interés al confesarlo;
pero yo, amada mía,
pienso cual tú que una oda solo es buena
de un billete de Banco al dorso escrita.*

*No faltará algún necio que, al oírlo,
se haga cruces y diga:
«Mujer al fin del siglo diecinueve,
material y prosaica». ¡Bobería!
¡Voces que hacen correr cuatro poetas
que en invierno se embozan con la lira!
¡Ladridos de los perros a la luna!
Tú sabes que yo sé que en esta vida,
con genio es muy contado quien la escribe
y con oro cualquiera hace poesía.*

Calentito, Bécquer. Acá sí, irónico como pocos y hasta medio insultante les diré. Si le dice a la señorita que para conquistarla a ella lo mejor son unos pesos, la está tratando de ya saben qué. Eso sí, con finura.

Ya ven, hasta los más románticos se ponen nerviosos.

Un gracioso

«El amor, a semejanza de los catarros, empieza poniéndonos febriles, sigue impidiéndonos salir de casa por las noches y acaba obligándonos a secarnos los ojos con un pañuelo».

ENRIQUE JARDIEL PONCELA
(Humorista español)

...

Una graciosa

«Dios creó al hombre y dijo: “Realmente puedo hacerlo mejor”. Entonces creó a la mujer».

ANÓNIMA
(O anónimo, vaya a saber)

...

Retomando amor. Toma 2

Un bombón Diego Hurtado de Mendoza. Nació cuatro años después de que América fuera descubierta y cuando aún la llamaban «las Indias» o no tenían ni idea de cómo referirse a ella. Bueno, ahora tampoco, a veces. Los europeos son los intelectuales del

planeta, ya saben. Es cierto que hace poco más de 200 años (una migaja en la historia) todavía ejecutaban personas en la plaza de París cortándoles la cabeza con una guillotina ante el alborozo de miles de hombres y mujeres que asistían al espectáculo como si fuera un Boca-River. Aplaudían, reían, gritaban, vivaban a verdugos y bufones. Pero son los intelectuales del planeta. Nosotros, América Latina, a veces somos vistos como América Letrina. Los sudacas. Yo también te quiero, deberíamos decirles.

Pero Diego Hurtado de Mendoza jamás nos llamó sudacas ni puso cara fea si se hablaba de América. Básicamente porque no se llamaba así, como está dicho, y, además, porque Diego estaba en otra. Escribía sobre el amor. Y miren qué bonito lo hacía cuando definía en un poemita esos amores que sentimos por alguien lejano e imposible y, a pesar de eso, ahí los mantenemos porque siempre nos gustó sufrir en el fondo e incluso también en las piezas delanteras. Miren qué bien suena su dolor.

Quiero lo que no ha de ser

(Ya arranca depresivo pero sin entregarse, el hombre)

*El gusto de contemplaros
nadie le alcanza sin veros,
y, pues, merecí miraros,
quiero morir por quereros
más que vivir sin amaros.
Y si ofende a vuestro ser
entender que por vos muero,
discúlpese con saber,
señora, que ya que quiero,
quiero lo que no ha de ser.*

¿Qué tal? Ya que quiere, lo quiere todo y elige lo difícil, lo que no ha de ser. Como diría el Negro Olmedo: «*Ya que vamos a hacerlo, vamos a hacerlo bien*». Sin embargo, detrás de ese lamento está lo que siempre mantuvo en pie a los humanos, la esperanza. Eso de pensar «*yo le escribo esto y la que te dije se me arroja a los brazos, macho, se derrite*». Un lance, que le dicen, pero muy romántico. Un mangazo de amor. Para los que leen estas líneas fuera de la Argentina, vale aclarar que «mangazo» es un pedido a menudo lastimoso de algo, lo que sea aunque en especial se refiere a dinero u objetos. En los últimos años ese y deportes similares están muy de moda en mi amado y deshilachado país.

Mangueros, garroneros y otras desgracias

La última frase del párrafo anterior me concede pasaporte para apartarme un poco del tema y me sirve para contarles por qué a los que piden que se les preste unos pesos hasta fin de mes se les dice «mangueros». Es porque, hace mucho, los que buscaban limosnas en las calles le tiraban suavemente de la manga a los señores con aspecto de potentados para llamar su atención y ponerles cara de deme una moneda, don. Le tiraban de la manga, lo manguaban, eran mangueros.

Otra cosa muy distinta es el origen de lo que llamamos «garroneros», los que en lo posible tratan de vivir de arriba, ¿tenés un faso?, invítate un pancho y una coca, prestame el auto que tengo que salir con la mujer de mis sueños, ¿esa camisa la vas a usar el sábado que viene? y mil etcéteras. Suelen usar palabras como «dale», en tono lastimoso y poner caras de ositos de peluche vacunados.

Los garroneros nacen en la época de las Cruzadas. Por supuesto no me refiero a esas en las que siempre aparece Ra como respuesta a «dios del sol entre los egipcios». Las Cruzadas se armaron entre la nobleza muy cristiana para recuperar el Santo Sepulcro y otras pertenencias de manos de los musulmanes más aguerridos y fanas. Salieron de varios sitios de Europa pero siempre, en las películas, se recuerda a los sajones porque lo tuvieron al Rey Arturo, a Sir Percival, Sir Lancelot, Camelot, los caballeros de la mesa redonda y Hollywood que los hizo populares desde el vamos. Sin embargo, no eran los únicos que iban a pelear por su honor, por su fe y por su dama, aunque a veces no en ese orden. Se sumaron los italianos, immortalizados en el cine con *La Armada Brancaleone*, por ejemplo, filme que tiene una escena memorable en la que Vittorio Gassman —un caballero de cuarta, una especie de Quijote que deseaba la gloria pero a lo chanta— se para en medio de un campo por el que cabalgaban, empuña su gran espada con gesto fiero, se enoja con el destino que lo trata bastante mal y grita al viento el desafío a la más temida, para demostrar su bravura: «*Morte! Io ti convoco!*» Sin ver a nadie más que a él, se escucha una voz profunda —la muerte convocada— que le dice: «*Sono qui*». Y el caballero, que jamás soñó con respuesta alguna, baja la espada lentamente, mira al cielo con cara de humildad y pánico y le dice a la muerte: «*Ma... ¿non si può fare uno scherzo?*» «*¿No se puede hacer una broma?*»

Los españoles también tenían sus hombres que se armaban para ir a luchar en las Cruzadas. Siempre se trataba de iniciativas independientes, grupos encabezados por un rey —como en el caso de Arturo—, por duques, condes, marqueses o simplemente caballeros que decidían entrar en la cosa para no quedar afuera de la historia, para descansar un poco de sus esposas, para conocer gente nueva, ya que en la guerra ocurre, o por alguna razón que ignoramos. Hubo, entonces, varios caballeros españoles que eligieron unirse a la lucha. Para hacerlo formaron su grupo y lo primero que advirtieron fue que no tenían una peseta entre todos. Eran medio como los Brancaleone. Mucha nobleza pero bolsillos flacos. Claro que les quedaba el ingenio: con la excusa de su Guerra Santa, empezaron a pedir a todos los del lugar. Desde dinero hasta caballos, desde comida hasta la ropa que llevarían. De todo. Consiguieron sus armas y estuvieron de acuerdo en la elección de la imagen que adornaría sus escudos y, al mismo tiempo, los identificaría. Esos dibujos siempre intentaban ser amedrentadores, símbolos del poder, de

la lucha. Y ellos eligieron la zarpa amenazante de un león. Una garra. Su nombre oficial fue, entonces, «*Los Caballeros de la Garra*». Los que más les temían eran los vecinos del lugar ya que, cuando aparecían, era para pedir algo gratis. Con el tiempo fueron muy famosos. No llegaron a librar ninguna batalla, así que no alcanzaron la inmortalidad por razones guerreras, sino por su vieja y querida costumbre de pedir lo que sea. Los Caballeros de la Garra, los garroneros, lograron, como sea, pasar a la historia. Algo es algo.

Es posible que alguno de ustedes —o todos, tal vez— me pregunten qué tiene que ver esto con el tema central, el amor. Coincidimos: yo también me lo pregunto. Aunque puedo tener algunas respuestas interesantes, como por ejemplo: todo tiene que ver con el amor. Sabemos que no es cierto pero nos gusta pensar que es posible, así que dejémoslo en eso. Ya advertimos que este es un librito loco y eso me cubre de cualquier cosa.

Incluso puedo decir que, ante todo, hay que quererse uno mismo. Estar contento con lo que uno es. Nadie logra la perfección, pero hay quienes dan ideas, como este hombre que sigue con su famoso poema.

Si

Si puedes conservar firme tu cabeza, cuando alrededor todos la pierden y te cubren de reproches;

Si puedes tener fe en ti mismo, cuando duden de ti los demás hombres y logras ser indulgente para su duda;

Si puedes esperar y no sentirte cansado de la espera;

Si puedes, siendo blanco de falsedades, no caer en la mentira y si eres odiado no devolver el odio, sin que te creas por eso ni demasiado bueno ni demasiado cuerdo;

Si puedes soñar sin que los sueños imperiosamente te dominen;

Si puedes pensar sin que los pensamientos sean tu objetivo único;

Si puedes encararte con el Triunfo y el Fracaso y tratar de la misma manera a esos dos impostores;

Si puedes aguantar que a la verdad por ti expuesta la veas retorcida por los pícaros, para convertirla en lazo de los tontos o contemplar que las cosas a las que diste tu vida se han deshecho, y agacharte y construirlas de nuevo aunque sea con gastados instrumentos;

Si eres capaz de juntar en un solo haz todos tus triunfos y ganancias y arriesgarlos a cara o cruz, en una sola vuelta, y si perdieras, empezar otra vez y no decir una palabra más sobre la pérdida sufrida;

Si puedes obligar a tu corazón, a tus fibras y a tus nervios, a que te obedezcan aun después de haber desfallecido, y que así estén hasta que en ti no haya otra cosa que la voluntad desafiante;

Si puedes hablar con multitudes y conservar tu virtud, o alternar con reyes y no perder tus rasgos comunes;

Si nadie, ni enemigos ni amantes amigos, pueden causarte daño;

*Si todos los hombres pueden contar contigo, pero ninguno demasiado;
Si eres capaz de llenar el inexorable minuto con el valor de los sesenta segundos de
la distancia final;
¡Tuya será la tierra y cuanto ella contenga y —lo que vale más— serás un hombre,
hijo mío!*

RUDYARD KIPLING
(Autor inglés)

Chicas, damas, señoras, señoritas, féminas, mujeres de toda edad, porte y características: el poema anterior es precioso pero tal vez alguna de ustedes reparó en que dice, al final, «serás un hombre, hijo mío». Para ser francos, en la época de Kipling (1865-1936) ustedes estaban más para el cachetazo que otra cosa, lo cual era injusto, por supuesto. Pero hoy y aquí, prefiero creer que puso eso refiriéndose al ser humano. No apostaría nada al respecto, pero puede ser que haya sido así. Con eso de machistas y feministas lo interpretamos de esa manera para no echar leña al fuego.

¿Y esto qué es? ¿Feminista o machista?

*El hombre es la más elevada de las criaturas.
La mujer es el más sublime de los ideales.
Dios hizo para el hombre un trono,
para la mujer un altar:
El trono exalta, el altar santifica.*

*El hombre es el cerebro,
la mujer el corazón.
El cerebro fabrica la luz,
el corazón produce el amor.
La luz fecunda, el amor resucita.*

*El hombre es genio,
la mujer es ángel.
El genio es inmensurable,
el ángel indefinible.
Se contempla lo infinito,
se admira lo inefable.
El hombre tiene supremacía,
la mujer preferencia.
La supremacía significa fuerza,*

la preferencia representa al derecho.

*El hombre es fuerte por la razón,
la mujer por las lágrimas.
La razón convence,
las lágrimas conmueven.*

*El hombre es un código,
la mujer un evangelio.
El código corrige,
el evangelio perfecciona.*

*El hombre piensa,
la mujer sueña.
Pensar es tener en el cráneo una larva,
soñar es tener en la frente una aureola.*

*El hombre es océano,
la mujer es lago.
El océano tiene la perla que adorna,
el lago la poesía que deslumbra.*

*El hombre es el cóndor que vuela,
la mujer la calandria que canta.
Volar es dominar el espacio,
cantar es conquistar el alma.*

*El hombre tiene un farol, la conciencia.
La mujer una estrella, la esperanza...
El farol guía,
la esperanza salva.
En fin, el hombre está colocado
donde termina la tierra;
la mujer donde comienza el cielo.*

Con certeza absoluta, puedo imaginar a las románticas —benditas sean— derritiéndose por estas líneas y preguntándose por qué ya no hay tipos que les escriban cosas como esta. Pero, al mismo tiempo, imagino también a algunas damas que piensan diferente, muy diferente, y que tal vez vociferen e insulten por el tono general que creen encontrar en este texto. «¿Qué es eso de que el hombre es la más elevada de las criaturas y la mujer otra cosa, no importa qué?», dirán mordiendo sus habanos, que es

una de las últimas modas en este tipo de féminas. «¿Y eso de que el hombre es cerebro? Hay muchos que yo conozco que piensan con cualquier otra parte del cuerpo», se enojarán excesivamente las más alteradas. «¿El hombre es fuerte por la razón? ¿Y la mujer por las lágrimas? Pero ¿quién es el idiota que escribió eso?», vomitarán. El idiota que escribió eso es Victor Hugo, uno de los más grandes autores no solo de Francia sino del mundo. Lo hizo en su época, en el siglo XIX (nació en 1802 y murió a los 83 años, en 1885), y no solo no pretendió menospreciar a la mujer sino que lo que quiso y logró fue elevarla a una categoría superior, aquella donde todo macho en serio quiso, quiere y querrá tener a su hembra. Si aún así hay señoras o señoritas que prefieren bajar a la altura del hombre, pueden quejarse ante la tumba de Victor Hugo, no leer jamás *Los miserables*, ni siquiera ver una de las innumerables versiones que se han hecho para el cine y pedirle a la Academia Francesa de las Letras que, de una vez por todas, dejen de proteger a este hombre y den a conocer finalmente su apellido.

...

No es casual ni anárquico que en este capítulo llamado *Pelotas* el tema haya sido el amor. En la época en que vivimos es más imprescindible que nunca ese sentimiento puro que una a las parejas para hacer una buena familia que hará una buena sociedad que hará un buen país. Lo que ha venido pidiendo la Santísima Virgen en sus apariciones de todo el pasado siglo XX ha sido, de manera muy importante, esa unión entre los que se aman, no dejándose vencer por el desaliento o los problemas. Nada requiere más fuerza de esperanza, entonces, que mantener la bandera del amor bien alta aun en medio de la pesadilla. Nada requiere más la fuerza del coraje que convivir, compartir y comprender. Y esa es la misión más noble y definida de papá/ mamá.

Un hombre

*Patria viene de padre y padre es hombre.
Macho de puro alarde pero tierno,
el que abraza a su hembra en el invierno
y cubre a sus hijitos con las alas.
Hombre es quien pone el pecho ante las balas
para que nada roce a los que ama,
es el hoy, el ayer y es el mañana
aunque pocos le escriban poemitas.
Él es el macho y no los necesita.
Solo precisa a Dios que los proteja
a su mujer; sus hijos y su vieja.
Otro milenio todo igual que antes:
amor muy duro, padre, Patria, aguante,*

y ni un solo gemido. Y ni una queja.

Casi es un viril lamento propio. Allí están todos los que son padres, los de bajo perfil, los sin poemas que ahora tienen uno en el que se los pinta a todos juntos. Se los regalo.

Una mujer

*Hay una mujer
que tiene algo de Dios
por la inmensidad de su amor
y mucho de ángel
por la incansable solicitud
de sus cuidados.
Una mujer que, siendo joven,
tiene la reflexión de una anciana
y en la vejez
trabaja con el vigor de la juventud.
Una mujer que,
si es ignorante,
descubre los secretos de la vida
con más acierto que un sabio;
y si es instruida
se acomoda a la simplicidad
de los niños.
Una mujer que,
siendo pobre,
se satisface con la felicidad
de los que ama;
y siendo rica
daría con gusto su tesoro
por no sufrir en su corazón
la herida de la ingratitud.
Una mujer que,
siendo débil,
se reviste con la bravura del león.
Una mujer que mientras vive
no la sabemos estimar
porque a su lado
todos los dolores se olvidan,
pero que después de muerta
daríamos todo lo que somos*

*y todo lo que tenemos
por mirarla de nuevo
un solo instante,
por recibir de ella un solo abrazo,
por escuchar un solo acento de sus labios.*

Esto es de Monseñor Ramón Ángel Jara, aquel obispo chileno que hace décadas dejara eternizado con sus palabras el amor a la madre, a todas las madres.

¡Vamos, todavía!
(Un hecho real)

Un poco más, un poco más... El último pujo e inmediatamente un llanto. Enseguida el movimiento inusual: médicos y enfermeras con cara de preocupación, mucha ansiedad en el ambiente y, luego, la dura noticia. Ramiro nació con malformaciones en las dos piernas y con la desgarradora realidad a futuro de que al menos una de ellas debía ser amputada. Patricia Farrell, su mamá, recibió el golpe con razonable impotencia y maldiciones. Pero pronto su hijo se las cambió por bendiciones. Le enseñó a destrozar la amargura con el ejemplo, y lo hizo cuando todavía no había cumplido los 10 años. En esa época su mamá lo catalogaba de «vago» y «atorrante», pero lo miraba con ternura y orgullo sabiendo que era la encarnación misma de la alegría de vivir.

Ramiro desarrolló una vida como la de cualquier otro chico porque no se hubiera permitido hacerlo de otra manera. Lo único que lo diferenciaba del resto eran una vitalidad y una inquietud permanente, que lo hacían visitar seguido al ortopedista, arrastrando consigo un enredo de fierros y plástico que alguna vez fue una prótesis y que ahora era un testimonio de coraje. Mamá Patricia se quejaba porque aquel pequeño gigante jamás jugó a las bolitas, pero también se daba cuenta de que él jugaba a juegos mucho más importantes. Juegos contra el miedo, la adversidad, la discapacidad y el conformismo. Y lo veía ganar.

Pero el tiempo ya le había regalado demasiado de sí mismo, y cuando Ramiro tuvo doce años, Patricia y Jorge, su papá —otro santo del no aflojar— debieron plantearle la más cruda decisión que a un chico como él se le podía pedir que tome: Ramiro tenía que elegir con qué pierna se quedaba.

Hubo llanto, quizá. El dolor de sus padres debió ser desgarrador. Pero era obvio que Ramiro se la había visto venir. Con serenidad, entonces, entró en el quirófano y salió solo con su pierna derecha. Les había explicado a los médicos que en la izquierda los aparatos le eran mucho más incómodos y que estaba cansado de romperlos. Vale aclarar que la pierna elegida estaba también malformada, pero a esta altura no hace falta que les diga que eso no iba a detener a Ramiro.

Comenzó a usar una pierna ortopédica y eso fue lo único que se modificó en su vida,

porque siguió eligiendo los mismos juegos. Siempre los más activos, los que más físico demandaban, los que menos aptos eran para su cuerpo. Los padres y los médicos decían que de ninguna manera podía jugar al básquet en su condición. Y Ramiro les contestó encestando. No podía andar a caballo. Y Ramiro galopó como nadie. Era una locura que se expusiera al rugby. Y Ramiro los saludó desde su puesto como jugador en el San Antonio Rugby Club, de San Antonio de Areco.

Ramiro es Ramiro Méndez, aquel que tiene como lema «se nace y se vive», y el mismo que ganó un triatlón en el verano del 96, en Punta del Este. También el que participa en las carreras de carruajes, y en cuanta competencia se le cruce en su camino.

Tanta belleza no podía detenerse en lo interior de manera que le roció la carita y se acomodó en ese cuerpo desarrollado que tienen los rugbiers. Debe arrancar más de un suspiro femenino aquel «atorrante» alegre que ama la vida de esa forma. Su familia se sorprende día a día y no comprende cómo es que Ramiro pueda llegar a tanto, y él —en una rebeldía que desparrama ternura— les contesta que esto no termina acá. Que esto recién empieza.

Ramiro Méndez tiene 20 años en el 2002. Está estudiando Agronomía para dedicarse al campo. Y justifica con creces el título que lleva este capítulo.

...

El coraje

Lo último que se pierde no es la esperanza, como habrán oído por ahí. Aún perdiendo hasta la esperanza, lo que es mucho decir, nos queda una carta más por jugar: el coraje. Seguir adelante, no darse permiso para caer, llorar pero de pie, respirar hondo, escupir rencores, recibir y dar como se debe, agradecer que —por ejemplo— aún tenemos vista para leer estas líneas u oídos para escucharlas si es que alguien nos las está leyendo porque se nos cegaron los ojos pero solo los ojos, poner el alma sobre la mesa lo mismo que otras partes del cuerpo que están para eso, para ponerlas sobre la mesa, vivir, hermanos, vivir lo mejor que se pueda para un día morir lo mejor que se deba. Y encontrarnos en el Cielo, porque yo creo en el Cielo, no sé si se los dije. A menudo, para llegar a él hace falta coraje.

Pequeña gran historia (Un hecho real)

Al hablar de coraje, recordé de manera ineludible una de las historias que más me han emocionado. El protagonista era un cura llamado Maximiliano Kolbe, alguien que fue

llevado a aquel campo de concentración por el solo hecho de defender a los que lo necesitaban y editar una publicación donde hablaba de la libertad. Un cristiano, bah, se lo llevaron por buen cristiano. En un campo como aquel era habitual que el jefe del lugar reuniera a todos los prisioneros y eligiera, al azar, a diez de ellos que serían enviados a lo que se conocía como «el sótano de la muerte». Eso era en efecto un sótano sin ninguna ventilación, un hueco cavado en la tierra y con sus paredes y piso recubiertos con cemento. Allí se depositaba a los desdichados elegidos para ese destino y, simplemente, se los abandonaba hasta que murieran. Sin comida, sin agua, sin luz, sin siquiera un guardia. Nada. Era un infierno peor que el mismo infierno. El mundo dejaba de existir.

Un día el jefe del campo reunió como siempre a los prisioneros y comenzó a señalar uno a uno hasta cubrir la cuota de diez que irían a dejar sus osamentas en el sótano maldito donde la muerte llegaba de manera dolorosa, lenta y cruel.

Al llegar a un joven llamado Gajowniczek, el hombre estalló en llanto y pidió que no lo llevaran, contando a los gritos que era casado y tenía hijos. Por supuesto eso no impresionó en absoluto al jefe de campo ni a ninguno de sus oficiales y le indicaron que se separara del grupo central. En ese instante, el cura Maximiliano Kolbe, tan andrajoso, hambriento y sucio como los otros prisioneros, pidió que se le autorizara a hablar. El jefe de campo, tal vez intrigado por lo que ocurría de manera inusual, le dio el permiso. El padre Kolbe solicitó, entonces, con una gran humildad, que le permitieran ocupar el lugar de aquel desdichado. El jefe de campo lo miró, al principio, como a un bicho desconocido y algo molesto. Y luego actuó como ante algo así, permitiendo que el cura ocupara el lugar de Gajowniczek que miraba la escena asombrado y sin entender. Kolbe fue al sótano de la muerte. Allí, junto a sus otros compañeros de desgracia, rezaba en voz alta e iniciaba cantos religiosos en medio de la oscuridad y del miedo. Los que lo acompañaban terminaron cantando con él aquellas frases que nada tenían que ver con su religión pero todo tenía que ver con el hombre mismo. Y, como era habitual, fueron muriendo. Primero los más débiles, luego los que parecían más fuertes, finalmente todos menos el cura Kolbe. Quedó solito, después de muchos días de aislamiento total, sin comer, sin beber, sin soñar. Pero no moría. Fue necesario que entraran al calabozo subterráneo dos guardias y un enfermero que le aplicó una inyección para provocar su muerte.

Muchos años después, Maximiliano Kolbe fue beatificado por la Iglesia y luego canonizado, es decir declarado oficialmente santo. En ambas ceremonias llevadas a cabo en el Vaticano, estuvo en primera fila junto a toda su familia e invitado especialmente por la Curia romana aquel prisionero que salvara su vida gracias al coraje del curita. Gajowniczek lloró a lo largo de toda la ceremonia, lo mismo que su esposa, sus hijos y sus nietos.

El Nuevo Testamento dice que «no hay amor más grande que el que da la vida por sus amigos». Si traemos el ejemplo de San Maximiliano Kolbe a lo que hoy nos toca vivir, ni siquiera se nos pide que demos la vida por nadie sino que le demos un poco más de vida a alguien que lo necesite. Se llama solidaridad y estoy seguro de que la mayoría

de ustedes la conoce muy bien porque este pueblo bendito es campeón en ayudar cuando puede y aun cuando ni siquiera puede. No es casual que a un favor se lo llame «una gauchada», aludiendo a lo que un gaucho, cualquier gaucho argentino, es capaz de hacer por otro en desgracia.

Eso es lo que nos pide el Episcopado, que en su casi totalidad y sin mancha política alguna sino con la Doctrina Social de la Iglesia enarbolada como bandera, demuestra que sus integrantes tienen la sotana muy bien puesta y piden lo que hay que pedir y como hay que hacerlo, con humildad pero con firmeza.

Y no me vengan con que soy un lamevelas, soy un católico orgulloso de serlo y también de la manera en que la Iglesia argentina encara este momento de nuestra historia. Nadie les pegó tanto a los malos curas como yo lo hice en mis libritos, pidiéndoles que le hicieran un gran favor a la Iglesia abandonándola; pero nadie defenderá con tanta pasión a los que demuestran merecer su ministerio sin mancharlo con política barata ni con ambiciones personales.

Lo de Kolbe es coraje, ya lo creo. Y es ejemplo.

Lo primero que debe hacer uno para juntar fuerzas y obtener coraje es recordar que siempre, aunque no nos parezca, hay gente que nos ama y busca lo mejor para nosotros. A veces creemos que no, pero es un grave error. En esos momentos estamos tan mal que somos miopes del alma, vemos borroso, tropezando con las dudas, confundiendo todo. Casi ciegos. Y el riesgo es que así, ni siquiera vamos a ver a la vida cuando nos atropelle.

La ventana

Dos hombres, ambos con enfermedades muy graves, compartían una pequeña habitación de un gran hospital. Era una habitación minúscula en un primer piso, pero gozaba de la fortuna de contar con una ventana.

Uno de los hombres tenía una severa afección pulmonar y, como parte de su tratamiento, le elevaban el respaldo de la cama y quedaba así, casi sentado, durante una o dos horas por la tarde. La cama de este hombre estaba precisamente junto a la ventana.

Su compañero de cuarto, mientras tanto, debía permanecer todo el tiempo quieto, acostado boca arriba y en un rincón lejano de la dorada ventana.

Todas las tardes, cuando el hombre que estaba junto a la ventana era puesto en su posición de casi sentado, pasaba ese tiempo mirando hacia afuera. Su compañero del rincón le preguntaba qué se veía. Y el hombre junto a la ventana describía un parque. Un parque con un lago donde se paseaban patos o cisnes, no estaba muy seguro. Los chicos se acercaban para arrojarles pedacitos de pan o galletitas y apoyaban sobre las aguas del lago unos barquitos de juguete muy coloridos e incluso algunos de los chicos armaban otros de papel que dejaban flotando y bamboleándose de acuerdo con el viento que hubiera ese día.

Los enamorados caminaban por el parque tomados de la mano, riéndose de vez en cuando y diciéndose algo en secreto para volver a reír. Había flores, contaba el hombre, y canteros y juegos pintados de rojo, azul y amarillo. Al fondo, detrás de la hilera de árboles con su explosión de verde movedizo, se veía un espléndido panorama de la ciudad que se recortaba prolijamente sobre el cielo. Los días de sol el hombre junto a la ventana le contaba a su compañero que el color de todo aquello era una postal indescriptible de lo que les esperaba para cuando salieran.

Y los días de llovizna parece que tenían también un encanto que vestía de gris toda la escena pero con la certeza de que volvería el color así como ellos dos volverían a esa calle.

El hombre acostado boca arriba en el rincón oscuro escuchaba con mucha atención las descripciones que le hacía su compañero, disfrutando de cada minuto y cada detalle. Oía que un chico casi se había caído al lago pero alguien lo agarró de la remera justo a tiempo y que las chicas jóvenes estaban muy lindas con sus vestidos coloridos de verano que debían ser de tela muy liviana porque el viento hacía que las polleras revolotearan traviesas y atrevidas. Las descripciones de su amigo eran tan perfectas que el hombre acostado boca arriba en el rincón sentía que prácticamente podía ver todo lo que estaba pasando allí afuera.

Una tarde muy agradable se le cruzó la feroz idea de la envidia. ¿Por qué el hombre junto a la ventana tenía el privilegio de ver todo y él debía contentarse con escuchar su relato? ¿Por qué no tenía él mismo una oportunidad? Sintió cierta vergüenza cuando admitió para sí que daría o haría cualquier cosa con tal de ver él, con sus propios ojos, todo lo que hasta entonces le era relatado.

Una noche ya transformada en madrugada el hombre acostado boca arriba en el rincón estaba desvelado y mirando la semipenumbra del cielo raso cuando su compañero de junto a la ventana se despertó de golpe en medio de un ataque de tos que evidentemente casi no le permitía respirar. Sus dañados pulmones clamaban por oxígeno mientras el pobre hombre intentaba desesperadamente alcanzar el botón para llamar a la enfermera.

Su compañero de cuarto observaba todo desde su rincón pero sin moverse, ni siquiera cuando la tos cesó de golpe y el sonido de la respiración dejó de oírse.

A la mañana, la enfermera del primer turno encontró muerto al hombre de junto a la ventana y, en silencio, se llevaron su cuerpo.

El hombre acostado boca arriba en el rincón dejó pasar un par de horas y, cuando lo creyó oportuno, preguntó humildemente si no podrían ahora cambiarlo a la cama que estaba junto a la ventana.

No había problema en eso. Lo trasladaron, lo instalaron y lo acomodaron como siempre, boca arriba. Se fueron y quedó solo. Apenas había ocurrido eso cuando, con mucho esfuerzo y dificultad, se incorporó y se asomó a la ventana. Por ella vio que enfrente había solamente una enorme pared blanca.

...

Duro. Claro que es un cuentito. Es peor cuando a veces le hacemos daño a gente que lo único que intenta es darnos ánimo para que veamos la vida de una manera mejor. No hay peor sordo que el que no quiere ver. Y no está equivocado el refrán, es uno nuevo: si además de ser sordo se niega a ver, no hay forma de hacerle entender nada.

Eso sí, hay que saber bien a quién se escucha cuando se nos dice algo. Como no quiero terminar el capítulo tan tristón, recurro otra vez al humor para devolverle a la vida sus colores. Decía que hay que saber bien a quien se escucha cuando nos dice algo porque, incluso, hasta las mismísimas madres pueden equivocarse. Mi amigo Andy, que vive en Chicago, con perdón de las damas, me informó de algunas frases poco felices dichas por madres de famosos, sin ir más lejos.

Las madres también se equivocan

«¡Dejá de joder todo el día con esa pelotita y estudiá algo, quieres!»

MAMÁ DE MARADONA

«¡Tomate toda esa leche de una vez! ¡Qué gusto feo ni qué ocho cuartos!»

MADRE DE LOUIS PASTEUR

«¡Dale con gritar y gritar todo el día!»

MADRE DE PLÁCIDO DOMINGO

«Dejá de hinchar con esas maquinitas. Así nunca vas a salir de pobre»

MADRE DE BILL GATES

«¡¿Otra vez al cine?!»

MADRE DE STEVEN SPIELBERG

«¡Estoy cansada de limpiar todo el día las marcas que dejan. esas inmundas zapatillas!»

MADRE DE NEIL ARMSTRONG

«¡Que sea la última vez que me garabateás el techo del baño!»

MADRE DE MIGUEL ÁNGEL BUONARROTI

«¡Pero quién te creés que sos vos!»

MADRE DE CARLOS GARDEL

«¡Dejá ya de golpear la mesa. Me tenés harta con esos ruiditos!»

MADRE DE SAMUEL MORSE

«¡Acostumbrate a decir la verdad! Fabular no es bueno...»

MADRE DE ESOPPO

«¡Te podés quedar quieto aunque sea un ratito!»

MADRE DE FRED ASTAIRE

«¡¿Cuántas veces te voy a decir que no te juntes con esos negritos de al lado?!»

MADRE DE ABRAHAM LINCOLN

«¡Dejá de tirarle maní al abuelo...!»

MADRE DE CHARLES DARWIN

«¡Nada de iguales! ¡Yo soy tu madre y vos sos mi hijo!»

MADRE DE CARLOS MARX

«¡Dejá de hacer esas ridículas morisquetas! ¿Acaso te comieron la lengua los ratones?»

MADRE DE CHARLES CHAPLIN

«¡Dejá de saltar así que te vas a romper una pata!»

MADRE DE JULIO BOCCA

«¡Dejá de matar moscas todo el día con esa paletita!»

MADRE DE GUILLERMO VILAS

«¡Con mirarte todo el santo día en el espejo no vas a llegar a ningún lado!»

MADRE DE VALERIA MAZZA

«¡Cuántas veces tengo que decirte que si no te lavás las manos no comés!»

MADRE DE PONCIO PILATOS

«¡No te chupés más ese dedo lastimado!»

MADRE DE DRÁCULA

«¡Dejá ya de hacer teatro por nada!»

...

Eso es, una sonrisita al menos. Los músculos se tonifican, el cerebro se gratifica, el corazón tiene un ritmo perfecto, parece que hace crecer el pelo a los calvos, elimina las estrías de la piel, borra por completo las arrugas y patas de gallo, cura la sinusitis, evita insolaciones, baja el colesterol y hace rebajar cinco kilos en dos días, ideal para el bolsillo del caballero o la cartera de la dama.

Ante cualquier duda, consulte a su médico. O lea el capítulo que sigue.

3

Pelos tiene mi barba

Así cantaban los insuperables payasos españoles Gaby, Fofó y Miliki, por los años setenta. Mi barba tiene tres pelos, tres pelos tiene mi barba, si no tuviera tres pelos, pues no sería una barba. Lógica pura, y como en otras ocasiones, nos llega desde lo infantil. De la misma manera en que una barba no sería tal si no tuviera esos tres pelos como mínimo, uno no estaría completo si no ejerciera como puede las que se dan en llamar las tres virtudes teologales: fe, esperanza y amor.

Al amor venimos tratándolo desde el arranque de este librito y volveremos sobre él, en serio y no tanto. La esperanza es la columna vertebral de estas líneas, algo así como el lomo del volumen que nuclea a todas las páginas y las mantiene unidas. ¿Qué tal, entonces, unos párrafos sobre la fe? Pero no se espanten, no empiecen a dar una ojeada rápida creyendo que esto de la fe en una de esas se pone medio denso. No se vayan porque no es así. Cuando he hablado de este tema nadie, hasta ahora, «dice que soy aburrido». Si sirve de algo, escribo culo así se despiertan de golpe. En ningún sermón dicen culo. Yo llego hasta allí, palabritas que no dañan, que dicen los chicos, vocablos inocentes, las palabrotas gordas no son lo mío, no me hacen sentir bien. Ni los temas escabrosos. Hace un tiempo un amigo me dijo que dale con eso de escribir sobre la esperanza, el amor, la fe, la familia, la patria, la paz. Lo pensé e intenté hacer un libro porno, pero los dibujitos me salían mal. Uno parecía una paloma, otro era un angelito que se reía —y de mí, creo— y un tercero era un papá, una mamá y unos chicos todos tomados de las manos. Me di cuenta de que lo zafado no es lo mío. A veces me pregunto si no soy un tontudo, peleando contra tanta cosa a la que podría aliarme y sonreír desde el podio de los piolas. Y me contesto que no. Menos mal.

Creo que vale la pena pelear por la fe, creo que debo entender al que no la tenga pero la respete, creo que es mi deber decirle al escéptico lo lindo que es contar con ella. Creo. Esa es la cosa, creer.

¿Qué es la fe?

- Alguien me dijo hace unos años que «*tener fe es creer aun soportando las dudas*». Tito Sánchez es su nombre y no era teólogo sino camarógrafo de televisión.
- Mi amigo el escritor y periodista Jorge Fernández Díaz, un talento que acaba de

editar *Mamá*, un libro magnífico en el que hablando de él habla de todos nosotros, me mandó dos carillas y media después de haber leído los originales de mi librito *La Virgen, milagros y secretos*. Fue mi primer lector. En un párrafo inolvidable de su texto dice: «Podría decirte, como agnóstico, que tu libro es una fascinante y trepidante muestra de literatura fantástica. Pero como seré para siempre un salesiano, lo único que puedo decirte es que tu ardorosa fe me da envidia y me incomoda». Dios, qué manera en verdad impresionante de enaltecer la fe aun cuando parezca lo contrario. Conozco mucha gente de fe que no tiene tanta como este imprescindible asturiano, este agnóstico de papel. Me alegra, porque lo quiero.

La fe es, entonces, eso: fuerza, humildad, entrega, coraje para aceptarse chiquito ante Dios, solo ante Dios. ¿Nunca se preguntaron por qué unimos las manos para rezar? Simplemente porque es un gesto de entrega sumisa, alargando las manos desarmadas y juntas, ofreciéndolas para ser atadas y recibiendo todo lo contrario, libertad. La de verdad, la que desata ángeles que dormían la siesta dentro de nosotros y nos ayudan, como lo hicieron muchas veces conmigo y con tantos otros. ¿Qué se pierde probando?

Pascal, Pascal, qué grande sos

Esta historia es preciosa y original. Blas Pascal nació, a muy temprana edad, en el año 1623, en Francia. Al cumplir los 10 años se interesaba por ciertos fenómenos de la física, la química o la matemática al mismo tiempo que hacía las preguntas típicas de un pequeño: ¿Quién es Dios? ¿Cuál es el significado de la vida? ¿De dónde venimos? ¿Adónde vamos? Y nunca esta última pregunta referida a un paseo inminente. Se refería a nuestro destino final, la estación terminal, el Otro Barrio. La gente mayor lo miraba raro, claro. Por supuesto ninguno sabía responderle esas preguntas y él siguió obsesionado. Fue un talento pero poco cercano a la religión hasta los 31 años de edad. Allí ocurrió que tuvo un accidente (el carruaje en el que viajaba volcó y salvó su vida de milagro). Desde ese momento se hizo un estudioso de la Biblia y se enamoró del cristianismo al punto de definirlo con solo dos palabras: «Una maravilla». Su misticismo creció e incluso vivió episodios muy extraños, como aquel en que una sobrinita suya de tres años de edad pierde la vista por una fístula lagrimal y, aunque los mejores médicos de París habían diagnosticado una ceguera irremediable, Pascal le aplica el jugo de una planta en el lugar afectado y, sobre todo, le ruega con mucho fervor a Jesús. La chiquita volvió a ver casi de inmediato y nadie pudo explicar eso.

Blas Pascal tenía sobre la fe una teoría que iba como un péndulo desde lo filosófico hasta lo gracioso. Léanla con atención.

Doctor irónico

«Si tenemos fe, creemos en Dios y, al morir, resulta que no existe, al menos habremos vivido con una hermosa esperanza.

Si tenemos fe y resulta que existe, tenemos todo ganado.

Si no tenemos fe y finalmente comprobamos que Dios existe en realidad, lamentaremos haber pasado una vida terrena miserable sin creer en lo que vendría.

Si no tenemos fe y resulta ser que efectivamente Dios no existe, nos queda la nada...

Hasta como ecuación es mucho mejor tener fe».

Simpático este Blas. Aunque, claro, la fe no es como algo que uno se compra y lo guarda en el placard para cuando lo necesite. Hay que darle agüita todos los días, aunque sea un poquito, hola Dios, Padre Nuestro que estás en los Cielos, yo te quiero aunque a veces me comporte como una porquería pero lo que pasa es que soy nada más que un ser humano, yo sé que me entendés y que me perdonás porque ese es tu trabajo, ¿no?, pero voy a intentar hacer las cosas lo mejor posible, me esforzaré para no dejarme llevar por la ira, también para perdonar, por los siglos de los siglos, yo que ya viví dos, amén.

Como todo lo que vale la pena, la fe tiene sus crisis. Ahí es donde hay que pelearle duro, con lo que haya mano, como en la historia que sigue.

A mí no me van a ganar

En una ocasión llegó un profeta al pueblo. El hombre se instaló en un lugar de la plaza y comenzó a predicar. Al principio se le acercaron unos cuantos, la mayoría de ellos gente que no tenía otra cosa mejor que hacer, pero con el paso del tiempo y la preocupación de aquella gente por las cosas cotidianas, el hombre se quedó solo.

Durante un tiempo considerable la indiferencia de los habitantes del lugar era realmente terrible, pasaban a su lado como si fuera una estatua, pero él seguía predicando a los gritos aun cuando nadie lo escuchaba.

Un día llegó al lugar un extranjero, alguien que desconocía la historia y que se sorprendió del absurdo espectáculo de un hombre en medio de la plaza hablando a los gritos de la fe, sin absolutamente nadie que le prestara atención. Vio cómo la gente del pueblo pasaba al lado del que predicaba la fe gritando, sin siquiera voltear la cara, llevando de paseo a sus perros, empujando los cochecitos de los bebés, hablando entre ellos, cada uno en lo suyo y como si él simplemente no existiera. El extranjero sintió cierta piedad. Se le acercó y le dijo con voz suave y amistosa: *«¿Para qué continuar, profeta? ¿No te das cuenta de que nadie quiere escucharte?»* Y el profeta de la fe respondió: *«Al principio tenía la esperanza de cambiarlos. Ahora mantengo esa esperanza francamente muy reducida, pero grito más que nunca porque no quiero que ellos me cambien a mí».*

...

Fa, qué fenómeno sería estar un día frente a Dios. Yo sé que como pedido es algo más que una bicicleta para el día de Reyes o un reloj para el cumpleaños, pero la idea entusiasma. Estar frente a Dios, me cache en dié, como decía mi abuelo cuando quería enfatizar algo. En diciembre de 1999 la revista *Gente* reunió a un grupo de personas para la ya clásica foto anual de los personajes, salvo que esta vez era mucho más que especial, ya que en esa ocasión, por trayectoria, por logros, por lucha, los elegidos eran los personajes del siglo. No quise perder esa oportunidad única y le pedí a mi joven amigo y colega Rodrigo Lastreto que les hiciera una pregunta a algunos de los de ese seleccionado nacional de la vida. La consulta era qué le dirían al Tata. Guardé el informe y las respuestas. Seleccioné algunas. Sabía que en algún momento podrían ayudarnos a todos. Este es ese momento. Agárrense de las manos que esta vuelta viene fuerte.

¿Qué le dirías a Dios?

«Gracias, Dios, por haber conocido a mis padres y a mis abuelos. Gracias por haber podido darles un beso a mis hijos y a mis nietos».

ANTONIO CARRIZO
(Locutor y periodista)

(Nota del autor, es decir yo: qué poder de síntesis y ternura tiene ese maravilloso atorrante que es capaz de resumir en dos frases toda su vida porque le agradece a Dios nada menos que a aquellos que ama, sin nada para él).

...

«Dios es todo en la vida y estamos todos esperanzados en Dios en todo lo que se refiere a subsistir, a vivir, a tener paz, a tener salud. Deseo ver al prójimo bien y eso le pido a Dios, eso nada más».

AMADEO CARRIZO
(Gloria del fútbol)

(Nota de mí: Otro con una generosidad fantástica. Y no puede ser cosa de familia porque Antonio se llama Carrozi en realidad. Debe ser cosa de bien nacidos, nomás. Atajate esa, Amadeo).

...

«Dios, yo te pediría que nos ahorres tanto sufrimiento, tanta muerte, tanta lucha del hombre contra el hombre. Tené piedad de nosotros. Ya que los humanos somos

hechos a su imagen y semejanza, que nos mostremos de esa manera».

ESTELA DE CARLOTTO

(Presidenta de Abuelas de Plaza de Mayo)

(Nota: Estela querida, dulce Estela con esa carita de buena gente y un alma que hace juego, nadie puede ignorar tu dolor digno y sereno, Dios menos que nadie. Los que ya no están con vos están con Él, eso es seguro. No le echés la culpa a Dios de lo que los hombres somos capaces de hacer. La bendita y maldita raza humana es la que no tiene piedad de sí misma. Dios es inocente).

...

«Le pido a Dios que me permita estar con mis hijos y con mi familia todo el tiempo posible y que los proteja cuando yo ya no esté. Más que pedir tengo que agradecer porque me dio mucho y soy muy feliz con eso. Creo que soy uno de esos pocos afortunados que lograron muchas cosas, y no me refiero a una casa más grande ni a un auto más potente sino a una familia a la que adoro. Porque creo que como un gran privilegio está el de querer y sentirse querido. También le pediría que la gente sufra menos, que los inocentes sufran menos, que todos tengan las mismas posibilidades. Me doy cuenta de que se le puede pedir a Dios todo esto y lo hago, pero pienso que también tenemos que ayudar nosotros».

JORGE GUINZBURG

(Periodista, autor, humorista)

(Nota: Los que leyeron de movida sin mirar la firma habrán creído ya desde las primeras líneas que el que hablaba era el santo patrono de algo, por lo menos. Y no se equivocaron. A este sí lo conozco bien. Y sé que piensa y siente exactamente como acaban de leer. Medio zafado, es cierto, pero hay gente que habla muy bonito y piensa como el tujes. Él sería, en efecto, algo así como el santo patrono del ingenio y la travesura, la inteligencia y la rapidez mental. Los paisanos no tienen santos patronos — aunque los primeros santos eran todos paisanos — pero si los tuvieran, este es uno. Buena gente. En serio buena gente).

...

«Dios mío, yo te agradezco mucho todo lo que me das. Los nietos, los hijos, mi mujer, el cariño de la gente. Pero, por sobre todo, el haberme dado una profesión que la hago con el mismo respeto que si fuera lavador de coche o zapatero. Es un trabajo como cualquiera pero al que hago con todo cariño. Cuando veo que se enciende una sonrisa en el prójimo, muy especialmente si ese prójimo es desvalido de algo, me siento muy reconfortado. Gracias, Señor, por todo eso. Por tener los años que tengo y sentirme bien. Por haber dejado algunos vicios como el alcohol. Gracias, Dios mío».

JUAN CARLOS MARECO

(Locutor, animador, periodista)

(Nota: Disculpame, Juan, pero tengo que picar bajo para elevarte bien alto. Cuando Mareco dice esto no la está pasando nada bien. Dolores de la vida que vienen de lejos y golpes más cercanos en el tiempo hicieron que se fuera a vivir a Montevideo, no tanto por tener que vender todo lo de acá sino por no querer regalar la dignidad que le sobra. El mundo del espectáculo, con presuntas burbujas de champagne a toda hora, no es tal. Debería estar mejor este titán que mezcla humor con amor como si nada y como nadie. Y él agradece, sin embargo. Por ustedes, la gente. No hace falta que diga nada más para definirlo. Él pintó su propio cuadro y nos enseña en silencio, sin quejas, que no solo las gallinas son ponedoras).

...

«Le digo a Dios lo que Él ya sabe, que ya entramos a otro milenio y yo he vivido la historia del pasado donde, en mi vida personal, se me confunden el éxito y la tristeza. Tristeza por haber perdido algo muy importante para mi vida, que es mi Nito querido, mi hijo. Pero, al margen de eso, me ha despertado una glorificación de la amistad, de cosas a las que agradezco porque gracias a ellas pude seguir luchando y seguiré hasta las últimas consecuencias si Dios me lo permite».

MARIANO MORES

(Músico, compositor)

(Nota: En 1940 este hombre compuso, por ejemplo, el tango *Uno*, y en una mesa de la confitería del Hotel Castelar, en Avenida de Mayo, urgió a Enrique Discépolo para que le pusiera letra. *Cuartito azul, Adiós, Pampa mía, Taquito militar* y decenas más de canciones de cuna para el sentimiento salieron de su talento para andar por el mundo. Este Mozart porteño, en su largo momento de gloria, más que nada le cuenta a Dios de su larga tristeza, la muerte de su hijo. Esto es un hombre cuando es hombre en serio. Pero Nito sonrío, che, Mariano. Y te canta y te aplaude y sí, te espera).

...

No tengan miedo

Juan Pablo II, uno de los pontífices más impresionantes de la historia y seguramente alguien que llegará a los altares como santo, insistió desde el principio de su papado con el grito desgarrador y lleno de esperanza: «¡No tengan miedo!» En su primera aparición en la ventana vaticana, apenas ungido papa, encaró a los miles de fieles que se agolpaban en la plaza y a los millones que lo mirábamos por televisión y de manera continua repitió la frase: «No tengan miedo». No tengan miedo. Porque conocía el alma humana y sabía

muy bien que el miedo es el cáncer del alma. Y la esperanza y el coraje son la cura.

Juan Pablo II. Nadie como él nos enseñó tanto la esperanza y nos demostró tanto el coraje.

Pidió que no tuviéramos miedo alguno. Que abriéramos las puertas del corazón a Cristo, agregando: *«A su poder salvador se abren las fronteras de los estados, de los sistemas económicos y políticos, los vastos campos de la cultura, la civilización y el desarrollo. No tengáis miedo. Cristo sabe lo que hay dentro del hombre. Solo Él lo sabe»*.

El Papa, en esos primeros minutos de su pontificado, le habló al mundo entero, no solo a los católicos o cristianos, bendiciéndonos y pidiendo dos cosas: una, que se rezara por él para darle fuerzas ante lo que vendría y otra, la preciosa frase, «no tengan miedo». Juan Pablo II hizo llegar su voz y su deseo en diez idiomas: inglés, francés, alemán, español, portugués, ruso, checo, ucraniano, lituano y polaco.

No tengan miedo.

Las mismas palabras que acostumbraba decir Jesús a sus discípulos cuando se enfrentaban a momentos cruciales.

Exactamente las mismas que, nos cuenta la Biblia, han utilizado siempre los ángeles al hacer sus apariciones como ante María o José.

Juan Pablo II en nombre de Cristo, los ángeles como enviados del Señor, el mismo Jesús a sus amados apóstoles. ¿Van entendiendo?

«No tengan miedo» no es otra cosa que un mensaje de Dios.

Sería buena idea contestarle. Hablándole sin hablar, desde el alma. O rezando, fácilmente, hay un viejo texto que se dirige a Él desde el encabezado: *«Padre Nuestro que estás en el Cielo»*, dice. Otro día les cuento el resto. También pueden ofenderle o pedirle o, incluso, enojarse con respeto o cuestionarlo, ya que entiende todo y, más que nada, a nosotros. Háblenle como sea y como quieran. Nunca el silencio ni la indiferencia. Háblenle como sepan.

Orar es una manifestación de fe, no se trata en absoluto de «cumplir» repitiendo exactamente cada palabra de un rezo pero haciéndolo como lo haría un robot, sin pensar ni entender lo que se está diciendo. El rezo hay que sentirlo. Si no, mejor ni recen, sería solo murmullo para adormecer curas cansados. Orar es una manifestación de fe, sí, y es también una forma de amar. No voy a explicar qué es la oración porque el inolvidable Juan Carlos Altavista, «Minguito», hombre de mucha fe, lo contó mejor con la ayuda de su amigo y autor Roberto Peregrino Salcedo, otro que las pasó duras y salió de la mano de Cristo. Ahora están los dos Allí, haciendo que los sueños de otros se hagan realidad, mangándole para otros a Cristo que los debe querer de manera especial. Ellos nos dejaron este rezo de barrio, sin palabras rebuscadas ni pomposas, pero lleno de pájaros azules y también de gorriones suburbanos.

El evangelio lunfa: la oración

Antes a mí me daba calor de rezar, porque me parecía que eso era cosa de mujere o de maricone. Hoy me doy cuenta que orar es cosa de hombres... pero de hombres que pronto se vienen como nenitos y le tiran la manga a su papá. Porque el mismo Señor Don Jesús, decía más o meno así:

«Cuando ustedes oren, oren pero de verdá, y no como los hipócretas. A los hipócretas les gusta hacer bandera en el templo, en las esquinas, y en todo lugar. Son una manga de fanfarrone y quieren que nosotros lo veamos y digamos: «¡Mirá vo' qué buen hombre, cómo reza, parece un santo!»

¡Minga que parece un santo! Ustedes quédense piolas, porque esos chantas ya tienen su recompensa. Pero en cambio vos, cuando ores, hacé una cosa: te metés en tu bulín —aunque sea un bulo mistongo— cerrá la puerta con llave, ponele el pasador y, si tu pieza es como la mía, que no tiene ni picaporte, arrimale una silla de culata. Y ahí le orás al Padre que está en lo secreto, en el misterio, en la confidencia, en tus tormentas internas y en tu silencio. Mi Padre —que es tu Padre— tiene un escondite... está en un rincón de tu corazón. Y entonces ahí lo mangás en forma. Y no te andés con chiquitas porque mi viejo no va a andar perdiendo el tiempo con giladas como que te querés sacar la lotería o encontrarte un cuero lleno de dólares. Mangale laburo, mangale perdón, pedile que aumente tu fe, pedile salú pa' vos y pa' lo sere queridos; pedí que se termine con la corrupción, con las guerras, con la explotación de los obreros. Pero que sea un chamuyo corto, que mi viejo entiende a toda velocidad todo lo que decís, y más lo que no le decís y que se lo mangás de sabiola, o sea, de pensamiento. O acaso ¿no sabés que Dios lo ve todo... hasta nuestros pensamientos? No hagás como los herejes que hablan hasta por los codos. ¡Son unos giles! Porque Dios que está en el cielo, sabe bien qué es lo que les hace falta antes de que se lo pidan. Y más te digo: a veces ni ustedes mismos saben lo que necesitan. Entonces hay que aprovechar y decir: «Dió, yo ni sé lo que preciso, pero vos sí lo sabés, ayudame». ¡Y punto! O si no, simplemente digan: Padre. Cierren los ojos, pongansén abajo la lluviecita fresca que cae de todo lo que quiere decir Padre... que es el proveedor de todo alimento de sus hijos buenos y no tan buenos; es el protetor, el que pone el pecho... el que cuando estás muerto de sed te da agua fresquita en sus dos mano juntas como si fuera un jarrito divino... el que te pasa la mano sobre tus heridas... porque vos sos la imagen del hijo que murió en la cruz, y te quiere sanar, quiere pasar tu mano sobre tu frente, refrescarte, darle el olivo a tus enemigos pa' siempre.

Cerrá los ojos, y hacete la idea de que sos un pibe gauchito, y de que está en una esquina sin saber p' ande rumbiar, porque estás solo y perdido. Y de pronto, por una punta del camino aparece Jesús, estirándote los brazos. Entonces vas a su encuentro, despacito primero y después al trotecito y te encontrás con él y te abrazás a él, y te quedás en su abrazo, con la sabiolita de bepi apoyada en su pecho de papá bueno, amplio, generoso, cálido. Y llorá... si tenés gana llorá y hablá con él, que él te va a consolar; y te va a secar las lágrimas con sus manos y te va a enseñarte a reírte de nuevo. Después te va a cachar de la mano, y van a andar juntos, mientras te va enseñando las cosas del amor

Todo lo vas a ir consiguiendo cuando te vayas enganchando en la oración, que es el chamuyo directo con Dios, sin intermediarios... mano a mano.

JUAN CARLOS ALTAVISTA (MINGUITO) Y ROBERTO PEREGRINO SALCEDO

...

Así se hace. Hablale, pedile, pero pensá bien lo que necesitás.

Le pedí a Dios

*Le pedí a Dios que me quitara mi orgullo
y me dijo «NO»,
que no era algo que Él tuviera que quitarme,
sino que yo tenía que entregar...
Le pedí a Dios que sanara a mi niño impedido
y me dijo «NO»,
que su Espíritu estaba sano
y que su cuerpo era algo temporal nada más...
Le pedí a Dios que me concediera paciencia
y me dijo «NO».
Que la paciencia es producto de la tribulación.
No se concede, se conquista...
Le pedí a Dios felicidad
y me dijo «NO».
Que Él da bendiciones, la felicidad depende de mí...
Le pedí a Dios que evitara todo dolor
y me dijo «NO».
Que el dolor y el sufrimiento me apartan de
las preocupaciones mundanas y me acercan más a Él.
Le pedí a Dios que hiciera crecer mi espíritu
y me dijo «NO»,
que debo crecer personalmente.
Y que Él me podará de vez en cuando...
Le pregunté a Dios si ME AMABA
Y me dijo «SÍ».
Que me había dado a su único Hijo que había muerto por mí
y que un día estaré en el Paraíso, porque tengo fe...
Le pedí a Dios que me ayude a amar a otros como Él
y me dijo «Por fin».
«Estás comenzando a aprender».*

...

Redondito. Y aquí les va esta del autor de *La isla del tesoro*. Parece que él ya había encontrado su tesoro. Basta con leerlo.

Cómo se dice, cómo se siente, cómo se pide

Señor, mira ante Ti nuestra familia.

Te damos gracias por el techo que nos cobija; por el afecto que nos une; por la paz que hoy nos deparaste; por la esperanza con que aguardamos el día de mañana; por la salud, el trabajo, el sustento, el claro cielo con que nos alegras la vida; por los amigos que nos prestan su ayuda.

Colma de paz, Señor, nuestra pequeñez.

Limpia nuestro corazón de latentes rencores.

Infúndenos bondad y fortaleza para sufrir y perseverar. Pecadores nosotros mismos, muévanos tu gracia a entender y perdonar a quienes nos ofendan.

Siendo, como somos, ingratos, ayúdanos a soportar con ánimo la ingratitud ajena.

Danos valor y alegría y sosiego de espíritu.

Guárdanos en el afecto del corazón amigo y ablanda el del enemigo.

Ampáranos en todos nuestros sanos esfuerzos, si es Tu Voluntad. De lo contrario, danos fortaleza para que al sobrevivir lo que nos está destinado tengamos valor en el peligro, firmeza en la tribulación, templanza en la ira y las vicisitudes; cólmanos, hasta las puertas de la misma muerte, de lealtad y afecto los unos con los otros.

Barro en las manos del alfarero, aspas de molino que el viento anima, hijos del Padre Universal, de Ti, Señor, por el amor de Jesucristo imploramos piedad y ayuda.

ROBERT LOUIS STEVENSON
(Escritor norteamericano)

Grande, Betito. Si consiguiéramos todo eso seríamos tan sensibles que escucharíamos el ruido que hace el mundo al rotar sobre sí mismo. O el suspiro de una hormiga. O el pedido de un hombre. Como el que sigue.

Negociando con Dios (Un hecho real)

«*Jesús te ama. Jesús te ama*», le decía en el oído.

Carlos Román, humorista, hombre de una fe avasallante y muy buen padre por sobre todas las cosas, repetía la frase con suavidad.

«*Jesús te ama*».

Y de vez en cuando intercalaba un «*y te va a sacar de acá*» sin saber si su promesa iba a cumplirse porque más allá de su fe no podía asegurar que Emmanuel, su hijo, iba a salir de esa sala del Hospital Materno Infantil de Mar del Plata gracias a la medicina o gracias a un Dios misericordioso, que iba a hacerle upa y llevárselo a su lado.

Ya había pasado por ese dolor indescriptible perdiendo una hijita de 7 años, Paulita, y era ahora su bebé de quince meses, que la peleaba en silencio e inmóvil. Estaba en coma 3.

El 2 de febrero de 1994, Miriam Caporella de Román, la esposa de Carlos, había salido al jardín de su casa y se había encontrado con el espectáculo más espantoso que una madre puede ver. Emmanuel estaba boca abajo, flotando en la pileta, pálido como un fantasma. Sacó a su hijo del agua, llorando, gritando, y sin dejar de notar esos ojitos en blanco y ese cuerpecito flácido como si no tuviera huesos. Chorreando una mezcla de agua y lágrimas, Miriam salió a la calle, desesperada, a pedir auxilio. Inmediatamente, una vecina que vivía enfrente le arrancó al bebé de sus brazos, entró en la casa y acostó a Emmanuel sobre la mesa donde la familia comía todos los días, empezando de inmediato con la técnica de resucitación. Se trata de Gloria Vialant de Rojas, enfermera retirada, puro coraje. La casa para ese entonces rebosaba de vecinos angustiados y ella señaló a un hombre desconocido para que la ayude con la tarea. La enfermera aplicaba el masaje cardíaco y él la respiración boca a boca. Miriam estaba a un costado, acurrucada en su dolor, deseando que aquello fuera una pesadilla, una mala jugada del subconsciente. Incluso había perdido la noción del tiempo, por lo que no supo cuánto pasó hasta que Emmanuel comenzó a toser agua ni hasta que llegó la ambulancia. Sí, cumplía con todos los requisitos para tratarse de una pesadilla. Pero pocas veces Miriam había vivido algo más real.

Carlos se enteró a través de Jorge Zanier, conductor del programa de LU6 en el que él participaba, y quien lo llevó hasta el hospital intentando tranquilizarlo. «Toti» —que era como le decían a Emmanuel en su casa— estaba en la Unidad de Terapia Intensiva. Carlos conocía bien el lugar. Durante las fiestas iba a arrancar carcajadas entre los chiquitos, como una suerte de «Patch Adams» argentino. Pero ahora estaba ahí por su chiquito, que empeoraba día tras día y seguía inconsciente a pesar de que él no cesaba de repetirle la frase al oído.

«*Jesús te ama*».

Al séptimo día, el médico les explicó a los padres que su hijo no iba a vivir más de veinticuatro horas, mientras sostenía una radiografía de sus pulmones, como si alguien la entendiera. Miriam corrió a un café frente al hospital a darle la noticia a la familia y se abrazaron en una catarata de llanto. Pero notó que su marido no estaba. Y fue a buscarlo.

Encontró a Carlos en la capillita del hospital, con el alma quebrada, enfrentando al

altar casi con furia, gritándole. Pidiendo y entregando al mismo tiempo. Compartiendo con Dios su dolor y suplicándole que salvara a su hijo. Y gimiendo de pronto cuando pedía que no lo hiciera sufrir, que si todo aquello iba a terminar en la muerte de su bebé, que se lo llevara ya, sin más dolor, que Él cuidara a su chico como fuera. Estaba llorando y negociando. Negociando con Dios.

Tres días después de aquella escena que Miriam observó acurrucada en una esquina de la capillita, se produjo el milagro. Emmanuel recuperó el conocimiento. Y cuarenta días más tarde, estaba en su casa.

Los Román, desde entonces, le agradecen a Dios de tal manera que los hace parecer más cerca de los ángeles que de nosotros. Pero por otro lado, es más que obvio que siguen siendo humanos: el verano del espectáculo marplatense de 1996 fue desastroso en cuanto a lo económico para los artistas. Carlos, después de haberle peleado a la muerte misma y haberle ganado, llegó una noche con sus problemas de humorista —tan humanos—, encendió la tele y se sentó a ignorarla. Hasta que Emmanuel, trepándose hasta quedar justo frente a él, mirándolo a los ojos, lo interrumpió. Le puso sus manitos de tres años en las mejillas y le dijo:

—Papi, Jesús te ama.

...

Este hecho real ya lo había contado en otro librito, mi entrañable *El ángel de los chicos*, pero este resumen de aquel relato bien vale la pena y la alegría. No sé cómo Carlitos Román puede agradecerles tanta cosa a Dios y a su propio hijo. No sé si ustedes les agradecen bien a quienes los aman. Y dale con el amor, uno vuelve a él casi sin darse cuenta. Puede ser mirando a quien queremos que nos acompañe en la vida para siempre, o a ese pedazo de Cielo y de uno que son los hijos, o a los amigos, a los padres, a la familia toda. O a esa imagen de un hombre flaco y triste, lleno de dolor y de gloria, que nos ve sin mirarnos desde una cruz de espanto, diciéndonos sin hablar que está allí porque quiso y por nosotros.

Ay, el amor, el amor. Al fin de cuentas no ha cambiado nada aquí, donde tantas cosas han cambiado. Y eso que muchas eran lindas, eh.

Te acordás cuando...

- Las decisiones entre los pibes del barrio se tomaban mediante un inapelable «ta-te-ti-suerte-pa-ra-mí».
- Las cosas se complicaban por algo pero se podían detener con un simple: «Pido gancho...»
- Los errores se arreglaban diciendo solamente: «¡Va de nuevo!»

- Las discusiones terminaban con un «pan y queso» o con un «piedra, papel o tijera».

«Tener mucho dinero» solo significaba poder comprar más provincias jugando a «El Estanciero», un helado o un paquete de palitos salados en el recreo.

- Llenar un frasco con hormigas podía mantenernos felizmente ocupados toda una tarde.

- Para salvar a los amigos bastaba con gritar: «¡Piedra libre para todos mis cooompañeroooooos!»

- Era habitual que tuvieras dos o tres «mejores» amigos/as.

- «Es muy viejo/a» se refería a cualquiera que tuviera más de 20 años.

- No había nada que fuera más lindo y prohibido que jugar con fuego, a pesar de que los mayores advertían amenazantes con que: «El que juega con fuego a la noche se hace pis en la cama...»

- «¡El último cola e' perro!» era el grito que te hacía correr como un desaforado hasta que sentías que se te reventaba el bazo.

- «El Poli-Ladrón» era solo un juego para los recreos. Y era mucho más divertido ser ladrón que policía.

- Las «bombitas de agua» eran la más moderna, eficiente y poderosa «arma» que se había inventado.

- «Venenosa» se refería solo a un tipo de «mancha» y no a ciertas alimañas y a algunas personas.

- Para viajar desde la tierra al cielo, solo tenías que jugar a la rayuela.

- Los viejos del barrio, que tenían como cuarenta años, se sentaban en la puerta en sillitas de mimbre a tomar mate y chusmear.

- La red de una cancha de tenis, tenía la altura perfecta para jugar un partido de vóleybol y las reglas no importaban demasiado.

- Los bailes juveniles se hacían en las casas de alguno de nosotros, se llamaban “asaltos”, los varones llevaban sándwiches y ellas gaseosas.

- Los “hermanos mayores” eran el peor de los tormentos, pero también eran los más celosos, fieles y feroces protectores.

- “Haber llevado un arma a la escuela” significaba que te habían atrapado con una honda de rulo y dedo de guante de látex.

- Los varones jugábamos a las bolitas, la “lecherita” era toda de color blanco y la “cachuza” era la mejor para acertar.

- Nadie en el mundo era más linda que mamá. Solamente ella besaba tus moretones, chichones y raspones y te hacía sentir mejor al instante.

- Nunca faltaban los huevos de chocolate y golosinas que traía el Conejo de Pascuas, ni las monedas debajo de la almohada que te dejaba el Ratón Pérez a cambio de tus “dientes de leche”.

- Los realmente importantes eran los Reyes Magos y por eso la noche del 5 de enero les dejábamos agua y pastito para los camellos.

- A Papá Noel solo lo conocíamos por las películas norteamericanas.

- “Guerra” significaba arrojarse trozos de tiza y bollos de papel durante las horas libres del cole. Porque la otra guerra era algo que había sucedido antes de que nacióramos y que nunca volvería a suceder.

- “Tomar drogas” significaba robarte unas aspirinetas de frutilla, o unas pastillas Valda de menta, del cajón de la mesita de luz de papá.

- No había nada mejor que las tardes del otoño para remontar barriletes que hacíamos con varillas de madera balsa y papel crepé.

- La tele te divertía con *Titanes en el ring*, el Capitán Piluso, Coquito, Pepe Biondi, *Los tres chiflados*, *El Gordo y el Flaco*, *El Súper Agente 86*, Carlitos Balá y muchos otros.

- Cambiábamos figuritas para tratar de llenar el álbum pero nunca se podía porque la del Tucán era difícilísima.

- Con las figuritas jugábamos al «puchero» o al «espejito».

- Jugando al fútbol en el barrio, en plena calle, gol de cabeza valía dos y «palomita» valía tres.

- Nuestro tesoro era tener: Chupetín Tatín, Chocolatines Jack, Bocaditos Suchard, Mielcitas, Pastillas D.R.F., Topolín (con sorpresas), Caramelos Mu Mu, Caramelos 1/2 hora, Chicle Fort, Chicle Globo Plop, Chicle Jirafa, Chicle Yum-Yum, chocolate Crico, Chocolatín Milkibar, Chupetín Chupetón, helados Laponia, helados Yelito, maní con chocolate Alpe, Mini Chicles, Naranjú, Pastillas Billiken, Pastillas Mentex, Pastillas Renomé, Rellenitas de Trineo, Yolanka, etcétera.

...

Esto me llegó por e-mail enviado por varias fuentes. Mi pequeña amiga Mary Mones Cazón fue una de ellas; los Trepas otra y, en esa, alguien llamado Lole le agregó al final: *«A todos nos viene bien tener en mente esos tiempos en que todo era distinto.*

Preservemos siempre ese pedacito nuestro en el que todavía somos niños, porque es el que nos hace relacionarnos entre nosotros y con la vida de una forma más pura y más honesta».

Lole, a quien no conozco, tiene razón. Hay que esconder pudores tontos y volver a ser chicos, hay que esconder el juego cruel de ser adultos, hay que esconder las barreras que no nos dejan pasar a la pureza. Y punto y coma, el que no se escondió se embroma.

Sí que las cosas cambiaron. Se ganaron muchas pero a veces se pagó por ellas un precio demasiado caro. Fue como hacerse una cirugía estética y después mirarse para ver cómo quedó en uno de esos espejos que deforman graciosamente la imagen, esos que había en los viejos parques de diversiones aunque esto no tiene mucho de divertido. Repasemos juntos. Son paradojas, son absurdos, son lo que sigue.

Contradicciones

- La paradoja de nuestro tiempo es que tenemos edificios más altos pero temperamentos cortos, autopistas más anchas pero puntos de vista más estrechos.
- Cuando la situación económica era mejor, gastábamos más pero teníamos menos, comprábamos más pero disfrutábamos menos, queríamos tener casas más grandes pero no advertíamos que nuestras familias se hacían más pequeñas.
- Tenemos más títulos pero menos sentido común, más conocimiento pero menos criterio, más expertos pero más problemas, más medicinas y menos salud, más caciques y menos indios.
- En las épocas de bonanza, algunos multiplicaron sus posesiones, pero redujeron sus valores.
- Hace rato que los hombres hablamos mucho, amamos poco, odiamos demasiado. Aprendimos a luchar contra las dificultades y a armar una vida pero no a vivirla plenamente.
- Hemos llegado a la Luna y regresado pero no tenemos muchas ganas de cruzar la calle y conocer a nuestro vecino.
- Hemos conquistado el espacio exterior pero no el interior.
- La humanidad está empeñada desde hace años en limpiar de polución y contaminación el aire, el agua y la tierra. Pero pocos le pasan un plumerito al alma y no hay campañas para purificarla.
- Si hablamos de objetos, a lo largo de estos años hemos aumentado la cantidad pero no la calidad.
- Estos son tiempos de personas más altas con caracteres más débiles, más libertad pero menos alegría, con más comida para los que pueden pagarla pero menos nutrición para todos, aun para ellos.
- Son días en los que llegan dos sueldos a casa pero aumentan los divorcios, son tiempos de casas más lindas pero hogares rotos, un tiempo con demasiado en la vidriera y poco puertas adentro.
- Horas de soledad acompañada, de multitudes tristes o enojadas, de conocer muy bien la tierra pero poco el cielo, porque caminamos con la vista y el alma en el suelo.

Claro que las cosas pueden mejorar. Depende estrictamente de nuestra actitud. Está claro que no estamos bien, pero eso nos habilita para estar mejor. Siempre que hagamos algo.

Por eso

- No guardes nada para una ocasión especial. Cada día que vivís es una ocasión especial. Cada mañana es una oportunidad.
- Lee más y limpiá menos. Sentate al aire libre y admirá la vista sin fijarte únicamente

en las malas hierbas. Aún en medio de ellas, seguro que vas a encontrar alguna flor chiquita que sembró el viento.

- Si tenés trabajo, honralo. Trabajá, por supuesto, pero dedicá más tiempo a tu familia y amigos, el trabajo es bueno pero ellos son simplemente imprescindibles.

- La vida es una sucesión de experiencias para disfrutar. No para sobrevivir. Vivir es nadar, sobrevivir es flotar.

- Usá tus copas de cristal, la vajilla esa que no sacás nunca, el mejor de los manteles. Y si se rompe alguna de esas cosas, decretá que es un signo de renovación y alegría.

- Borrá de tu vocabulario las frases «algún día» o «uno de estos días». No es grato aceptarlo, pero nadie nos garantiza el minuto que sigue.

- Si vale la pena hacerlo, oírlo, verlo, compartirlo, ayudar a alguien, darle felicidad o esperanzas, aliento o sonrisas, el momento es ahora. Ya.

- Si supiéramos el tiempo de vida que nos queda, seguramente desearíamos estar con nuestros seres queridos, iríamos a comer nuestra comida preferida, visitaríamos los sitios que amamos y, sobre todo, buscaríamos reconciliarnos con Dios.

- Si un ángel nos dijera que nos queda poco tiempo en este mundo, no nos preocuparíamos por lo que hoy consideramos grandes problemas, sino por lo que ahora creemos que son aquellas pequeñas cosas: lamentaríamos no tener tiempo para ver un atardecer pensando en que es un regalo de Dios, extrañaríamos a nuestros mejores amigos, nos sentiríamos mal porque no escribimos aquellas cartas que postergamos para «uno de estos días», estaríamos contrariados y tristes porque no les dijimos a nuestros padres, hermanos, hijos, sobrinos, amigos, cuánto los queremos. Desearíamos pedir unos días más solamente para besarlos, abrazarlos, acariciarlos, decirles lo mejor que cada uno de ellos te ha dado en la vida, repetirles «te amo» sin pudores.

- Por eso, tratá de vivir como si hoy fuera el último día, hacé todo lo que postergaste y lo que decidas dejar a los que amás. Vas a mudarte a un barrio mejor pero, si podés, no dejes en este viejo barrio ninguna cuenta pendiente. Besá las paredes de la casa que te albergó, mirá al sol o a la lluvia con la cara al cielo y los brazos abiertos, susurrales tu amor a los tuyos y hacé un esfuerzo para perdonar desde el alma a los que te han herido o maltratado, ya que también un día ellos se mudarán al fin de cuentas, disfrutá cada instante que te quede y ni siquiera intentes retardar o detener o guardar nada que agregaría risa y alegría a tu vida. Cada semana, día, hora o minuto es especial.

Reíte cada vez que puedas. Con ganas. Te ayudo.

En estos tiempos que vivimos, justamente reírse es una de las cosas más difíciles de cumplir, pero tal vez ayuden algunas de esas leyendas que circulan por allí con la firma de sus autores. Grafitis se llaman. Y sus firmantes son a veces inesperados. A estos parece importarles solamente lo de ellos, será posible, manga de quejosos.

Atienden su juego

¡No a los Lave-rap! (Harry, el sucio)
Yo sí soy parte de las masas. (Blancaflor)
¡Estoy harta de coser botones! (La madre del Increíble Hulk)
Tengo nervios de acero. (Robocop)
Tengo un lomo bárbaro. (El Gato Dumas)
Me cago en el Congreso. (Una paloma)
¡Devuélvanme mi capa! (Ozono)
Mamá, ¿otra vez bananas? (Tarzán)
Creo en la reencarnación. (Una uña)
Mi vieja es una yegua. (Leo, el caballito valiente)
Mi marido se va siempre por las ramas. (Jane)
Vi luz y subí. (El medidor)
El baile es psicológico y sexual. (Fred Astaire)
El escrito lo aprobé, pero en el oral me cagaron. (Bernardo, el ayudante del Zorro)
A mí no me cagan dos veces. (Un pañal descartable)
¡¡Ven-gan-zaaaa!! (Un ganso)
Mi novio es una bestia. (La bella)
Mi mamá es una rata. (Mickey)
Estoy rodeado de animales. (Noé)
Volveré y seré videojuego. (El balero)
Superman es Clark Kent. (Batman)
Volveré y seré galletita. (Lincoln)
Volveré y seré alfajores. (Jorgito)
Nunca pude estudiar derecho. (El Jorobado de Notre Dame)
No a la donación de órganos. (Yamaha)
Mi papá es un viejo verde. (El Increíble Hulk)
Estoy hecha una vaca. (Un toro gay)
Estoy hecho pedazos. (Frankenstein)
En casa nos llevamos a las patadas. (Kung Fu)
Yo vivo de las minas. (John Faber)
A mí me gusta mucho la gente. (Un caníbal)
A veces me aburro un poco. (El Llanero Solitario)
Nuestra madre es una loba. (Rómulo y Remo)
Muerte a los comechingones. (Los chingones)
Nosotros somos hijos del rigor. (Los hermanos Rigor)
Soy un queso. (Adler)
Soy un quemo. (Nerón)
Los Reyes Magos no existen. (Papá Noel)
Qué chivo que tengo. (Heidi)
Insisto: ¡¡Superman es Clark Kent!! (Batman)
Volveré y seré remeras. (El «Che»)
Mi esposa tiene un buen físico. (Albert Einstein)

Volveré y seré sillones. (Luis XV)
Volveré y seré sifones. (Soda Ivess)
La morenita es una negra turra. (La Virginia)
¿Qué mirás, pescado? (Acquaman)
Mi novia es una perra. (Pluto)
No me tuteen más, por favor. (Ernesto «Che» Guevara)
¡Todos juntos ahora! (Robinson Crusoe)

Eso es, sonrían. Al hacerlo liberan un montón de endorfinas, un elemento químico que segrega el cerebro dándonos placer y quitándonos angustias. Por eso insisto con los chistes. Quiero que rían y se aflojen para sentirse vivos y más livianos. Lo quiero hasta por egoísmo, porque yo también necesito reír y aflojarme.

Si no lo hicieron, háganlo. Ahora les digo, dale. Hay que apurarse a intentarlo porque el tiempo no sobra. ¿No me creen el asunto ese del tiempo? Si quieren pruebas, pónganse el mejor ánimo, aflojen la carucha como para reír y lean el próximo capítulo, hoy, a esta misma hora, en este mismo canal.

4

Estaciones

Sigamos caminando sin saber donde llegar, tal vez caminando la vida nos vuelva a juntar. Para conocernos un poco mejor, caminemos ahora por los distintos climas de nuestra vida.

La primavera de la juventud, divino tesoro, ya te vas para no volver, cuando quiero llorar no lloro y a veces meo sin querer (es una versión libre pero bien realista en gente muy mayor).

El verano de la adultez que hace equilibrio entre la experiencia y el vigor. El otoño donde se caen las hojas de los árboles, los pelos, los dientes, los músculos, se cae uno entero, bah, y allí el vigor va emprendiendo la retirada pero queda la experiencia.

Y el invierno, donde uno puede ser físicamente una ruina pero alcanzó en lo suyo la sabiduría, tiene toda la experiencia y casi todas las respuestas, lástima que nadie le pregunta nada.

Las cuatro estaciones nos marcan a ese gran enemigo que tendremos a lo largo de toda la vida: el tiempo. Ese que pasa haciendo aerobics y al que no podemos alcanzar y vencer. En el siglo XX hubo progreso, sí. Pero la verdad es que todo fue muy vertiginoso. Ni los mismos científicos pudieron imaginar, a menudo, hasta dónde llegaría lo que ellos habían descubierto para el bien de todos.

...

«Si yo hubiera sabido para qué se iba a terminar usando la energía nuclear; habría dedicado mi vida a reparar relojes, que tanto me gusta».

ALBERT EINSTEIN

...

Ahí está, ¿ven? Gracias, Beto. Estoy seguro de que a más de cuatro les pasó algo así. En una de esas, tiene bastante que ver con tanta confusión que vivimos, tanto desencuentro, tanta disputa, con perdón de los niños, el hecho de que en las últimas décadas las cosas se nos vinieron encima demasiado de golpe. En un parpadeo pasamos del tranvía a Internet, con todo lo que hay en el medio. Eso nos mareó por lo rápido, nos enfrentó muchas veces porque unos no aprendieron tan velozmente como otros y las diferencias nunca fueron buenas para unir a la gente. Nos movilizó para bien o para mal.

Nos desorientó como a chicos, pero sin su pureza.

Todo es tan rápido, tan violento, tan cambiante, que marea. A menudo surge hasta en tono jocoso la pregunta «¿qué nos pasa a los argentinos?» La respuesta no es difícil: nos pasa que no sabemos qué nos pasa.

Un e-mail con algunos datos me tiró la idea de sumarle muchos otros y mostrarlo aquí como regalito especial para los que pasaron cierta edad, aunque no tanta. Después de leerlo verán que hay motivos de sobra para que uno se maree con solo haber pasado un poco los cincuenta años. Fíjense y recuerden. Caminemos en el tiempo. No hablamos de ancianos, hablamos de alguien de cincuenta, nada más. Adelante. Cuidado el escalón, abuelo, yo ya me lo llevé por delante.

Los nacidos antes de 1950

Nos, los representantes de los que llegamos al mundo antes de la exacta mitad del pasado siglo XX, unidos en lamento general inconsistente, por voluntad y elección de nuestros padres, que nos componían a su antojo, y en cumplimiento de pactos inexistentes, declaramos que nacimos antes que la televisión, en pleno auge de la radio, con la penicilina inventada no hacía mucho, antes que la vacuna antipolio, las comidas congeladas, los aviones jet, las copiadoras Xerox, los plásticos, el acoso sexual, los lentes de contacto, el fax, los cierres velcro, la píldora anticonceptiva y el *freezer*.

Estamos en el mundo antes que las tarjetas de crédito, las computadoras, los compacts, la fusión del átomo, el rayo láser y las lapiceras de fibra.

Cuando éramos chiquitos no existían aún la medibacha, los lavaplatos, los hornos de microondas, los secarropas, los acondicionadores de aire y ni siquiera la caminata del hombre en la Luna, que ya es viejísima.

Nosotros primero nos casábamos y después íbamos a vivir juntos. Las conejitas eran animales bonitos y no chicas de Playboy. Los *blue jeans* se llamaban así porque eran solamente azules y se usaban como ropa de trabajo, no eran fajas levantadoras de glúteos que vienen en todos los colores, pruébese este, ay, qué bien le queda.

Tener relaciones era ser alguien con muchos amigos. La dieta era algo para enfermos, pobre el abuelo con su diabetes que no puede comer nada rico. El ayuno era parte de la Semana Santa, un ritual como recorrer las siete iglesias caminando. Hoy, lo que importa es que es un fin de semana largo. Aún existía y se celebraba el carnaval. Había corsos y murgas.

Somos anteriores a los maridos que cumplen funciones de amas de casa, a los homosexuales que se confiesan por televisión, a las parejas elegidas por computadoras, a tener dos trabajos, a la medicina prepaga, a los sifones de plástico, a los chárters y a las terapias de grupo.

Jamás oímos hablar de radios FM, pasacasetes, procesadoras de palabras, corazones artificiales, yogur con frutas, *bypass*, satélites artificiales, mujeres colectivistas o varones con aritos en las orejas.

Para nosotros, tiempo compartido era estar con la novia muy juntitos, nada que ver con departamentos de veraneo por una semana o condominios, palabra que aún no se había incorporado al lenguaje.

Trucha era un pescado y no algo falso. Un programa era una mina y la palabra *software* no existía. Tampoco *walkman*, *discman*, *walkie-talkie* o CD. Escuchábamos a Elder Barber cantando *Canario triste* a través de un disco de pasta, en un amado Wincofón o en el combinado de casa, lo que ya era un lujo.

Copar era un término de militares y lo que decía Made in Japan era una porquería de cuarta. No había hamburguesas sino albóndigas. El té en saquitos y el café instantáneo no existían, pero teníamos la fonda de la otra cuadra con piso de madera, el bife vuelta y vuelta, y el cortado del gallego de la esquina que lo hacía en una máquina de metal plateada y con muchas manijas que parecía Arturito, el de *La guerra de las galaxias*, salvo que ni el personaje ni la película eran imaginables.

Nosotros llegamos a la sociedad cuando se podía comprar algo por 5 o 10 centavos. Por diez se comía un flor de helado, sin colorantes y sabores artificiales, siendo los preferidos los llamados sándwich; se iba al cine del barrio a ver tres juntas y el programa era completo si a la salida se comía pizza de parado con naranja Bilz. Éramos modernos si viajábamos en trolebús; se compraba una Pomona y se mandaba una carta o una postal cuando se veraneaba aquí nomás, en Mar del Plata o en Santa Teresita. Esa postal casi siempre empezaba diciendo «*desde estas hermosas playas...*» Y lo eran, sin balnearios, sin carperos, sin basura en la arena y con un bañero que nos cuidaba a todos.

Se compraba un auto nuevo por 3.500 pesos moneda nacional y la nafta costaba 21 centavos el litro. Pero muy pocos podían tener un Kaiser Carabela, un Borgward Isabella o, por lo menos, un Isard 70.

En nuestros días fumar era canchero para los hombres pero una mujer con un cigarrillo en la mano era «una loca». Droga era eso que le habían dado en una inyección al tío Pancho para mejorarle los pulmones porque ya no le hacían nada las ventosas. La hierba era el pastito del parque cercano y los raviolos la comida que hacía la vieja los domingos. La Coca, una cosa nueva que quería competir con la Bidú. La música era algo que se podía silbar o, también, oírla despacito. Un bailable era un lugar con orquesta típica y jazz o con discos, donde uno esperaba los lentos para chapar. Sida era un tipo resfriado pidiendo sidra, lástima después.

Si uno se enojaba mucho con alguien le decía «papanatas» o «paparulo», no más que eso a menos que uno pensara en irse a las manos.

La violencia en las calles era algo que pasaba en los Estados Unidos. Un dólar era algo que nadie veía ni le importaba.

Todo parecía ser más puro, más noble, más sensato, más simple.

Pero tenemos que enfrentarnos con el presente. Somos la última generación que creyó que hacía falta un marido para tener un hijo.

Como para no estar confundidos.
Los últimos que intentamos alcanzar nuestros sueños viajando en tranvía.
Los que aún no perdimos nuestra capacidad de asombro y todavía seguimos
creyendo en casi todo y en casi todos.

Esto hay que celebrarlo con unas botellas de sidra y de cerveza que vamos a enfriar
en el piletón del patio cuando el hielero traiga las dos barras que le encargamos. Salud.
Porque antes no existía chin-chin.

...

No se trata de ponernos melancólicos sino de recordar con una sonrisa (aquellos que
lo vivimos) ese tiempo con tanto tiempo. No solo fue la vida lo que se aceleró. También
las costumbres. Cada cual debe ejercer su derecho a hacer lo que desee siempre que no
les pise el callito a los derechos ajenos. Uno debe, para eso, saber quién es.

El paisaje interior

(Título inventado que, seguramente, el autor de lo que sigue jamás aprobaría)

*Quien conoce a los demás es sensato.
Quien se conoce a sí mismo es sabio.
Quien vence a otros es fuerte.
Quien se vence a sí mismo es poderoso.
Quien consigue sus propósitos es voluntarioso.
Quien se contenta con lo que tiene es rico.
Quien no abandona su puesto es perseverante.
Quien no muere ni siquiera con la muerte,
posee la vida.*

LAO-TSÉ

Lao-Tsé, un chino filósofo y político que marcó pautas unos 500 años antes de Cristo
pero de quien ni siquiera se sabe con certeza si existió, igual a lo que les pasa a unos
cuantos políticos de nuestra época.

...

Decíamos que el shock cultural fue muy fuerte. Billy Cafaro era un atrevido porque
usaba barbita y cantaba cosas como *Marcianita*. De eso pasamos, sin anestesia, a tipos
como Marilyn Manson, que se pinta la cara y las uñas con colores subidos, escupe al
público de su propio recital y canta canciones donde habla pestes de su propia madre. El

que no se confunde un tantico con eso es de madera.

No es casual que en medio de tanta cosa cambiante, de semejante hiperinflación de costumbres, nos alteráramos un poquito. Claro que hay cosas que no cambian, gracias a Dios.

El héroe silencioso (Un hecho real)

En mayo de 1982, el teniente del Ejército Argentino Horacio Lauría estaba con su familia cumpliendo servicios en Salta, su destino en esa época. Sufría por no estar junto a los suyos en un lugar que estaba en llamas muy al sur, Malvinas. Pero un telegrama codificado le anunció que había sido elegido para partir a las islas. El teniente era comando, un grupo de combate de elite, con entrenamiento especial. Él y otros 55 hombres habían sido seleccionados para embarcarse de inmediato desde distintos lugares del país hacia las Malvinas. Apenas dos días más tarde todos ellos avanzaban hacia el Monte Kent con la orden de tomarlo. Ignoraban que ya estaba en manos de centenares de enemigos que los esperaban. Casi no hubo tiempo de responder el ataque inglés. El fuego cayó sobre ellos de manera despiadada. En pocos minutos la mitad de los 56 comandos había muerto y muchos de los otros estaban malheridos. Entre ellos un sargento de apellido Biltes, con una pierna casi destrozada por la metralla que no daba tregua. Cerca de él, cuerpo a tierra, estaba el joven teniente Lauría. Los argentinos — todos oficiales y suboficiales, por ser comandos— intentaban salir de la trampa de fuego y plomo a la rastra, con la estela de los misiles tierra-tierra volando sobre sus cabezas. El enemigo sabía que era un cuerpo especial y quería eliminarlos a todos. Lauría se arrastró hasta donde estaba el sargento, le dio una inyección de morfina y lo cargó sobre sus hombros. Buscó salir de ese infierno. Pero estaba a más de cuatro kilómetros de Puerto Argentino y la propia tropa. Cuatro kilómetros de terreno feroz, con ese suelo que parecía escarcha negra, piedras afiladas como mordiscos del diablo, cargando al sargento, cien kilos de hombre que, cuando Lauría paraba agotado, le decían «*no me deje, mi teniente*». Faltaban unos dos kilómetros cuando los encontró una patrulla argentina. El jefe era amigo del teniente pero tenía la misión de seguir avanzando. Ordenó que un enfermero quedara allí con el herido y le dijo a Lauría que volviera a Puerto Argentino. Lauría, casi sin fuerzas, no quiso. «*No me deje, mi teniente*» debe haber sonado en algún lado de su alma. Le dieron granadas para defenderse y morfina para el suboficial. Y siguieron camino. A un kilómetro de la base, poco más o menos, el sargento no podía arrastrarse llevado por Lauría, no daba más. Pero pedía «*no me deje, mi teniente*». Loco de bronca, de impotencia, de agotamiento, pensando en los amigos que acababan de matar a pasos de él, mordiendo fuerte, Lauría le dio al sargento toda la morfina que les quedaba. «*Vamos, sargento, meta*», decía mientras lo arrastraba, los dos empapados en sudor y sangre. Y así llegaron.

Después de la guerra no volvieron a verse. Se supo que el sargento, a quien le amputaron la pierna herida, tenía en la mesita de noche del hospital una foto del teniente Lauría honrada con una velita. Sabía que el oficial había arriesgado su vida para salvar la de él. No es la única historia de coraje en Malvinas, por supuesto, pero vale el ejemplo de quien hoy es el coronel Horacio Lauría, agregado militar en México, alguien con quien me une un grato afecto al que sumo mi respeto y admiración. Él no sabe que estoy publicando esto, pero me cansé de héroes silenciosos. Tal vez por eso se destacan más los villanos, que gritan tanto.

...

Retomando estaciones. Toma 1

Estamos de acuerdo en que los cambios tan bruscos nos alteraron bastante desde hace años. Ocurrió, entonces, que los profesionales de la psique crecieron asombrosamente. Y nos dieron nuevos códigos y costumbres, como esa de cuestionarnos casi todo. Me contaron que hace un tiempo un psiquiatra recibió una postal de una paciente que había decidido tomarse unas vacaciones en Cancún durante un mes. Sorprendido, ya que esta le llegó cuando hacía apenas una semana que la mujer se había ido, lee el dorso: «*Doctor: La estoy pasando de maravillas... ¿Por qué?*»

Lo cierto es que por estos cambios bruscos e imprevistos, muchos hemos adquirido algún tipo de trastorno. Pero no cualquiera, ojo. Cuando yo era chico, a mediados del siglo pasado (y lo peor es que es así, nomás) estaban por un lado los que llamaban «locos», personas que no sabían, pobrecitos de mi alma, ni siquiera cuál era su nombre o eran muy violentos y se los internaba; mientras que por otro lado habría seguramente gente con problemas pero no pasaba nada. Se decía: «*Fulano está muy nervioso*» para lo que hoy sería, tal vez, estrés. O: «*Menganita está histérica*» porque a la chica, que tenía como 25 años, no la dejaban ir a bailar sin su madre que la acompañe y ella lloraba sin que le dieran ni cinco. O: «*Zutano está angustiado*» porque había perdido a un ser querido, o el trabajo, o el sueldo en las carreras. Es común que a uno lo angustie perder algo. Punto. Desde hace años la cosa no es tan sencilla. Hay una cantidad tal de trastornos de conducta y males de la mente que habría que escribir un libro gordo como el de Petete o la guía de teléfonos para enumerarlos. Lo que no se sabe es si antes eran más sanitos porque nada de esto existía o más brutos porque existía pero no tenían ni idea hasta que llegaron los psicoanalistas para educarnos a todos.

En lo que sigue, con todo respeto, el humor afloja las tensiones del tema, pero no se sorprendan mucho si se reconocen en alguna patología. Tómenselo con calma, una al mediodía y otra a la noche. En caso de duda, consulte a su médico.

Grabación del contestador automático del Instituto de Salud Mental

(De un e-mail de locos)

«Gracias por llamar al Instituto de Salud Mental, su más sana compañía en sus momentos de mayor locura:

- Si usted es obsesivo y compulsivo, presione repetidamente el 1.*
- Si usted es codependiente, pídale a alguien que presione el 2.*
- Si usted tiene múltiples personalidades, presione el 3, 4, 5 y 6.*
- Si usted es paranoico, nosotros sabemos quién es usted, sabemos lo que hace, y sabemos lo que quiere. Espere en línea mientras rastreamos su llamada.*
- Si usted sufre de alucinaciones, presione 7 y su llamada será transferida al departamento de Elefantes Rosados.*
- Si usted es esquizofrénico, escuche cuidadosamente, y una pequeña voz le dirá cuál número presionar.*
- Si usted es depresivo, no importa cuál número pulse. Nadie le va a contestar.*
- Si usted sufre de amnesia, presione 8 y diga en voz alta su nombre, dirección, teléfono, cédula, fecha de nacimiento, estado civil y el apellido de soltera de su madre.*
- Si usted sufre de estrés postraumático, presione lentamente la tecla de # hasta que alguien se apiade de usted.*
- Si usted sufre de indecisión, deje su mensaje luego de escuchar el pitido... o mejor antes del pitido... aunque tal vez sea lo más adecuado después del pitido... o posiblemente durante el pitido. En todo caso, espere el pitido...*
- Si sufre de pérdida de la memoria a corto plazo, presione 9.*
- Si sufre de pérdida de la memoria a corto plazo, presione 9.*
- Si sufre de pérdida de la memoria a corto plazo, presione 9.*
- Si sufre de pérdida de la memoria a corto plazo, presione 9.*
- Si sufre de pérdida de la memoria a corto plazo, presione 9.*
- Si sufre de pérdida de la memoria a corto plazo, presione 9.*
- Si tiene la autoestima baja, por favor cuelgue. Todos nuestros operadores están ocupados atendiendo a personas más importantes que usted».*

...

Retomando estaciones. Toma 2

Estábamos en que el paso de las estaciones de la vida, el tiempo sumado a una avalancha de cambios es lo que nos tiene a maltraer más seguido de lo deseado. Y es

lógico.

Si un fulano hubiera quedado abandonado en una isla desierta durante los últimos 30 años y luego fuera rescatado, surgirían algunos problemas.

Al principio todo sería más o menos lindo. La familia, los amigos que le quedan, la comida, la ciudad. Después los periodistas. *Clarín* haría la nota donde no faltaría un recuadro con los casos similares ocurridos en la historia de la humanidad; *La Nación* rastrearía en la personalidad del hombre; *Crónica* se preguntaría en un título qué comió en ese tiempo y daría a conocer una versión que aseguraría que le gustaban los insectos, lo cual sería cierto; *Gente* lo llevaría otra vez a la isla desierta para hacerle fotos hoy, lo que le provocaría al hombre una crisis nerviosa terrible de la que saldría al tiempo; *Caras* le dedicaría siete páginas donde el tipo aparecería vistiendo bermudas, esmoquin, pijamas, traje de novia y uniforme del ejército ugandés; *Noticias* lo sacaría en la tapa con un gran título: SUERTUDO y debajo una breve enumeración de las catástrofes nacionales de las que se salvó el individuo al no estar aquí en los últimos treinta años; *El Paparazzi* también lo pondría en su primera plana anunciando en exclusiva la nota del reencuentro entre el hombre y una mona muy amiga que había quedado en la isla; los movileros de las radios se amontonarían a su alrededor preguntándole de todo al mismo tiempo, con lo cual el rescatado escucharía un murmullo gutural que le haría creer que en esos años aquí cambiamos el idioma; y, finalmente, el reportero de un noticiero de televisión le pondría el micrófono sobre la boca luego de preguntarle «¿*Alguna reflexión?*», cosa que haría que el hombre lo mirara asombrado sin decir palabra, por lo cual el de la tele esperaría unos segundos, repetiría la pregunta con el mismo resultado y luego se separaría de él, miraría a cámara y diría con voz suficientemente grave como para anunciar la tercera guerra: «*El imputado se niega a responder la requisitoria periodística; es lamentable que así sea porque...*», y explicaría algo trillado y aburrido.

Pasados estos trances, que no son pocos ni fáciles, el hombre comenzaría a experimentar los cambios. Él tenía 20 años cuando naufragó y fue a esa isla, solito. Ahora tiene 50.

Un amigo se ofrece a ayudarlo y salen a caminar por las calles de la ciudad, sin rumbo, para ir viendo. Y allí comienza todo.

Cambia. Todo cambia

—*Está todo distinto, gordi* —dice Juan, el rescatado, queriendo usar un lenguaje que considera canchero y de moda.

—Sí, pero no me digas más gordi. Ahora se dice chabón, viejo, hermano o bolú —le va aclarando Pedro, el amigo.

—¿*Bolú?*

—¿*Qué querés?*

—*No, no te estoy llamando. Te pregunto. ¿Bolú se le dice*

ahora a un amigo? ¿Y quiere decir lo que yo creo?
 —Y, sí. Lo dicen por la tele, también.
 —*¿Por la tele? Pero son unos guasos.*
 —No hay más guasos. Ahora se les dice transgresores.
 —*Esos eran los que transgredían una ley. Iban presos.*
 —No, Juan, ahora no va preso ni Jack el Destripador. Y si entra, sale enseguida.
 —*¡Atenti, Pedrito! Mirá el churro que viene por ahí...*
 —No, mi viejo, ya nadie le dice churro a una mina.
 —*Menos mal que todavía les dicen minas.*
 —Sí, pero ese churro, como vos decís, no es una mina.
 —*Pedrito, gordi, bolú o como sea... Seguro que me olvidé de muchas cosas pero de eso no. Eso que viene ahí es una mina, viejo.*
 —Es una traviesa, Juan.
 —*¿Y qué más queremos? ¡Mejor que sea traviesa! En la isla, yo...*
 —Pará, Juan. Es una traviesa, un travesaño, un travesti, un tipo que se viste de mujer, ¿no entendés?
 —*Y, mirá, no es fácil entender. ¿Eso que viene ahí es un tipo?*
 —Sí, Juan. Toma hormonas femeninas, le operaron los pechos, le operaron la cola, le operaron todo...
 —*Oíme... ¿Todo? ¿También le sacaron el cosito?*
 —Qué sé yo. A algunos sí, a otros no. Peor le pasó a Bobbit, ay mamita.
 —*¿Qué Bobby? ¿El perro de doña Asunta?*
 —No, Juan. El Bobby de doña Asunta murió hace como veinticinco años y doña Asunta también. Yo dije Bobbit. Un tipo en los Estados Unidos al que la mujer, enojada porque él la engañaba, le cortó el cosito, como decís vos, mientras el tipo dormía.
 —*A la pucha, sueño profundo el del tipo. Me duele de solo pensarlo. Che, Pedro, mirá... Algo no cambió, ¿eh? Mirá esos dos mocosos franeleando. Es cierto que antes no lo hacíamos en la calle y menos como esos, acostados en la vereda, pero bueno...*
 —No es más franelear, Juan. Ahora se le dice transar. Y de esos dos, el de pelo rubio hasta la cintura es un varón y el de pelo cortito también...
 —*Llevame a casa, Pedrito. No me siento bien, es mucho para un día...*
 —Ta bien. Mirá, te voy a hacer una listita con los cambios que me acuerde, ¿querés? Así vas viendo...
 —*Sí, Pedrito, gracias. Vamos, dale, llevame a casa... Oíme: ¿todavía existe James Bond?*
 —¡Epa! Sí que existe. Bond, James Bond. ¿Te acordás, eh?
 —*Haceme un favor: decile que deje nomás que tiren la bomba y que hagan mierda al mundo, ¿sí?*

...

Pobre Juan. Uno se fue acostumbrando de a poco y las cosas que pasan ya las

incorpora como si nada, pero recibir todo esto de golpe es demasiado fuerte para cualquiera. Aun para nosotros no es fácil ir aprendiendo todos los días una palabra nueva, un concepto, una moda. Repasen.

La lista de Pedro

(Se ayudó con un e-mail al que corregí y le agregué datos, Juan. Un e-mail es un correo electrónico que te llega a la computadora, Juan. La computadora es como una mezcla de tele y máquina de escribir. Yo tampoco entiendo, Juan, pará de preguntar porque te mandamos otra vez a la isla, gordi).

Cómo se decía antes y cómo se le dice ahora a la misma cosa.

ANTES

- Periodista
- Humildad
- Peluquero
- Tribuna de desocupados
- Ese cobra
- La mina se operó hasta de las uñas
- Tan pende y trepador
- Chabombas y ñocorpis
- Este sí que sabe vender
- Chupamedias del gerente
- Segunda selección
- Ninguna mina me da bolilla
- Este es nota

AHORA

Comunicador

Perfil bajo

Estilista

Talk show

Taxi-boy

La modelo está producida

Yuppie

Lingerie

El hombre sabe de marketing

El entorno del gerente

Outlet factory

No encuentro mi target

Fenómeno mediático

• Acomodado político	<i>Asesor</i>
• Hago estas boludeces para ganar unos mangos	<i>Esto me sirve como terapia</i>
• Abogado sin laburo	<i>Profesional independiente</i>
• Homosexual, gay y otras	<i>Diferente</i>
• Borracho, falopero	<i>Enfermo social</i>
• Adiós, preciosa	<i>Hay efectivo</i>
• Modelo femenina	<i>Actriz</i>
• ¿Y al Cholo le pagan por hacer eso en la tele?	<i>Modelo masculino</i>
• Almacén/quiosco	<i>Drugstore</i>
• Vestirse con cualquier basura	<i>Ser fashion</i>
• Programa lleno de boludeces	<i>Magazine</i>
• Marido, mujer, esposo, esposa	<i>Pareja</i>
• ¿A quién rajaron?	<i>Hay ajuste de presupuesto</i>
• No tiene ni la menor idea ni el más mínimo interés en esto	<i>No sabe/no contesta</i>
• ¿Y ahora qué hacemos con este clavo que nadie lo compra?	<i>Súper Promo</i>
• Espejitos de colores	<i>Todo por dos pesos</i>
• Vanidad, soberbia	<i>Autoestima, audacia</i>
• Viajar a cualquier lado en cualquier cosa rara e incómoda	<i>Turismo de aventura</i>
• Mozo	<i>Chica en mini y ombligo al aire</i>
• Sándwich de carne picada	<i>Hamburguesa</i>
• Al programa no lo ven ni los que lo hacemos	<i>El público no entendió el mensaje</i>
• Delincuente	<i>Antisocial</i>

• El pelado es jodido	<i>Matías es skinhead</i>
• Matón	<i>Patovica</i>
• Gente al cuete en la guerra	Grupo en misión de paz
• Choripán	<i>Big Mac</i>
• Profesor de gimnasia	<i>Personal trainer</i>
• No hay un corno en la tele	<i>Zapping</i>
• Lassie	<i>Jazmín</i>
• No hay un mango partido por la mitad, ya te dije	<i>Problemas macroeconómicos</i>
• Nona, ¿quedó de ese guiso?	<i>Complejo multivitamínico plus</i>
• Es un bolichito	<i>PyME</i>
• Semana Santa	<i>Fin de semana largo</i>
• ¿Qué era el 25 de Mayo? ¿La independencia, no?	<i>Fin de semana largo</i>
• Mirá que Dios te puede castigar	<i>Ojo que te filman o te graban</i>
• Tener un hijo, plantar un árbol, escribir un libro.	<i>Tener una 4 x 4</i>
• Carlitos dijo «mamá»	<i>Jonathan Nahuel dijo «dólar»</i>
• Es un seco	<i>Es un insolvente</i>
• Se mueren de hambre	<i>Son carenciados</i>
• Este bolonqui	<i>La coyuntura</i>
• Don Manuel, el almacenero, mandaba al pibe con el pedido	<i>Delivery</i>
• ¿De qué país dijo que era?	<i>Indocumentado</i>
• Anotá en la servilletita esa	<i>Palm Pilot</i>
• Pasame el fono	<i>Dame tu mail</i>

...

*«La vida es una obra de teatro moderadamente buena, con un último acto
pésimamente escrito»*

TRUMAN CAPOTE
(Escritor norteamericano)

...

Depende de cada uno, Truman. Vos, célebre, talentoso y escandaloso periodista norteamericano, no la pasaste nada mal en los primeros actos. Cuando llegó el último tal vez era el momento de descansar, mirar lo vivido y sonreír. Quizás no tuvieras mucho de qué sonreír, no lo sé. Mucha juerga, ¿no? Pero después a uno le traen la cuenta, Trum. No te estoy juzgando, por supuesto, cada uno elige y vive su propia vida. Solo que no hagas que crean que todos los últimos actos son deprimentes. No estoy seguro de que el maldito tiempo sea culpable de algo en un caso así. Lo que pasa es que, cuando se buscan culpables de cosas feas que nos ocurren, nunca se buscan espejos.

La vida es lo que hicimos de ella. Nosotros, los famosos arquitectos de nuestro propio destino.

...

El eco

(Un e-mail reescrito)

Un hijo y su padre estaban caminando en las montañas. De repente, el hijo se cayó, se lastimó y gritó: «¡¡Aaahhhh!!» Para su sorpresa, oyó una voz repitiendo, en algún lugar en la montaña: «¡¡Aaahhhh!!»

Con curiosidad, el niño se incorporó y gritó: «¿Quién eres tú?»

Recibió de respuesta: «¿Quién eres tú?»

Enojado con la contestación, gritó: «¡Idiota!»

Recibió de respuesta: «¡Idiota!»

Miró a su padre y le preguntó: «¿Qué sucede?»

El padre sonrió y dijo: «Hijo mío, presta atención»

Y entonces el padre gritó a la montaña: «¡Te admiro!»

La voz respondió: «¡Te admiro!»

De nuevo el hombre gritó: «*¡Eres un campeón!*»
La voz respondió: «*¡Eres un campeón!*»
El niño estaba asombrado, pero no entendía. Luego el padre explicó:
«La gente lo llama ECO, pero en realidad es la VIDA...
Te devuelve todo lo que dices o haces.
Nuestra vida es simplemente reflejo de nuestras acciones.
Si deseas más amor en el mundo, crea más amor a tu alrededor.
Si deseas más alegría entre los tuyos, muestra tu propia alegría.
Si deseas más confianza de los demás, dales más confianza tú a ellos.
Si deseas más afecto de los que amas, demuéstroles todo tu afecto.
De la misma manera, hijo, ocurre a la inversa.
Si desparrramas mal genio, se pondrán malhumorados contigo.
Si escupes al cielo, el cielo te lo devolverá en la cara.
Si te ven triste y apartado, todos se pondrán tristes y se apartarán.
Y así siempre. Esta relación será así durante toda tu existencia.
La vida te dará de regreso exactamente aquello que tú le has dado.
Cada acto de tu vida no es una coincidencia. Es un reflejo de ti mismo. De lo que hiciste, dijiste o pensaste»

...

Y tiene razón, nomás. Uno es muchas cosas. Es lo que hizo, lo que dijo, lo que no hizo ni dijo, lo que pensó, lo que sintió. Y uno es también sus amigos, los que nos custodian la esperanza. Lo que sigue lo confirma.

El día que perdí la esperanza (Un hecho real)

Sigo con mi caminata y me hace sentir bien saber que ustedes están a mi lado en busca de reafirmarnos a todos la esperanza. Vayamos paso a paso, metro a metro, logro a logro, eh, no te adelantes demasiado, y vos no te quedes atrás, no hace falta correr que suena a huir, caminar es lo que uno hace cuando va a buscar algo que saborea de antemano. Ya me voy sintiendo mucho mejor. Quiero confesarles que a veces me pregunto si no los canso con el mismo tema, si alguno cree que escribir sobre esto es fácil pero otra cosa es vivirlo, si otros piensan que digo todo esto porque no sé lo que es estar mal o perder. Y los que piensen que hablo solo porque es fácil se equivocan, con todo respeto. Quiero contarles a ustedes que no vayan a creer que insisto con lo de la esperanza tocando de oído sino que viví cosas que me la mostraron en bandeja de plata. No vayan a creer, insisto, que soy una especie de súper algo que nunca visitó al miedo, la duda o la cercanía de la rendición.

En 1996 fui operado del corazón, doble *bypass* realizado con magistral pericia, pero mi organismo no es de los fáciles y generó algo muy fuera de lo común, que hizo que unos meses más tarde no pudiera caminar más de cien metros porque llegado ese punto el pecho me estallaba y el dolor era insoportable. Mi querido amigo el doctor Luis de la Fuente, una eminencia a nivel mundial en cardiología, me llevó a cabo con su equipo una angioplastia que resultaba difícil y peligrosa por mi reciente cirugía. Se trata de una intervención con catéteres a través de la arteria femoral y hasta la coronaria obstruida con el fin de romper esa oclusión. Dos meses más tarde el dolor había vuelto porque la arteria afectada volvió a cerrarse. El animal que yo sentía en el pecho me mordía con más furia que nunca y ya no llegaba ni a los cien metros sin que atacara. El doctor De la Fuente me realizó una segunda angioplastia, riesgosa y difícil por mi situación. Cuarenta días después el dolor y la casi invalidez retornaron como mofándose. La arteria había vuelto a cerrarse y yo había llegado al límite de mis fuerzas o, en realidad, a la falta de ellas. Hablé por teléfono con Luis de la Fuente, le conté lo que ocurría, me dijo que me haría una tercera angioplastia y le dije que no, que ya había bajado la guardia, que si Dios quería que partiera yo aceptaba su voluntad. Se enojó, me zamarreó verbalmente, me dijo que estaba hablando de eso que yo tanto defendía, la vida. Pero no hubo caso, yo ya no daba más. No soportaba tanto dolor, tanta quietud, tanto intento fallido, tanto pinchazo, catéter, bisturí, invasiones. Para ese entonces ya contabilizaba seis angioplastias, una cirugía a corazón abierto y nueve cateterismos. Estaba exhausto, física y mentalmente. Luis de la Fuente advirtió que yo tenía la decisión tomada pero, sin embargo, con tono de resignación me pidió que, al menos, al día siguiente almorzara con él como lo hacíamos a menudo en tren de amigos y que le diera una oportunidad de convencerme en ese almuerzo. Le recordé que yo era tipo de convicciones fuertes y que no solía retroceder de una decisión pero no podía ser descortés con alguien como él. Al día siguiente y en cámara lenta como era mi vida en esa época, un remis me dejó en la puerta del Instituto del Diagnóstico adonde pasaba a buscarlo, como tantas otras veces. Bajé del auto como un viejito de 120 años y así caminé, sostenido por Mario, el impecable encargado de la entrada de ese sanatorio, hasta Cardiología Intervencionista, el reino de mi amigo Luis. Iba con la decisión tomada y todas las fuerzas puestas en eso: no me dejaría convencer durante ese almuerzo aunque supiera que era el último, soy un gallego tozudo y no se me convence con un par de argumentos así como así. Aunque hubiera llegado hasta allí tan penosamente como lo había hecho. Yo estaba en pie solo por ese orgullo celta de no aflojar, pero llegué arrastrando los pies y mostrándoles a Amalia y Marcia, las adorables secretarias, una sonrisa que debió ser una mueca. Le avisaron al doctor De la Fuente, vino enseguida, nos abrazamos y luego, mirándome a los ojos sin dejar de sonreír, me dijo: «*Bueno. Pasá a la sala*». La sala era la de Cardiología Intervencionista adonde se llevan a cabo las angioplastias. Algo así como un quirófano electrónico, mucha computadora y mucha asepsia.

—Vos sos loco —le dije—. Vamos a almorzar...

—*No* —me respondió con un tono afectuoso pero muy firme—. *Como paciente yo no te puedo obligar a hacer algo que no querés, pero vos sos mi amigo. Y yo no dejo*

morir a mis amigos. Pasé a la sala...

Lo miré fijamente pero algo me pasaba en los ojos porque los tenía nublados. Los dos sabíamos que si no me intervenía nuevamente mi vida no valía nada. Estuvimos mirándonos en silencio unos cuantos segundos, no había más que decir. Volví a abrazarlo y pasé a la sala, así, tal como venía de la calle. Allí me esperan los magníficos Peñaloza, Argentieri, Mrad, Figueroa y el resto del equipo médico. Me hicieron un par de bromas y me ayudaron a sacar la ropa, cómplices de aquella hermosa trampa, el salvataje de mi vida. Casi enseguida llegaron Rosita y Rocío, a las que mis amigos les habían avisado con la recomendación de que me dejaran ir solo, haciéndolas cómplices de aquella hermosa treta. En muy pocos minutos yo ya estaba desnudo, boca arriba en la mesa de intervenciones y con Figueroa poniéndome una estampita de Jesús Misericordioso bajo la diminuta almohada, como siempre. Como siempre, también, até en mi muñeca izquierda la cadena que llevo permanentemente en el cuello y apreté la medallita de la Virgen del Rosario y el crucifijo de plata que me acompaña desde mi adolescencia. Me preguntaba si saldría de esa. Pero, más que nada, disfrutaba de ese complot de amor en el que habían participado desde mi familia hasta mi amigo De la Fuente, su equipo, las secretarias, Mario y no sé si hasta el remisero que me llevó. En ese momento, exactamente en ese momento, supe que recuperaba por completo la esperanza, sentí una ola de alivio espiritual y entendí que si aquellos que yo amaba me lo devolvían de esa manera inusual, yo no tenía derecho a bajar la guardia. Eso pensé. Luego entraría mi amigo Luis ya vestido íntegramente de blanco, con gorro, barbijo, guantes de cirugía y manos con los dedos hacia arriba y en una angioplastia más que difícil por mi estado general, metió dos stents en mis arterias y desde ese septiembre de 1997 —hace unos cinco años— volví a la normalidad, recuperé la existencia y me avergoncé de haberme rendido. Luis de la Fuente y sus muchachos no solo salvaron mi vida sino, también, mi esperanza.

Ya ven, yo también sentí el peso amorfo de la rendición sobre mi alma. Y hubo quienes me ofrecieron aferrarme a la balsa. Caminemos, ¿quieren? Rememorar todo aquello me emocionó un poquito.

Nada es para siempre

En el final de la siguiente cuadra advertí que ahora caminaba rápido y recordé con absoluta claridad que en aquel año en que no podía cubrir más de cien metros y muy penosamente, yo sentía que todo había terminado. Por eso ahora caminaba más rápido, para demostrarme y demostrarles a ustedes que aún lo que parece un final bien puede ser un principio. Nada es para siempre, ni siquiera lo malo.

No se les ocurra confundir esperanza con resignación. Casi son absolutos opuestos, ya que resignarse es bajar la guardia aún sabiendo que a uno le llenan la cara de dedos y tener esperanzas significa no entregarse ni con la manzana rodeada y dos helicópteros

sobrevolando el sitio.

La esperanza nos ayuda muchísimo a ser quien en verdad somos.

Para alcanzar la dorada meta de ser uno mismo y juntar elementos para querernos hay que sembrar cosa buena y, de cuando en cuando, correr algunos riesgos saludables.

El que no arriesga no vive

(De un e-mail)

Reír te hace correr el riesgo de parecer tonto.

Llorar, el de parecer sentimental.

Destacarse te marca para quedar comprometido.

Mostrar los sentimientos puede desnudarnos el alma.

Exponer ideas o sueños a otros puede traernos desilusión.

Amar tiene el riesgo de no ser amado.

Estar vivo significa que un día moriremos.

Sentir esperanza puede terminar en desesperanza.

Luchar por algo implica la posibilidad de fracasar.

Pero hay que correr el riesgo, porque la más grande de las derrotas es no tomarlo.

Es como una traición a sí mismo.

La persona que no arriesga no hace nada y no tiene nada.

Sin riesgos se puede evitar el sufrimiento, la ansiedad, el temor; pero también se pierde la posibilidad de aprender, sentir, cambiar, creer, amar, esperar, desear, vivir.

Encadenarse a las certezas es convertirse en un esclavo.

Solo la persona que arriesga es libre.

...

Sí, ustedes tienen razón. A veces uno quiere ser de lo mejor que hay pero ocurren cosas que nos empujan fuera del camino como si nosotros manejáramos un Fitito y un camión con acoplado topa y topa para mandarnos ya saben dónde. Pero hay que hacer algo, no sé, frenar el Fitito, andar a contramano, circular por la banquina, transformar el autito en un poderoso helicóptero como hace James Bond cuando quiere escapar. Y después junta armas, vuelve y revienta al malo. Ahí está, eso hay que hacer. Juntar armas. Este señor que sigue sabe cómo encontrarlas y les cuenta. Anda medio harapiento por la vida, con esos trapos marrones y esas sandalias todas hechas pomada, pero no se dejen llevar por las apariencias. Este hombre sabe. Lean, pero lean bien ¿eh? Bien en serio. Y vuelvan a leer. Este hombre sabe, les digo.

Armas

(Título inventado, por supuesto)

*Oh Señor; haz de mí un instrumento de paz:
Donde hay odio, que yo lleve el Amor.
Donde hay ofensa, que yo lleve el Perdón.
Donde hay discordia, que yo lleve la Unión.
Donde hay duda, que yo lleve la Fe.
Donde hay error, que yo lleve la Verdad.
Donde hay desesperación, que yo lleve la Esperanza.
Donde están las tinieblas, que yo lleve la Luz.
Oh, Maestro, haced que yo no busque tanto:
A ser consolado, sino a consolar.
A ser comprendido, sino a comprender.
A ser amado, sino a amar.
Porque:
Es dando, que se recibe;
Perdonando, que es perdonado;
Muriendo, que se resucita a la Vida Eterna.
San Francisco de Asís*

Algo ocurrió en un lugar de Buenos Aires que lleva justamente ese nombre, el del harapiento de ropas marrones y sandalias gastadas. Algo digno de espanto pero que demuestra que a veces se vence al tiempo de formas extrañas, ya lo creo. Algo que indica que hay gente que leyó la oración de Francisco, la entendió y la aplicó.

La muerte no siempre gana

(Un hecho real)

Escombros. Todo a su alrededor eran escombros. Manitos arrugadas se extendían hacia ella, pidiéndole que las salve. Y ella se aferraba a cada una y tiraba hasta verlas salir de aquella horrenda nube de polvo. Muchos no creerán que a los 88 años ella pudo rescatar a tantas personas, pero ella tiene una hernia para probarlo.

Ninguna entendía qué había pasado, todavía estaban aturridas por la explosión y sofocadas por el polvo. Margot Russell entrecerró los ojos y no quiso creer lo que veía. Alarmas, gritos, polvo, y caos, mucho caos. Margot vivía en el Instituto San Francisco de Asís, un asilo frente a la Embajada de Israel. Y allí estaba cuando explotó la bomba, en 1992.

El asilo corrió la misma suerte que la Embajada, y así Margot perdió lo último que le

quedaba, pero no el coraje. En plena confusión de aquel doloroso 18 de julio su familia intentó ubicarla, pero no consiguió hacerlo y la dieron por muerta. Perdió, entonces, el contacto con los suyos. Hacía años que había perdido a su marido y a Francia, su patria natal.

Eran muchas pérdidas para cualquiera, pero Margot decidió que no iba a bajar los brazos. Todavía le quedaba su vida. Y a ella se iba a aferrar.

La suerte quiso que una amiga la ayudara y le consiguiera un techo. Y la suerte la premió porque fue —ni más ni menos— que en la Casa del Teatro. Margot jamás había sido actriz, pero ante la necesidad, apenas cruzó la puerta del lugar, se transformó en una más. Y allí vivió hasta que la suerte volvió a sonreírle, cuando le propusieron hacer un comercial de un vino. Sin dudarlo aceptó, y de nuevo medió la buena fortuna para que Eliseo Subiela viera un día a aquella tierna abuelita de la publicidad y mandara a su equipo a rastrearla.

Margot se convirtió en Marga en cuanto pasó el casting para actuar en *Despabilate, amor*.

Margot, la ancianita que sobrevivió a la bomba y que compartió paredes con las grandes figuras del teatro argentino. Marga, la premiada por un Subiela que le dijo que era toda una profesional. Margot, la que recuperó a su familia porque la reconocieron en una revista. Marga, la que debutó en su primer papel a los 92 años. La que no se entrega así nomás, ni siquiera cuando alguien intenta dinamitarle el futuro.

Preguntas y respuestas por un millón de besos

¿Cuál es...

el día más bello?

Hoy.

¿La cosa más fácil?

Equivocarse.

¿El obstáculo más grande?

El miedo.

¿El error mayor?

Abandonarse.

¿La raíz de todos los males?

El egoísmo.

¿La distracción más bella?

El trabajo.

¿La peor derrota?

El desaliento.

¿Los mejores profesores?

Los niños.

¿La primera necesidad?
Comunicarse.
¿Lo que hace más feliz?
Ser útil a los demás.
¿El misterio más grande?
La muerte.
¿El peor defecto?
El malhumor.
¿La persona más peligrosa?
La mentirosa.
¿El sentimiento más ruin?
El rencor.
¿El regalo más bello?
El perdón.
¿Lo más imprescindible?
El hogar.
¿La ruta más peligrosa?
El camino correcto.
¿La sensación más grata?
La paz interior.
¿El resguardo más eficaz?
La sonrisa.
¿El mejor remedio?
El optimismo.
¿La mayor satisfacción?
El deber cumplido.
¿La fuerza más potente del mundo?
La fe.
¿Las personas más necesarias?
Los padres.
¿La cosa más bella de todas?
El amor.

MADRE TERESA DE CALCUTA

Tenía una carita a la que las arrugas honraban. Parecía como una hoja de papel estrujado por un puño grande como los golpes de la vida y vuelto a abrir después porque hacía falta. Está, seguramente, entre las diez personalidades más importantes del pasado siglo XX. Porque si se trata de inventar, ella inventó la solidaridad; si hay que ser una autoridad, ella presidió el amor; si hay que ser científico, ella curó el dolor de muchos; si hay que ganar guerras, ella ganó muchas sin tirar un tiro.

Ay, Teresa, te necesitamos. Vacíos como el tuyo son abismos.
Vamos al capítulo siguiente, que nos queda de paso.

5

Dedos

Uno va caminando, como lo estamos haciendo nosotros, y el alma se ensancha, pero también es cierto que uno se distrae. Tanto hablar, tanto hablar y todavía no nos presentamos formalmente como argentinos a los que lean este librito en todo el mundo para que esos millones de personas que estarán ansiosos por saber de nosotros comiencen por algo. Vamos a hacerlo con un sistema que acabo de inventar y me parece bueno para graficar la cosa: el método de los cinco dedos. Como decía Jack, el Destripador, vayamos por parte.

...

El meñique

Es el más chiquito de los dedos de la mano y el más chanco. Suele ser utilizado en tareas menores y repugnantes como rascarse el oído o la nariz. Observen que si es otro el lugar a ser rascado, no se usa este dedito sino otros. La función del meñique, pues, es la peor. Por eso en este esbozo de lo que somos los argentinos vamos a empezar con él, que representará a nuestra parte más oscura, la que preferiríamos que no estuviera allí. Lo bueno que tiene empezar por lo malo es que lo que siga luego siempre será mejor.

Tal vez estén reunidas en lo que leeremos ya, la mayoría de las cosas feas que ponemos en práctica.

Un reportaje a Dios (E-mail corregido y reescrito)

Nunca supe cómo, pero un día se cumplió mi mayor deseo como periodista y de pronto estaba frente a Dios que me miraba con una ternura imposible de contar y me decía que le preguntara, nomás. Siempre imaginamos la voz de Dios como un sonido potente y casi atemorizante, pero nada de eso. Su voz es una música armoniosa, puro encanto.

Le pregunté qué era lo que más le sorprendía de los seres humanos.

Y dijo:

«Que se aburran de ser niños, apurados por crecer, y cuando crecen suspiran recordando lo bueno que era ser niños.

Que pierdan la salud para tener dinero y luego no tengan más remedio que perder el dinero para recuperar la salud.

Que por pensar ansiosamente en el futuro descuidan su hora actual, con lo cual no viven ni el presente ni el futuro.

Que viven como si no fueran a morir, y se mueren como si no hubieran vivido».

Dios parecía conmovido. Hubo una pausa y me atreví a seguir. Le pregunté qué les pediría a sus hijos, siendo Él nuestro Padre. Respondió:

«Que aprendan que no pueden hacer que alguien los ame pero lo que sí pueden es dejarse amar.

Que aprendan que toma años construir la confianza y solo unos segundos para destruirla.

Que lo más valioso no es lo que tienen en sus vidas, sino a quien tienen en sus vidas.

Que aprendan que no es bueno compararse con los demás, siempre habrá alguien mejor o peor.

Que «rico» no es el que más tiene sino el que menos necesita.

Que aprendan que deben controlar sus actitudes porque, de no ser así, sus actitudes los controlarán a ellos.

Que bastan unos pocos segundos para producir heridas profundas en las personas que amamos, y que pueden tardar muchos años en ser sanadas.

Que sepan que a perdonar se aprende practicando.

Que hay gente que los quiere mucho, pero que simplemente no sabe cómo demostrarlo.

Que aprendan que es cierto que el dinero no compra la felicidad. Ni la salud, ni el amor, ni la amistad ni siquiera los sueños.

Que cuando están molestos están en todo su derecho, pero eso no los autoriza a molestar a los que los rodean, que también tienen derechos.

Que los amigos de verdad son escasos, como cualquier gran tesoro.

Que no siempre es suficiente ser perdonado por otros, algunas veces deben perdonarse a sí mismos.

Que aprendan que son dueños de lo que callan y esclavos de lo que dicen.

Que es muy cierto que recogerán lo que sembraron.

Que aprendan que la felicidad no es una cuestión de suerte sino de actitud.

Que es un error cuando eligen enfermar de envidia y celos por lo que les falta en lugar de disfrutar lo que tienen, aunque sea poco.

Que dos personas pueden mirar una misma cosa y ver algo totalmente diferente. Y ambos pueden tener razón.

Que sin importar las consecuencias, aquellos que son honestos consigo mismos

llegan lejos en la vida.

Que a pesar de que piensen que no tienen nada más que dar, cuando un amigo llora con ellos, encuentren la fortaleza para darle ánimo.

Que retener a la fuerza a las personas que aman no hace otra cosa que alejarlas más rápidamente y, al dejarlas ir, las conserva para siempre. Que todo lo que sea usado en exceso termina perdiendo su verdadero significado, incluso algo tan sublime como la palabra «amor».

Que aprendan que amar y querer no son sinónimos sino antónimos: el querer lo exige todo, el amar lo entrega todo.

Que nunca harán nada tan grande que haga que Dios los ame más, ni nada tan malo que haga que los ame menos. Simplemente los amo, a pesar de sus conductas, y esa es la única manera de amar.

Que aprendan que lo más lejos que pueden estar de Mí es la distancia de una simple oración...»

...

Para leerlo y releerlo, para aprender. A esta versión me tomé la licencia de agregarle cositas y reescribirlo entero ya que, por lo general, este tipo de textos está originado en otros países con otros modismos e, incluso, otros idiomas. Está consignado que este es un texto que la Madre Teresa hizo circular en 1952 y aquí lo tienen, medio siglo después. El objetivo era y es pasarlo de mano en mano a la mayor cantidad de gente, difundirlo con amor. Eso intentamos. Están nuestros costados oscuros de dedo meñique, sí, pero también lo que hay que aprender para cambiar eso. Está el veneno pero también el antídoto.

...

«No les temas a las sombras, significan que en alguna parte hay luz».

RUTH RENKEL

(Ignoro quién es o fue, pero me gustó la frase)

...

Si no le prestamos suficiente atención al dedo meñique, si no atendemos a las cosas que aparentemente son pequeñas, estamos bastante fritos. Muy a menudo en la humildad está la grandeza. Patricio McCormick me mandó hace tiempo un e-mail que él recibió de un amigo. Es un relato que tiene que ver con esto y que reproduzco de manera textual.

La niña en el parque

Había una vez una niñita sentada en un parque. Todos le pasaban por el lado y nunca nadie se detenía a preguntarle qué le ocurría. Vestida con un traje descolorido, zapatos rotos y sucios, la pequeña niña se quedaba sentada mirando a todo el mundo pasar. Ella nunca trató de hablar, no dijo una palabra. Muchas personas pasaron pero nadie se detuvo. Al día siguiente yo decidí volver al parque a ver si la pequeña niña estaba ahí. Sí, ahí estaba. En el mismo lugar en el que estaba ayer. Con la misma mirada de tristeza en sus ojos. Me dirigí hacia ella y al acercarme noté que en su espalda había una joroba. Ella me miró con una tristeza tan profunda que me rompió el alma. Me senté a su lado y sonriendo le dije: «¡Hola!» La pequeña me miró sorprendida y con una voz muy baja respondió a mi saludo. Hablamos hasta que los últimos rayos de sol desaparecieron. Cuando solo quedábamos nosotros dos y la oscuridad alrededor, le pregunté por qué estaba tan triste. La pequeña me miró y con lágrimas en los ojos me dijo: «*Porque soy diferente*» Yo respondí con una sonrisa: «*Lo eres*». Y ella dijo aún más triste: «*Lo sé*». Yo le dije: «*Pequeña, ser diferente no es malo. Tú me recuerdas a un ángel, dulce e inocente*». Ella me miró, sonrió y por primera vez sus ojos brillaron con la luz de la alegría. Despacio ella se levantó y dijo: «*¿Es cierto lo que acabas de decir?*» «*Sí* —le respondí—. *Eres como un pequeño ángel guardián enviado para proteger a todos los que caminan por aquí*». Ella movió su cabeza afirmativamente y sonrió. Ante mis ojos algo maravilloso ocurrió. Su joroba se abrió y dos hermosas alas salieron de ahí. Ella me miró sonriente y dijo: «*Yo soy tu ángel guardián*». Yo no sabía qué decir. Ella me dijo: «*Por primera vez pensaste en alguien más. Mi misión está cumplida*». Yo me levanté y le pregunté por qué nadie le había ayudado. Ella me miró y sonriendo dijo: «*Tú eres la única persona que podía verme*». Y ante mis ojos desapareció. Después de ese encuentro, mi vida cambió dramáticamente. Cuando pienses que solo te tienes a ti mismo, recuerda que tu ángel guardián está siempre pendiente de ti.

El e-mail termina diciendo:

Tu misión es enviar este mensaje a cada persona que conozcas. Como la historia nos enseña, todos necesitamos a alguien. Cada uno de tus amigos es a su manera un ángel.

El valor de un amigo solo puede ser medido con el corazón.

Déjales saber que de una manera o de otra te preocupas por ellos.

Cumplo lo que se me pidió. Se los hago llegar a ustedes, con todo amor.

El anular

No es ni grande ni chico, es un dedo clase media, por lo cual, en estos tiempos que vivimos, corre serios riesgos de desaparecer perdiendo los pequeños privilegios que tenía, nada del otro mundo. Muy útil para la mano izquierda si uno toca la guitarra o el piano,

por ejemplo. Aparte de unirse a los otros para tamborilear sobre la mesa cuando uno está impaciente, la más destacada de sus funciones es la que le da su nombre. Anular viene de anillo y este dedito así se llama porque es aquel donde se lleva habitualmente el anillo que nos identifica como casados. En la antigüedad, se creía que ese dedo —por ser usado para simbolizar el amor de una pareja— tenía una pequeña arteria que lo unía directamente con el corazón, lo cual es una burrada pero muy romántica y simpática, tanto como para dejar de ser una burrada. Es, entonces, un dedo sentimental. Representa en este método de los cinco dedos justamente lo que tiene que ver con las emociones y los sentimientos, esas cosas tan bellas pero tan cambiantes, esos zarandeos que nos dan al alma, esos puntos altos y bajos como los que aparecen en un electrocardiograma y que después de todo significan lo que más importa: estamos vivos. Desorientados como Adán en el día de la madre, pero vivos. Por eso valen tanto las emociones a favor como las que parecen ser en contra. Enseñan y, sobre todo, señalan que aún podemos sentir. No es poco eso.

...

«Si querés ver el arco iris, vas a tener que soportar la lluvia».

DOLLY PARTON
(Cantante folk norteamericana)

...

Cuidado con las emociones

A veces las cosas toman un giro insospechado. El destino ha de ser una de las travesuras predilectas de Dios. Hay una vieja leyenda que cuenta que el abuelo Matías, hombre que había pasado los ochenta, heredó de repente 200 millones de dólares de un primo que había hecho fortuna en otro país y al que ni siquiera recordaba. Los parientes de Matías fueron los primeros en recibir la noticia de boca del abogado y no sabían cómo hacer para contárselo al abuelo. Temían que sufriera un ataque cardíaco por la emoción, ya que era mucho dinero. Como vivían en un pequeño pueblo, puede decirse que la autoridad indiscutible era el párroco del lugar. A él acudieron, le contaron lo que estaba ocurriendo y respiraron aliviados cuando el cura los tranquilizó contándoles que la plata no era tan importante en la vida, que las cosas que más valen son las que no se pueden comprar con ella y que no tendría ningún inconveniente en ser él mismo quien diera la noticia al abuelo de una manera natural y calma.

Así fue, nomás. El cura conversó de cualquier cosa con el viejo hasta que, de repente, como si nada, le dijo: *«Y dígame, don Matías, solo por suponer, ¿qué haría*

usted si ganara de golpe 200 millones de dólares?» El abuelo casi ni lo pensó. Respondió: «Le daría la mitad a usted, padre, para que lo use en la iglesia». Y el cura cayó fulminado por un ataque cardíaco.

...

No siempre las emociones son malas, por supuesto. Las hay muy buenas. Y ambas conviven dentro de nosotros. A veces me pregunto cómo cabe dentro de cada uno tanta cosa y cómo se arreglan esas cosas para mantener de una u otra forma un cierto equilibrio. El odio y el amor deben discutir, supongo, o tal vez dentro de uno estén más cerca de lo que quisiéramos, vaya a saber. Porque es extraño, por ejemplo, que solo se odie muy profundamente lo que se amó de la misma manera. Por la mañana, las dudas deben saludar alegremente a las certezas, de ventana a ventana: *«Hola, chicas, buen día. ¿No quieren compartir el desayuno? O pasear por la mente del patrón todas juntas, nosotras a veces complicamos las cosas pero nadie puede negar que somos divertidas...»* «Sí, estamos seguras. Siempre estamos seguras. Y sí, es verdad, ustedes son más divertidas que nosotras. Pero es el patrón el que decide, no será el mejor tipo que hay pero tampoco es el peor. De eso estamos, ya lo saben, seguras».

Todo convive en la mente y el alma de cada uno de nosotros. Somos el ángel y el monstruo, el Dr. Jekyll y Mr. Hyde, la Bella y la Bestia, Tom y Jerry, el que mata y el que muere. Pero no sé por qué me dan estos ataques analíticos cuando hay quienes han expresado todo esto de manera infinitamente más hermosa y más clara. El profesor Victor Frankl, un psiquiatra alemán que fue prisionero del temible campo de concentración de Auschwitz, y que luego llegara a ser doctor honoris causa en 21 universidades del mundo entero, fue uno de ellos. En apenas un puñado de palabras sintetiza esa loca convivencia de emociones y sentimientos.

...

«¿Qué es, en realidad, el hombre? Es el ser que siempre decide lo que es. Es el ser que ha inventado las cámaras de gas pero, asimismo, es el ser que ha entrado en ellas con paso firme y musitando una oración».

VICTOR FRANKL
(Filósofo, psiquiatra, escritor)

...

En ese mundo de las emociones, el hombre es Caín, que se llenó de cólera y lo golpeó a Abel hasta provocarle la muerte. Pero también es esa nena de 10 años que escapaba del horror de la guerra en Bosnia llevando en sus brazos a un chiquito de dos y que cuando un soldado intentó ayudarla ella no lo dejó y solo dijo: *«No me pesa, es mi*

hermano».

...

La emoción de ser valiente

(Un hecho real)

Conoció los colores de la vida, su carita de púber y los ojos de sus seres queridos. Recuerda las calles de San Miguel, donde nació, y el patio de la escuela de Bella Vista a la que asistió. También recuerda la mudanza a Mar del Plata y la torta frente a ella con 13 velitas luminosas. Luego todo se volvió tinieblas.

Gladys Correa, de 37 años en el 2002, perdió la vista a los 13, pero sigue viendo claramente con los ojos del alma. Es católica y se aferró a su fe desde el primer momento. Está casada con Carlos Vizcano, quien también es ciego y tienen un hijo de nueve años que gracias a Dios puede contarles a sus papis de qué color está hoy el mar, ya que viven en Mar del Plata.

La ceguera de Gladys jamás le impidió hacer nada. Ya siendo ciega fue dirigente de scouts videntes durante mucho tiempo y aquella experiencia la ayudó a tomar conciencia de lo que significaba valerse por sí misma. A lo largo de su vida se sometió a trece operaciones. Ninguna tuvo éxito. Pero ella dice no sentir miedo ni estar intimidada por su condición y siempre defendió sus derechos con una visión más amplia de aquellos que debió enfrentar, gente que se supone que veía, pero solo lo que sus ojos le mostraban. Respecto de eso hizo historia: cuando estaba a cuatro materias de recibirse de psicóloga, una profesora le dijo que mientras ella estuviera a cargo de esa cátedra, jamás la aprobaría. Esa mujer creía que su ceguera le iba a impedir ejercer, pero Gladys le refutó con todas las pruebas posibles, mostrándole hasta los psicodiagnósticos en Braille que ya existían. La profesora tuvo que rendirse y en ese acto se les abrió la puerta a muchos discapacitados; pero Gladys, abrumada por la prensa y por tantos sueños machucados, nunca pudo dar esa materia ni retomar la facultad. Había sacado excelentes notas, sin embargo, y hasta estudiado ayudándose con casetes que sus amigos le grababan para que ella pudiera acceder a textos que no estaban disponibles en Braille. Sin embargo hoy es feliz así. Lo más importante fue, no solo para ella sino para otros en su situación, haber ganado la batalla. Siempre agradeció infinitamente a todos los que la ayudaron, y tal vez queriendo devolver algo de ese apoyo es que llegó a pelear por otros desde UMASDECA (Unión Marplatense por la Acción Social del Ciego y Ambliope); tiene un puesto ambulante en la peatonal y siempre llega a su casa a horario para cocinarle la cena a su marido, quien dice que la gastronomía es su especialidad. Ella se ríe pero reconoce que es cierto. Y de repente se hace un silencio que ella quiebra con su experiencia: *«Hay gente que no tolera al que no es igual y le pone trabas. Para muchos, los ciegos son como muebles que hay que llevar de un lado para el otro. Pero hay que luchar contra*

esos prejuicios... porque si uno cree en sus capacidades, los imposibles no existen».
Ganó la batalla y quiere ganar la guerra toda. Gladys, la que nos abrió los ojos.

...

Cuesta seguir después de un cachetazo como este. Ya ven, la emoción otra vez, los sentimientos. Gracias a Dios por eso, porque de no ser así no tendríamos una gran diferencia con las cucarachas. Y vamos, empujen, caminen, caminemos con ritmo, vamos más que nunca que Gladys nos ayuda riéndose.

El dedo medio

Así llamado porque, casualmente, está en medio de los otros. Es bastante inútil a primera vista, largo al divino botón. Nadie intentaría tocar el timbre con él, por ejemplo. Pero las apariencias engañan. Se lo utiliza en la práctica cotidiana en muchas situaciones donde no se lucirá como protagonista, pero sin él no hay película: subirlo sobre el índice para cruzar los dedos cuando uno supone que eso le traerá suerte; elevarlo solito, con los otros retraídos, para mostrarlo a alguna persona a la que deseamos ofender arteramente, en especial a otro automovilista; erguirlo junto al índice cuando queremos decir deme dos o identificarnos como simpatizantes justicialistas; plegarlo para tomar el asa de la taza, como el oso; rascarse; tocar el bandoneón; usarlo como apoyo indispensable para tomar una lapicera y —atención, señoras y señores—, si observan atentamente a los cajeros de cualquier banco, verán que es el dedo preferido por ellos para contar los billetes en la antigüedad, cuando había billetes. También descubrirán que es el dedo que, al frotarlo con el pulgar y el índice, con la palma de la mano hacia arriba, quiere decir plata, pesos, dólares, marcos, yens, maravedíes, dinero. El dedo de la guita, amigas y amigos.

...

«Para amasar una gran fortuna hay que hacer harina a mucha gente».

MANOLITO
(Amigo de Mafalda)

...

«Quiero que se termine la corrupción o participar de ella».

ANÓNIMO
(¿Anónimo?)

...

Tal vez en un gesto sublime de moralidad, los gobiernos de los últimos tiempos en la Argentina nos hicieron entender que el dinero es sucio, por eso no han querido saber nada con él y nos impulsaron a usar cheques, patacones, lecops, bonos o gallinas batarazas, lo que sea. En el caso de las gallinas batarazas, es indudable que son mucho más útiles que algunos políticos, ya que ellas ponen huevos. Recordemos a esos funcionarios y, ya que estamos hablando del dedo mayor, elevémoslo plegando los otros cuatro como ofrenda a los inolvidables políticos y economistas que nos llevaron a esta situación.

El caso es que la breve historia de este dedo medio sirve para demostrar que no todo es lo que parece. A primera vista era de poca utilidad pero, sin embargo, notamos todo lo contrario. Es cierto que no siempre las cosas son como aparentan ser.

El anciano de la colina

(Parábola del filósofo taoísta Liht Sé, al que desconozco por completo, lo que no impide que esta historia sea muy buena)

Un anciano vivía con su hijo en una casa de piedra sobre la cumbre de una colina. Un día perdió un caballo y los vecinos llegaron para expresar su pesar por el infortunio y por lo que consideraban un lamentable hecho de mala suerte, pero el anciano preguntó:

—¿Cómo sabéis que es mala suerte?

Pocos días más tarde volvió su animal perdido acompañado por una gran cantidad de caballos salvajes que lo seguían. Los vecinos, esta vez, fueron a felicitarlo por esta muestra de fortuna, pero el anciano no se conmovió y les preguntó:

—¿Cómo sabéis que es buena suerte?

Lo cierto es que, con tantos caballos a su alcance, el hijo comenzó a cabalgar desde el amanecer hasta la puesta del sol y un día cayó de uno de los animales y se fracturó una pierna.

Otra vez llegaron los vecinos a expresar sus condolencias y el anciano les respondió:

—¿Cómo sabéis que es mala suerte?

Por esos tiempos hubo una guerra breve pero terrible en la región. Y todos los jóvenes habitantes de ese pueblo murieron en combate. Pero el hijo del anciano se salvó, ya que lisiado como estaba no pudo ir al frente de batalla.

...

Aparte de demostrar que el anciano era un fulano bastante malhumorado y desagradecido, ya que no parece conmoverse por sus encantadores vecinos que estaban tan pendientes de él y que encima tenían que subir la colina a cada momento, el relato

reafirma que, en efecto, no podemos saber qué hay en verdad detrás de lo que nos pasa. Esta historia podría seguir casi hasta el infinito porque, por ejemplo, cuando los pocos que quedan después de la guerra van a felicitarlo ya que el joven salvó la vida, el anciano repetiría «¿quién dijo que es buena suerte?» y al tiempo, su hijo —enloquecido por estar lisiado— le clavaría un cuchillo en la mano derecha, dejándolo manco. Otra vez los vecinos a condolerse y el viejo de miércoles que preguntaría «¿quién dijo que es mala suerte?» Y poco después, caminando por el bosque, encontraría un guante para mano izquierda. Y así hasta aburrirnos. De todas maneras, la idea está clara, ¿no? La moraleja sería que este viejo amargado al que no hay noticia que le venga bien demuestra con ejemplos que cada acto de la vida es una sorpresa, no importa lo que pensemos mientras ocurre. Y en eso tiene razón, viejo podrido, no hay más remedio que aceptarlo.

...

En cuerpo y alma

Todo el mundo occidental, pero los argentinos en particular somos muy propensos a «comprar con los ojos», a darle mucha importancia al envoltorio, y cuantos más moñitos tenga, mejor. Por eso la clase media, cuando tenía con qué, fue siempre una gran consumidora y, en especial de cosas de marcas muy publicitadas; por eso funcionaron siempre las listas frívolas de lo que está bien y lo que no, ponete esto que es lo que se usa y sacate eso que es un quemo, cosa de negros (como si fuéramos todos escandinavos. Nabos somos, eso sí). Tampoco es casual que Argentina haya llegado a marcar, ya hace años, los más altos índices mundiales de psicoanalizados, ya que encaramos todo lo que está de moda sin ahondar ni un poquito así en lo que significa. Con el cuerpo pasa igual, todos quieren lucir como modelos pero pensar como premios Nobel. Es bueno hacer ejercicio, mantenerse en forma, caminar como lo estamos haciendo desde que empezó este librito, pero —como en todo— es malo exagerar.

No sé si conocen esto, escrito para las mujeres:

«Siempre ten presente que la piel se arruga, el pelo se vuelve blanco, los días se convierten en años... Pero lo importante no cambia; tu fuerza y tu convicción no tienen edad. Tu espíritu es el plumero de cualquier tela de araña. Detrás de cada línea de llegada, hay una de partida. Detrás de cada logro, hay otro desafío. Mientras estés viva, siéntete viva. Si extrañas lo que hacías, vuelve a hacerlo.

No vivas de fotos amarillas... Sigue, aunque todos esperen que abandones. No dejes que se oxide el hierro que hay en ti...

Haz que en vez de lástima, te tengan respeto. Cuando por los años no puedas correr, trota. Cuando no puedas trotar, camina. Cuando no puedas caminar, usa el

bastón. ¡¡¡Pero nunca te detengas!!!»

MADRE TERESA DE CALCUTA

No habrá ninguna igual, no habrá ninguna, tal como dice el tango. A nadie se le ocurriría decir que Teresa de Calcuta era feminista, pero observen con qué calidad y calidez invita a las mujeres a no dejar la lucha ni por los años ni por el aspecto ni por los achaques. Sigo caminando y con lo que les contaba.

Antes de hablar quisiera decir unas palabras.

Cuando uno tiene mi edad y mi aspecto siente que está entrando al siglo XXI por la puerta de servicio. Y, lo que es peor, no encuentra las llaves. Que no se alboroten los psicoanalistas que no es baja autoestima (me quiero bien, hijos de Freud, no se inquieten) sino que es producto de un vistazo a mi alrededor. No es solo estar gordo como una ballena sino no hacer nada para mejorar eso cuando veo, por ejemplo, que a casi todos los obsesiona la línea. Tal vez me pase lo mismo con el pelo: seguro que se me cae porque no hago fuerza para que me crezca, no me pone nervioso este camino a la bocha, este calviciario. Tengo zapatillas nuevas, de esas de marca, pero uso las viejitas porque estoy más cómodo. Y lo mismo me pasa con toda la ropa, doy lástima. No es que haya descubierto arrugas nuevas en mi cara, no. Me miro en el espejo al afeitarme y veo eso, una cara a la que hay que afeitar, nada más. Ni me doy cuenta si tengo o no un surco del tamaño del río Amazonas, no me inquieta. Asumo desde siempre que no soy lo que tradicionalmente se conoce como lindo.

...

«Yo jamás olvido un rostro, pero con usted haré una excepción».

GROUCHO MARX
(Actor)

...

—Mamá, mamá, llevame al circo.

—No, nene. Si te quieren ver, que vengan a casa.

...

Quiero decir que la estética, al menos hasta ahora, parece ser muy importante para muchos y en eso yo soy de lo peor. Lo que me desconcierta es que no me aflige. ¿Está mal que no me aflija? ¿Desentono? ¿Soy un desastre a primera vista? Si ustedes respondieron «sí» a las tres preguntas, han ganado un viaje a la realidad con todo pago. En época de cirugías faciales, abdominales, capilares, tetales, culares y de lo que sea, yo me acepto como soy y —lo mejor de todo— me gusta ser y estar como soy. Porque

asumo cosas más claras que el agua clara. Como que las diferencias no pasan especialmente por el aspecto. Ni siquiera por los años, ya que depende mucho de cómo se vivieron. Con darle un vistazo a lo que sigue, verán que todo es tan veloz que casi no quedan jóvenes.

Hoy se envejece rápido

La gente que entró a una universidad hace menos de dos años nació en 1982. Tienen solo 20 años. Por entonces Ronald Reagan era presidente de los Estados Unidos, pero la mayoría de estos chicos ignora que fue actor en películas clase B generalmente de cowboys y nunca se enteraron de que alguien le hubiera disparado en la vida real, en ejercicio de su mandato, un año antes de que ellos nacieran. Tenían 9 años cuando ocurrió La Guerra del Golfo que algunos de ellos vieron en vivo por la tele y pensaron que era algo muy parecido a los videogames. El lunes negro de la Bolsa de Valores en 1987 les importa tanto como la Gran Depresión de 1929, considerando ambas cosas lejanas y ajenas.

Para ellos, hasta hoy, julio de 2002, ha existido solamente un Papa que ha durado toda la vida. Juraría que prácticamente todos no tienen ni idea de que poco antes de que ellos vieran la luz de la vida, en 1978, se dio algo único en todo el siglo XX: se sucedieron tres pontífices en ese mismo año.

Nunca cantaron «*We are the world, we are the children...*», y los que tienen televisión por cable conocen al Superagente 86 a través del canal Uniseries y como una divertida rareza histórica.

Eran recién nacidos durante la guerra de las Malvinas y no los alteraron ni los apagones generales que se organizaban como simulacros, ya que ellos solamente dormían, comían, hacían pis y caca. No pueden tener ni la más remota idea de cómo se vivió la época de gobierno militar y tampoco del gobierno de Alfonsín ni la hiperinflación, lo cual es envidiable. Amnistía es algo que pasó después de la Segunda Guerra, de acuerdo con lo que les contaron en el cole; ignoran qué es obediencia debida pero no les gusta como suena; y punto final no es una ley, claro, sino lo que se pone al fin de un texto. Hablando de textos: cuando Gabriel García Márquez ganó el premio Nobel de Literatura, ellos ni siquiera sabían leer. Saben que la selección argentina de fútbol ganó el campeonato del mundo por segunda vez en 1986, pero tenían cuatro años y lo vivieron de roce nomás, disfrutándolo mucho más tarde, en innumerables videos que aún se repiten.

Con un poco de suerte, pueden recordar el nombre de dos presidentes de los Estados Unidos, tal vez tres. Clinton no cuenta no solo por su cercanía en el tiempo sino por sus historias extrapresidenciales que ellos disfrutaron mucho pero hace relativamente poco.

Tenían 7 años cuando tiraron abajo el Muro de Berlín, que aún hoy no saben muy bien qué cosa era y 9 años cuando la Unión Soviética se desintegró. Deben creer que la

Guerra Fría era una batalla en el Polo Norte y esto no es para desmerecerlos sino, simplemente, para remarcar que era algo que no vivieron. Temieron ante una posible guerra nuclear pero lejanamente, durante unas pocas horas de crisis en 1991, cuando la CNN mostraba ese miedo en pantalla. Recién sintieron pavor en carne propia cuando vieron por la tele cómo se derrumbaban las Torres Gemelas de Nueva York, en vivo y en directo. Nunca antes habían pasado por algo así y quizás eso les marcó la vida. Vietnam es algo terrible que ocurrió tan fuera de su mundo como la Segunda Guerra. O la Primera, da igual. Incluso las masacres de Bosnia son algo borroso y, a menos que sean estudiantes de historia, no saben muy bien por qué se mataban.

Para ellos, URSS es un error de imprenta o algo así de esas cosas que a veces bajan mal de Internet. Cuando murieron Guillermo Brizuela Méndez, Augusto Bonardo o Raúl Rossi solo los afectó un poquito porque en casa los grandes se pusieron tristes, pero ellos no sabían por qué, no podían saberlo y no se les puede explicar. Al cerrar el restaurante El Tropezón o la Confitería del Molino no sintieron nada. No saben a qué se refieren los que alguna vez mencionaron «la quema del cajón en la 9 de Julio» pero les suena como algo macabro y, por lo tanto, atractivo. Para muchos, *Robo para la corona* debe ser una novela de piratas, lástima que no viene en CD-Rom ni lo sacaron en Nintendo.

Alemania es una sola y, aunque en el colegio les enseñaron algo, no entienden mucho eso de que había dos. A los ojos de ellos, una mitad comunista de Alemania les suena tan raro como si les dijeran que el 50% de la población japonesa es de raza negra.

Son demasiado jóvenes para acordarse de la explosión del transbordador espacial *Challenger*; la palabra Chernobyl les suena a un remedio; no les significa nada el nombre de la Plaza Tienanmen; el Capitán Piluso debe haber sido un héroe de las guerras de la independencia, Coquito la marca de alguna golosina y Jorge Porcel ese señor gordo que ven de vez en cuando en silla de ruedas y que habla de la religión evangélica.

Tienen idea de que atentaron contra el Papa un año antes de que ellos nacieran, pero si se les nombra a Alí Agca es como si se les hubiera dicho «buen día» en arameo. Era bastante lógico para ellos que un dólar fuera igual a un peso, ya que así ocurrió desde que tenían 8 años y hasta cumplidos los 20. Peso moneda nacional les parece pomposo y largo, peso argentino lo consideran obvio y austral es una compañía de aviación. Gente que toma por asalto los supermercados era algo típico de las películas donde avisan que atacan los marcianos, hasta que, dolorosamente, la historia se repitió ya en el siglo XXI.

El sida existió siempre, desde que nacieron. Lo mismo que las computadoras personales o el pastor Giménez. Había una cosa que se llamaba Atari, sí, igual que esos discos negros de vinilo que guardan los viejos o la abuela. Faltaban tres años para que ellos nacieran cuando entraron al mercado los compact disc. Nunca vieron un magazine de ocho pistas y, si se les nombra, imaginan que es una revista de juegos que da ocho rastros para descifrar algo. El pacman es una antigüedad que los hace sonreír, pero no lo juegan porque piensan que es más aburrido que un choque de tortugas.

El Big Mac existió siempre, lo mismo que los combos, los kits de lo que sea, las M&M de más de un color (¿qué es eso de que antes eran solamente marrones?) y cualquier cosa que sea importada, eso de que las Barbies solo llegaban de contrabando es

puro cuento, aunque ya empezaron a entender desde el default de 2001. Los pitufos y los pequeños ponys son olvidos o borrosos recuerdos. Gaby, Fofó y Miliki deben haber sido marcas de galletitas recubiertas. Las canciones de Festilindo eran pegadizas, pero no se acuerdan de ninguna.

Siempre hubo contestadores telefónicos, el fax existe desde hace muchísimo y la televisión fue en colores toda la vida. Y no se equivocan: toda la vida de ellos, ya que comienza a verse en la Argentina en 1980, cuando ellos tenían 2 añitos y en la misma fecha en que la PC sale en la tapa de la revista norteamericana *Time* como «el personaje del año», siendo la primera vez en la historia de ese semanario en que un aparato y no una persona merece tal honor. Hay muchos de esos chicos de 1982 a los que les cuesta creer que hubo alguna vez solo un canal. Incluso están los que nos dicen que debió ser muy aburrido tener nada más que cinco; que no era posible que uno de ellos —el 2— necesitara una antena especial y que todos se veían con «fantasma». Hay que explicarles qué era el «fantasma».

El cable existe en el país prácticamente desde que nacieron y es lo más normal del mundo que la programación que allí vemos nos sea enviada por un satélite y sea la misma que disfrutan, en ese mismo momento, en Miami, Caracas, Bogotá, México.

Las videocaseteras siempre han existido pero no saben qué quieren decir los que, al hablar de ellas, recuerdan al formato «Beta». Como tampoco pueden comprender cómo se las arreglaban años atrás para cambiar los canales, ya que los mayores aseguran que el control remoto no es algo que existió siempre.

Cuando ellos nacían, nacía el walkman. Debe ser por eso y porque eran aún muy chiquitos que no los sorprendió tanto cuando aparecieron en el mercado los discman.

Los mayores aseguran que los patines de antes tenían cuatro ruedas como un carrito para los pies en lugar de lo lógico, tenerlas en línea recta.

No saben qué cosa era Pan American y, por lo tanto, ignoran que esa aerolínea fue la mayor del mundo, con 30.000 personas empleadas. No se conmovieron con la aparición de los teléfonos celulares, las camaritas de video para las computadoras, los DVD o las palmo Internet es lo más normal del mundo, no entienden qué puede tener de mágico que se puedan comunicar en el acto con alguien en Hong Kong o en Sydney. El correo es ese edificio grandote cercano a la Casa de Gobierno. Para escribirle a alguien está el e-mail, que llega en el momento y recibe la respuesta.

¿En qué barrio queda esa Plaza Sésamo de la que hablan algunos? Ni idea de qué era Mork y Mindy aunque conocen a Robin Williams por las comedias de cine. Alf les resulta algo conocido, tal vez sea la sigla de una vieja marca de nafta o algo así. O un mono. Eso, era un mono, creen, que trabajaba en la tele.

Muhammad Ali debe haber sido un terrorista fundamentalista tal vez nacido en Kadafi, que para ellos es la capital de un país de Oriente Medio. Así que antes se llamaba Casius Clay, ¿no te dije?, se cambió el nombre desde que se hizo terrorista.

Los chicos nacidos en 1982 vieron *Tiburón* en video y nunca sintieron aunque más no sea un pequeño temor al meterse en el mar, como sus padres cuando se estrenó la película. Eso sí: llegó la venganza con *Titanic*. No sabían qué era eso pero ahora lo

pensarán dos veces antes de subirse a cualquier cosa que flote, por más garantías de seguridad que les den.

Michael Jackson siempre ha sido blanco o como se llame ese color raro que tiene. Tom Hanks siempre se especializó en películas dramáticas como *Filadelfia*, *Forrest Gump* o *Rescatando al soldado Ryan*, parece que las comedias no fueron lo suyo. Stallone es uno que se peleaba contra cualquiera; Robert Redford es un rubio lavadito que no se sabe qué le vieron de atractivo; Héctor Alterio es un grande cuando dice «*la puta que vale la pena estar vivo*» y Norma Aleandro, una maestra cuando dice a cada rato «*qué boludo*» en *El hijo de la novia*, y vayan a contarle a otro que John Travolta se bailaba todo, qué se va a bailar con esa panza que tiene.

Muchos de ellos no saben o no se acuerdan de que haya habido guerras en Nicaragua y El Salvador. O que hayan acribillado a Somoza en Paraguay. O a Allende en Chile. Eso, siempre y cuando sepan de la existencia de Nicaragua, El Salvador, Paraguay, Chile, Somoza y Allende.

No entienden cómo alguien pudo decir «el que apuesta al dólar, pierde» y lo que menos entienden es que los adultos le hayan creído. En este punto repiten la frase de Norma Aleandro en *El hijo de la novia*.

No solo no les importa en lo más mínimo quién le disparó a J. R. sino que, de hecho, no saben quién era J. R. ni *Dinastía*, ni *Starsky y Hutch*, ni *Los profesionales*, ni *Magnum*, ni *Quincy*, ni *Miami Vice*, salvo algunos que los ven como rarezas en emisiones retro.

Los Muppets son algo, pero sin tener muy en claro qué. Abba es lo que piden los bebés cuando tienen sed y no un grupo musical.

Todo lo aquí mencionado fue éxito arrollador en lo suyo no más allá de veinticinco años atrás. Nada de la nostalgia de los 50 o los 60. Apenas veinte o veinticinco años atrás, en algunos casos menos aún.

Muy bien, toda esa gente que ignora de qué hablamos ya entró a la universidad hace dos años. Tienen 20 años y ya son un poco viejos, con sus propios olvidos. De los mayores no hablemos. Ni pensemos. El tiempo corre y nosotros con estos kilos de más, ni soñar con alcanzarlo.

...

«No es que tenga miedo de morir. Lo que ocurre es que no quiero estar allí cuando eso ocurra».

WOODY ALLEN
(Actor y director de cine)

...

¿Vieron? Por fuera tienen 20 años esplendorosos pero, sin embargo, ya gastan un pasado y muchos olvidos. Pero, como sea, a cualquier edad deberíamos aprender que el

tiempo es el gran enemigo y que nunca hay que juzgar un hecho, una persona, una edad o una situación por lo que se ve a simple vista.

Otra vez eso de que, ante algo que nos ocurre, no hay que apresurarse a la queja lastimosa ni tampoco a la alegría descontrolada. Mejor hacerse amigo de la prudencia, lo cual no quiere decir que escondamos el dolor o el festejo, sino que los mostremos con cierto pudor. Hay que mostrar las certezas solo cuando es necesario, lo mismo que hay que hacer con el dedo medio, que es lo que nos ocupa. Hasta aquí, porque ya pasamos al que le sigue.

El índice

Un dedo de primera, sin dudas, pero muy objetable en muchos aspectos. Si bien es cierto que tiene gran utilidad cotidiana, como apretar botones, marcar los números de teléfono, oprimir el botón principal del mouse de la computadora, hacerle cosquillitas a un bebé o ser uno de los tres que empuñan un lápiz, también cumple ciertas funciones censurables.

La peor es que sirve para apretar el gatillo de un arma, lo cual ni siquiera requiere análisis de ningún tipo. Pero se lo utiliza también para otras cosas que no son bonitas. Con él se señala a alguien, por lo general para acusarlo; con el mismo dedo se dice que no moviéndolo de izquierda a derecha y sin necesidad de tener que emitir una sola palabra; junto con el meñique, plegando los demás, sirve para hacer los cuernitos, algo de pésima educación, para que sepan; con la palma de la mano hacia arriba, todos los demás dedos cerrados sobre sí y flexionando a este de manera continuada, es la forma en que habitualmente un maestro llama a un alumno al que piensa reventar o cualquier autoridad llama a un subordinado jamás para algo bueno; apoyándolo sobre la sien y haciéndolo girar como si se estuviera destornillando algo, se trata a alguien de loco y enarbolándolo bien derecho mientras se lo sacude como si tuviera pegado un chicle en la punta, se lo usa también para dar reprimendas, enérgicos pero anticuados sermones o amenazas terribles.

Su mismo nombre suele ser usado para cosas generalmente desagradables: el índice de desocupación, el índice de inflación, el índice de mortalidad o porquerías por el estilo.

Sin embargo, como casi todo, el dedito índice tiene un toque glorioso, también: si se lo pone recto y solitario sobre la boca y algo de la nariz invita a callar por necesidad o por prudencia, función esta última que ha sido ignorada en muchas ocasiones no solo por un millón de políticos argentinos sino también por personajes extranjeros que hablaron de nosotros.

Terminator 3

Arnold Schwarzenegger, el famoso actor de Hollywood, es —y pocos lo saben— licenciado en Ciencias Económicas. Viéndolo tan bruto en su aspecto exterior no lo parece y, menos aún, luego de unas estúpidas declaraciones que hizo ante un preguntador argentino.

La entrevista se realizó después del 20 de diciembre de 2001 con la renuncia a la presidencia de De la Rúa y los cuatro sucesores que le siguieron. Es cierto, cinco presidentes en menos de veinte días fue vergonzoso, pero no gracioso como pretendió Schwarzenegger. El actor, ante la mención de Argentina, dijo algo así como «*Ustedes no la están pasando bien, ¿no?*»; para agregar de inmediato mientras reía de su propia gracia: «*Ustedes no terminan de aprenderse el nombre de un presidente cuando ya hay otro en el poder*». En TV se lo vio riendo y mirando a los costados después de su ingrata frase, buscando cómplices para su triste chanza, lo cual no era necesario porque el argentino que estaba *reporteándolo* no solo no defendió a su país sino que festejó a toda sonrisa el presunto chiste. No voy a mencionarlo porque estoy seguro de que ese presentador de televisión no hizo aquello de mala entraña sino porque fue sorprendido por el exabrupto del actor y no supo manejar la situación. No se puede culpar a nadie por no ser rápido o por recibir una torta en la cara y, al no saber qué hacer, reírse por no llorar. Porque lo peor es que Schwarzenegger tiene razón, cinco presidentes en tan poco tiempo es mucho, pero sería bueno que metiera la lengua en su historia y nos deje aventar en casa los trapos al sol. Hubo muertos, ¿se acuerdan? Aquí tenemos honor y nunca haríamos bromas sobre el crimen de las Torres Gemelas, sobre Vietnam, sobre el estado de alerta en que viven, sobre sus problemas raciales ni sobre nada que implique dolor o muerte. Tampoco las haríamos sobre Austria, el país natal de Schwarzenegger, de la misma manera en que fue el país natal de Adolfo Hitler. Si a otros les va mal tratamos de ayudar, porque somos gente más respetable que respetada. Lo que pasa es que tenemos fama de agrandados pero es solo eso, fama. Mientras que a Schwarzenegger le filmaron la soberbia.

...

«Es mejor callarse y parecer un idiota que abrir la boca y demostrar serlo».

MARK TWAIN
(Escritor norteamericano)

...

Elevemos el dedo medio dedicándolo al espantoso actuador (porque llamarlo actor es injusto y exagerado) y sigamos con el dedo índice, el que nos ocupa. Leímos algunos usos negativos que le damos. Pero de igual manera y reivindicándose ampliamente, es el dedo para apoyar sobre el pecho y decir «yo» cuando alguien busca culpables. Y el dedo que uno apoya en la cabeza para decirle a alguien que piense e, incluso, para decírselo a sí mismo. Y dejar de quejarnos de todo, otro mal nuestro.

Pensá, que no duele

- Si te resulta difícil dormirte esta noche y das vueltas en la cama sin sentido, pensá que hay familias que no tienen una cama para dormir.
- Si estás manejando y de repente quedás atrapado en un embotellamiento, en lugar de enojarte con todos y acercarte al infarto, pensá en cuánta gente hay en el mundo para la cual simplemente conducir un auto por un ratito sería un privilegio.
- Si tenés un mal día de trabajo, no te quejes, pensá en que hay muchos hombres que buscan algún trabajo, el que sea, desde hace meses.
- Si has tenido problemas con tu pareja, pensá en que hay muchas personas, algunas ya ancianas, que nunca han conocido el amor.
- Si tu auto se descompone en un camino desierto y te deja a cinco kilómetros del pueblo más cercano, pensá en el que está en una silla de ruedas y daría cualquier cosa por hacer esa caminata.
- Si te sentís perdido en la vida y te preguntás para qué estás en ella, de dónde venís, adónde vas, pensá que hay gente que nunca se preguntará eso porque no tienen tu cultura y tu entendimiento.
- Si te sentís bajo presión porque tenés que elegir entre dos o más cosas sabiendo que, al hacerlo, perderás las restantes, pensá en que hay mucha gente que ni siquiera sabe qué significa la palabra «elegir».
- Si por alguna razón sos víctima de gente amargada, ignorante, pequeña, insegura o torpe, pensá que las cosas podrían ser peores: vos podrías ser uno de ellos.

Quejas de bandoneón

Los nativos de esta bella tierra argentina gastamos otra costumbre que nos hace parecer eternos adolescentes, la queja. Para confirmarlo basta con repasar algunas frases de algunos tangos:

«Decí, por Dios, qué me has dado, que estoy tan cambiado, no sé más quién soy», se queja el tipo que tiene un evidente problema de identidad pero le echa la culpa a ella.

«Que el mundo fue y será una porquería ya lo sé, en el 506 y en el 2000 también», afirma el cantor en un alarde de desesperanza y de futurismo ya que el tango nace en la década de los 40.

«Y pensar que hace diez años fue mi locura, que llegué hasta la traición por su hermosura», confiesa el tipo queriendo justificar algunos penosos actos pasados en nombre del amor.

«Maldito seas Palermo, me tenés seco y enfermo, mal vestido y sin morfar», se enoja el que perdió todo en las carreras de caballos echándole la culpa al barrio donde queda el Hipódromo. De locos.

«*Pobre, mi madre querida, cuántos disgustos le he dado*», sufre el personaje, pero ya es tarde. Hay unos cuantos donde se menciona a la madre así ya que, para peor, «*queja*» rima con «*vieja*» y no es cuestión de perderse un bombón como ese.

«*Cuántas veces con un cuatro a un envido dije quiero y otra vez me fui a baraja sobrando con treinta y tres*», recuerda el hombre como metáfora que demuestra que es un pésimo jugador de truco.

«*¿Dónde estás, corazón? No oigo tu palpar*», dice el que tal vez esté empezando a tener un paro cardíaco, en lugar de usar esos segundos para pedir ayuda. Pero no, prefiere lamentarse.

«*¿Dónde hay un mango, viejo Gómez?*», pregunta quejoso el mismo que en lugar de buscar trabajo confiesa usar su tiempo en el bulín de la calle Ayacucho, en el cuartito azul o en Corrientes 348 segundo piso ascensor, donde no hay porteros ni vecinos y adentro hay cóctel de amor. O en la cartera que se pone cabrera porque no está ella, pero él la sigue usando lindo, panza arriba.

«*Al mundo le falta un tornillo*», protestaba el gigante Gardel en la década de los 30 en un tango que parece escrito hace diez minutos, aunque los que vivieron esas duras épocas dicen que comparadas con lo de hoy parecen el show de la alegría en colores.

«*Sombras nada más, entre tu vida y mi vida*», se queja un tipo posiblemente muy miope mientras otro grita «*cualquier cosa resultaste para que un hombre derecho tu maldad tomara a pecho*», tal vez hablándole a un ministro de Economía, cualquier ministro de Economía.

En definitiva y siempre en el terreno de nuestra música porteña: el primer tango cantado de la historia fue *Mi noche triste*. Triste. Ya uno se queja desde el título, nomás. Y era el primero. ¿Qué se podía esperar para todo lo que vendría?

Más allá de los tangos, es cierto que nos lamentamos más de lo prudente, pero también es cierto que nos dan motivos de sobra. En lugar de la Constitución Nacional deberíamos tener un libro de quejas. Igual, nadie le presta atención a ninguno de los dos.

Esto no es J

Cuando yo era chico y llevaba calificaciones flojitas o volvía tarde a la noche o dormía hasta el mediodía o cometía cualquiera de esos espantosos pecados de mi época que hoy harían reír a un santo, era muy común que me encararan mi mamá o mi papá con el ceño fruncido y la típica frase: «*Pero ¿qué te creés? ¿Que esto es Jauja?*» Se usaba cuando uno era medio vago y lo único que hacía era tratar de disfrutar de la vida loca, como diría Ricky Martin. En mi época adolescente, la vida loca era tomar Pomona y visitar el Parque Japonés, un gran predio de diversiones que quedaba en el lugar donde hoy está el Hotel Sheraton. Al casarme en 1973, la buena gente de Canal 13 en aquella época nos regaló la fiesta y la noche de luna de miel en ese hotel. Yo tenía ganas de preguntar en qué parte estaban los autitos chocadores, pero Rosita me hubiera encarado

con cara de enojo y me hubiera dicho: «*Pero, ¿vos qué te creés? ¿Qué esto es Jauja?*» Para entonces ya habíamos crecido, yo y mi curiosidad. Quise saber qué era eso. Y lo encontré. Jauja es una antigua ciudad peruana donde todo era plácido y fácil. Lo pasaban muy bien con poco esfuerzo. El tiempo hizo crecer el mito y, cuatrocientos años atrás, la leyenda decía que allí crecían pasteles en los árboles y había ríos de jugos muy ricos. Todo era fácil. Pero era leyenda.

Hoy me pregunto si los argentinos hemos vivido casi siempre creyendo que esto era Jauja y que los pasteles crecían en los árboles. No se rían porque creímos cosas más inverosímiles, como el austral. Fue la moneda inventada por el gobierno de Raúl Alfonsín y, durante un tiempito, vivimos la ficción de que con 0,87 centavos de austral se podía comprar un dólar. Nuestra moneda era más importante y cara que la de los Estados Unidos, imagínense. Y lo creímos. Hasta que la realidad nos pegó con un bate de béisbol en la boca. Otro ministro de Economía afirmó que «*el que apuesta al dólar pierde*». Y muchos le creyeron. Sin comentarios. En otra ocasión nos vendieron «*la revolución productiva*» en días en que había un 7% de desocupación. Y nos lo creímos. En junio del 2002 el porcentaje trepó a un 22% escalofriante. Nos contaron a gritos que con la Constitución se comía y se hacía de todo; nos dijeron a los gritos «*que venga el Principito*» en un terrible agrande ante la Guerra de Malvinas; nos invitaron a los gritos a que los sigamos, que no nos iban a defraudar; nos prometieron a los gritos que se iban a devolver los depósitos en la moneda pactada. Nos creímos cada frase, ¿cómo no vamos a tener tantas cicatrices si aquellas eran nada más que eso, frases? Todo a los gritos, siempre. Es una costumbre subdesarrollada o una manera de tratarnos como idiotas o, tal vez, los micrófonos que usan no andan bien. Vean un detalle, más allá de que les caiga bien o no Estados Unidos: los presidentes o los candidatos no dicen todo el discurso gritando ni cosa parecida; hablan con naturalidad, mirando a la cámara o a la gente y elevando solo un poco el tono de voz si desean enfatizar algo, pero sin gritar. Los discursos de nuestros gobernantes y candidatos tienen un tono mucho más parecido a los de Hitler o Stalin que a los de gente más normal. En una instancia crucial para Estados Unidos, su presidente John Kennedy dijo, sin gritar y ante millones de personas, algo tan definitivo como para que pasara a la historia: «*No pregunten qué puede hacer su país por ustedes sino lo que ustedes pueden hacer por su país*». Excelente para aplicarla hoy y aquí.

Y no solo hablan —sin gritar— los yanquis, sino prácticamente todos los gobernantes europeos contemporáneos y la mayoría de los de todo el pasado siglo XX, siempre que fueran democráticos. El primer ministro inglés Winston Churchill se dirigió a su pueblo en plena Segunda Guerra para decir, en un emotivo discurso, nada menos que: «*Solo puedo prometerles sangre, sudor y lágrimas*». Y lo dijo sin elevar el tono. Aquí anuncian la inauguración de un puente de veinte metros y lo hacen a los gritos. Se me ocurre que es un buen signo de autoritarismo, pero, como siempre, la culpa no es solo de los gobiernos sino —ya está dicho— de los que les damos de comer, nosotros. Desde otros papeles en esta obra de teatro que pasa del drama a la comedia como si nada, les seguimos el juego. En un tiempo se suponía que solamente la clase social más relegada, castigada y sufrida,

la que seguramente no va a leer este librito porque no tiene plata ni ganas, era la generadora de violencia. Sin embargo, de repente, la clase media también dejó de ser pueblo —bella palabra— para ser otra cosa.

Porque quejarse es lícito y noble, pero también nos ocurre que, a veces, nos quejamos mal. Usamos el famoso dedo índice para señalar culpables y eso está bien cuando lo merecen, pero se pone mal cuando plegamos el dedo transformando la mano en un puño. Y es mucho peor si nos contagiamos la bronca unos a otros y, sin darnos cuenta, perdemos nuestra maravillosa calidad de individuos y nos transformamos en algo sórdido.

La masa

Cuando hay una multitud enardecida, enloquecida, ciega, se hace muy difícil caminar buscando la esperanza. Los políticos que nos llevaron a este punto no son precisamente mi debilidad, pero sin embargo creo que patearlos, putearlos y romperles algo no es una gran idea. La masa no es una gran idea.

El hombre pasa a ser cosa cuando forma parte de una gran patota como es la masa humana, algo tan grato para el nazismo como para el comunismo. La masa no piensa y, tal vez, ni siquiera siente. Está grabado en video tape para siempre aquel discurso electoral de Ítalo Argentino Luder quien, desde un palco en la avenida 9 de Julio, recordó la frase de Juan Perón «el año 2000 nos encontrará unidos o dominados» y luego, acentuando el tono, afirmó que nos hallaría «dominados», cometiendo un error que le podría ocurrir a cualquiera pero, en realidad, acertando de una manera asombrosa, ya que al llegar el 2000, y hasta hoy, cada vez nos domina más el pánico. Lo que importa es que Luder gritó lo de «dominados» y el millón de personas que ocupaba la avenida más ancha estalló en otro grito de apoyo y alegría. Esto significa, ni más ni menos, que la masa no entiende un carajo lo que se le dice ni le importa entender. La masa entiende los tonos, la voz que recalca una frase o una palabra. Ahora sí, no le pidan que comprenda esa frase o esa palabra porque para eso es masa. Si quieren algunos ejemplos, bastan estos:

- Stalin fue elegido por la mayoría y lo primero que hizo fue aferrarse al poder a tal punto que el sucesor natural de Lenin, León Trotsky, debió huir y exiliarse declarándose «la oposición de izquierda», por lo cual Stalin era claramente un derechista empedernido. Estaba tan desorientado que ni siquiera sabía su nombre. No se llamaba Stalin (que significa «acero») sino Ioseve Dzhugachvili, nombre que debí repetir de la enciclopedia porque jamás lo aprenderé de memoria.

- Hitler fue elegido por voto popular y por abrumadora mayoría. No es necesario detallar lo que provocó su ascenso al poder en Alemania. Inició una guerra que dejó

alrededor de cincuenta millones de muertos de uno y otro lados.

- Remarqué un caso clave de cada extremo del arco político para no mezclar aquí ideologías y mostrar que puede pasar en las mejores familias y en los peores gobiernos. Hay muchos más casos pero el que sigue es especialmente singular: fue la masa la que decidió que Jesús fuera crucificado y Barrabás puesto en libertad. Al preguntar Poncio Pilatos a quién correspondería el indulto, el pueblo de Jerusalén, a gritos, no dudó en salvar al ladrón y condenar al Mesías. La masa.

Si uno fuera a guiarse por estas cosas de manera puntual e impulsiva, mandaría a la democracia de paseo sin boleto de vuelta, pero el asunto no es tan fácil. Los griegos remarcaban lo de «aristos» (lo mejor) y muchos proponían una aristocracia (el gobierno de los mejores) pero aquí se confunde aristocracia con oligarquía, y «los mejores» suenan como los más estirados, los de nariz levantada, los habitantes de torres de marfil, los que tienen más guita o más apellidos o cosas por el estilo. En ese caso, no sirve. De todas formas, no hay que confundir la democracia (el gobierno del pueblo) con la masa. El pueblo gobierna a través de sus representantes, tal como lo expresa la Constitución. Y la masa es otra cosa. El pueblo vota. La masa aúlla, vocifera, no escucha, ataca, pega, rompe, ruge y se deja manipular —tarde o temprano— por el cocinero de turno, que la amasará y hará con ella unos maravillosos ñoquis, que compartirá luego con sus familiares y amigos sazonando la pasta con salsa de bobo.

Es cierto que los representantes del pueblo a menudo dejan mucho que desear, pero son las reglas del juego. Uno no puede sentarse a jugar al póquer y querer hacer valer el as de espadas que es del juego de truco. Si queremos en serio una democracia tenemos que ser los primeros en respetarla. Manifestarse está bien, no todo grupo humano es una masa, por supuesto. Pegarle a alguien en la calle, por más miserable que sea el personaje, ya es cosa de patoteros y no de demócratas. No se los puede linchar, no estamos en el Lejano Oeste sino en el Lejano Sur y el resto del mundo nos ve por la tele hacer esas cosas y piensan que es una suerte que estemos tan lejanos. Una de las penas que habían inventado los del Imperio Romano consistía en declarar al tipo «muerto civil», es decir que no le hacían nada pero no le daban ni la hora, nadie lo atendía, nadie le hablaba, estaba prohibido hasta mirarlo. Era como el hombre invisible o como eso que dice Maradona cuando se enoja con alguien: «*Vos no existís*». Lo de los romanos es, también, algo violento, no lo nieguen, pero no es delictivo ni agresivo. Y en casos creo que es definitivamente justo. Pobre del que le toque vivir eso aunque solo sea por un par de meses. Se va a querer pegar un tiro en el derecho, ya sea penal, civil o lo que sea que haya infringido.

Eso es muy duro pero más civilizado. Ningún buen cristiano puede hacerle a otra persona lo que una masa le hizo a Jesús, quien aun desde su terrible agonía le pidió a Dios Padre que los perdonara, defendiéndolos con aquel notable mensaje de amor a la humanidad: «*No saben lo que hacen*». La masa comete muchos errores, siempre, por dos razones más que evidentes: las pasiones se inflaman alcanzando a todos por contagio, como un incendio en una librería y el temor al castigo o al ridículo es mucho

menor al compartirlo con los otros.

La masa en sí misma es un error. Un gran error. Y en los últimos tiempos de la Argentina se lo ha cometido muchas veces. Por favor, no. La masa es un monstruoso animal con muchas cabezas pero poco cerebro. Un animal que termina alimentándose de sangre. Y eso no. Por favor.

...

«La multitud nunca envejece ni adquiere sabiduría. Siempre permanece en el estado ignorante de la infancia».

GOETHE
(Autor alemán)

...

El pulgar

También conocido entre los amigos como «el dedo gordo», es simpático y por sobre todo indispensable. El más indispensable de todos los dedos. No se puede agarrar una taza sin él, ni empuñar el atizador del fuego en los asaditos, ni escribir a mano, ni golpear la barra espaciadora al hacerlo en un teclado, ni sostener el tubo del teléfono, ni apretar a alguien la mano al saludarlo, ni jugar al golf o tenis o paddle, ni poner la impresión digital en los documentos, ni siquiera agarrar los cubiertos para comer. Son pocas las cosas que quedan por hacer sin el pulgar: aplaudir, saludar y apretar el botón del baño, no sé qué más. Es un dedo imprescindible. Como usos específicos se puede señalar el de «hacer dedo» en el camino para que alguien nos lleve; cerrar el puño, erguir el pulgar y moverlo flexionando su codito para indicar que uno no piensa hacer lo que le piden ni por chiste; también con el puño cerrado bajarlo como signo de desaprobación o derrota y — finalmente, señoras y señores— levantarlo triunfal y recto, con el brazo algo hacia adelante y arriba, como señal inequívoca de victoria. Es el dedo del éxito. ¿Es justamente lo que buscamos los argentinos?

Claro, ustedes podrán preguntarme qué es el éxito en realidad. ¿Mucho dinero, fama, propiedades, halagos? Para algunos sí, sería irreal negarlo. Para otros no. Depende de cada uno, porque el verdadero éxito no está en desear lo que no tenemos sino en saber apreciar lo que sí hemos conseguido. Y eso es como las impresiones digitales de nuestro amado pulgar: diferente en cada uno de nosotros.

Gente exitosa

(De un e-mail reescrito)

Un día, un padre de una familia acaudalada llevó a su pequeño hijo a un viaje por el campo, con el firme propósito de que viera lo pobre que era la gente que allí vivía, que comprendiera el valor de las cosas y lo afortunados que eran ellos al tener tantas comodidades.

Durante todo un día y toda una noche estuvieron en una granja de una humilde familia campesina. Cuando regresaban a su casa, el padre le preguntó a su hijo:

—¿Qué te pareció el viaje?

—*¡Muy lindo, papi!*

—¿Viste que no todos viven como nosotros?

—*Sí... realmente lo vi.*

—Y... ¿qué te parece todo eso?

—*Vi que nosotros tenemos un perro en casa, y ellos tienen cuatro, nosotros tenemos una piscina de 25 metros y ellos tienen un río que no tiene fin, nosotros tenemos unas lámparas importadas en el patio y ellos tienen las estrellas, nuestro jardín llega hasta el borde de la casa y ellos tienen todo el horizonte. Lo que más me gustó, papi, es que ellos tienen tiempo para conversar y convivir en familia. Vos y mamá tienen que trabajar todo el tiempo y casi nunca los veo. Tenés razón, no viven como nosotros.*

Cuando terminó el relato, el padre se quedó mudo... y su hijo agregó:

—*¡Gracias, papi, por enseñarme lo ricos que podríamos llegar a ser! Vamos a portarnos bien para que Dios nos premie como a ellos...*

...

Esto es nada más que un simpático relatito, por supuesto. Es obvio que nadie quiere ser pobre, pero lo malo es cuando lo único que queremos es ser ricos.

Todos juntos, ahora

Los dedos nos han servido para hablar de muchas cosas que importan. Lo que ocurre es que cualquier cosa nos ayuda a eso, cuando queremos. La cosa es querer, aprender y tirar para adelante. Con esperanza, con fe, con amor. Y también con coraje y astucia, que ayudan mucho.

Un famoso profesor de la Facultad de Medicina de Madrid, excelente cirujano, era muy apreciado por sus alumnos por su manera de enseñarles las cosas, más allá de lo científico. Un día estaba con un grupo de sus estudiantes en el laboratorio y venía insistiendo desde temprano en que había dos cosas imprescindibles para ser un buen

médico y un buen cirujano, aunque también lo aplicaba a la vida cotidiana: tener coraje, venciendo las náuseas y suficiente poder de atención como para aprender. Los estudiantes asentían sin mayores sorpresas hasta que el profesor dijo que iba a someterlos a todos a una prueba en la práctica. Allí se interesaron más, los ojitos brillaron y aparecieron algunas leves sonrisas expectantes.

El profesor abrió un armario, sacó de allí un frasco y lo abrió. Podía verse en su interior un líquido incoloro pero maloliente, algo que daba repugnancia con solo tenerlo cerca. Todos fruncieron la cara menos el profesor, que metió uno de sus dedos en esa cosa, lo sacó y, sin dejar de sonreír a quienes lo miraban espantados, metió el dedo en su boca y lo chupó ávidamente. Hecho esto, les alargó el frasco a sus alumnos y los invitó a hacer lo mismo. Uno por uno, con creciente repugnancia, repitieron la cosa, arrugando las caras pero sin atreverse a decir que no. Al terminar, el profesor los miró a todos, sonrió y les dijo:

«Muy bien, debo felicitarlos pero también anunciarles que han cumplido solo con la mitad de la prueba. Han demostrado coraje aun venciendo la náusea, pero no demostraron prestar suficiente atención para aprender lo que oyen y lo que ven, ya que ninguno de ustedes advirtió que el dedo que chupé no fue el mismo que metí en el frasco».

...

Ahora sí, todos los deditos juntos se mueven saludándolos a ustedes con cariño pero solo hasta el capítulo que viene, adonde algunas cosas se nos estrellarán en la cara pero nos van a servir para aprender y poco a poco, unas líneas más adelante y haciendo lugar en el fondo, todo comenzará a mejorar.

Antes de seguir caminando, me he permitido escribir una oración que sé que van a compartir y sentir como propia. Lo es, se las estoy regalando porque los amo. Y lo digo muy en serio.

...

Del universo a uno

Señor, mi Dios:

Dale al universo la armonía de tus propios viejos sueños.

Dale a este mundo paz más allá de los papeles firmados.

Dale a mi América Latina educación, cultura, trabajo, todo lo serio. Lo demás, como alegría, fiesta o poesía, ya lo pone la gente.

Dale a mi patria argentina un poco de calma, algo de sonrisas, un soplo de alivio,

coraje interminable, humildad ante la victoria y también altivez ante el fracaso, pero, por favor, pase lo que pase, nunca le des resignación.

Dale a mi ciudad mucha luz, pero que solo sirva para iluminar lo que en verdad vale la pena. El resto que se lo traguen las sombras.

Dale a mi pueblo esperanzas de las de verdad, esas que jamás puedan confundirse con ilusiones.

Dale a mi barrio amigos que sonrían porque así lo sienten.

Dale a mi gente la certeza de que no la engañan los que todo tienen, ni la asaltan con violencia los que solo tienen rencores.

Dale a mi calle la sensación de ser un camino para la convivencia.

Dale a mi casa protección ante el mal, puertas abiertas ante el bien, sonidos de risa en los rincones, aroma de rosas en sus cuartos y algún lugar reservado para quien llegue cuando quiera.

Dale a mi familia comprensión por mis errores, orgullo por mis aciertos, amor por sobre todo, miradas que nos unan, caricias que nos marquen, respeto cariñoso, dignidad en la vida y en la muerte, fuerza para no entregarse, fe inquebrantable en Vos y saber callar, a veces.

No me des nada a mí. Con eso tengo todo.

6

Pasos hacia la luz

Para llegar bien a la luz, distinguirla y gozarla, es imprescindible conocer antes la oscuridad. En nuestra caminata de papel ya nos autocastigamos con algunas cosas que somos y no deberíamos ser; así como con otras que no somos y que deberíamos ser. No está mal conocernos, siempre ayuda. Y, aunque duela, también puede ser útil saber cómo nos ven afuera. El texto que sigue me fue enviado por Augusto Trepát, un querido amigo que vive en Miami porque allí tiene más posibilidades laborales y reconocimientos que aquí, a pesar de lo cual sigue añorando y amando profundamente a su país, al que seguramente volverá. El e-mail que van a leer le fue enviado a Augusto desde Italia, pero dudo de que el autor sea italiano.

Los argentinos y el profeta

(Transcripción literal)

Existió hace muchos años, un profeta; un día un grupo de personas le dijo: «Maestro, háganos de los argentinos»...

El Profeta recogió su alba túnica y dijo: *«Los argentinos están entre vosotros, pero no son como vosotros. No intentéis conocerlos, porque su alma vive en el mundo impenetrable del dualismo. Los argentinos beben en una misma copa la alegría y la amargura. Hacen música de su llanto —el tango— y se ríen de la música de otros. Los argentinos toman en serio los chistes y de todo lo serio hacen una broma. Ellos mismos no se conocen».*

Prosiguió en tono calmo diciendo: *«Nunca subestiméis a los argentinos. El brazo derecho de San Pedro se supone que es un argentino, y el mejor consejero del Demonio también. Argentina nunca ha dado ni un gran santo ni un gran hereje, pero los argentinos pontifican sobre los herejes y heretizan a todos los santos. Su espíritu es universal e irreverente. Creen en la Difunta Correa, la interpretación de los sueños y el Horóscopo, todo al mismo tiempo. Tratan a Cristo de “el flaco” y se mofan de los ritos religiosos, aunque no se pierden Tedeum ni misa alguna. No creen en nadie, pero se creen todo. No renuncian a sus ilusiones ni aprenden de las desilusiones.*

»¡No discutáis con ellos jamás! ¡Los argentinos nacen con sabiduría inmanente! ¡Saben y opinan de todo! En una mesa de café arreglan el mundo, que siempre

funciona como ellos piensan, no como es.

»Cuando los argentinos viajan, todo lo comparan con Buenos Aires. Los argentinos son “El pueblo elegido”... por ellos mismos. Se pasean entre los demás pueblos como el espíritu sobre las aguas: ¡sin absorber nada de ellos!

»Individualmente, se caracterizan por su simpatía e inteligencia, pero en grupo son insoportables por su griterío y apasionamiento.

»Cada uno lleva en sí la chispa del genio, aunque los genios, ya se sabe, no se llevan bien entre ellos. Por eso, reunir a los argentinos es muy fácil, pero unirlos es imposible. Un argentino es capaz de lograr todo en este mundo, menos conseguir el aplauso de otros argentinos. La envidia es una enfermedad genéticamente arraigada en estos sudamericanos incurables.

»No les habléis de la lógica. La lógica implica razonamiento y medida. Los argentinos son hiperbólicos y desmesurados. Si os invitan a comer, no os invitan a una comida sino “a morfar la mejor comida del mundo”... Cuando discuten no dicen: “No estoy de acuerdo con usted”, sino “usted está total y absolutamente equivocado”. Tienen una gran tendencia antropofágica: “Se la tragó” significa haber sobrepasado o aventajado a otro. Muchísimas otras de sus referencias son igualmente gastronómicas. Para referirse a una mujer bien dotada, suelen decir que es un budín. Si las cosas salen bien con ella, dicen que se morfaron una mina riquísima, y si en una fiesta alguien cuenta buenos chistes, se hicieron el plato.

»Aman tanto la contradicción que llaman “bárbara” a una mujer linda, a un erudito lo bautizan “bestia” y a un mero futbolista “genio”. Cuando acceden a hacer un favor no dicen “sí”, sino “cómo no”».

El Profeta hizo una larga pausa y continuó: «Son el único pueblo del mundo que comienza sus frases con la palabra “No”. Cuando alguien les agradece por algo, dicen: “No, de nada”, o simplemente “No” con una sonrisa.

»Los argentinos, además, tienen dos problemas para cada solución. Pero intuyen las soluciones a todo problema. Cuando estuve la última vez en Buenos Aires me admiró que cualquier argentino dijera que sabía cómo pagar la deuda externa, enderezar a los militares, aconsejar al resto de América Latina, eliminar el hambre en África y enseñar economía en los Estados Unidos.

»Cuando quise predicar mis ideas, empezaron por enseñarme cómo tenía que hacer para llegar a ser un buen predicador. Se asombran de que los demás no vean qué sencillas son sus recetas y no entienden por qué el mundo no les hace caso».

El Profeta adoptó un tono solemne y añadió: «Los argentinos también eligen cuidadosamente metáforas para referirse a lo común con palabras no comunes. Por ejemplo, a un aumento de tarifas lo llaman: “rebalanceo de ingresos”, a un incremento de impuestos: “modificación de la base imponible”, y a una devaluación del peso: “una variación en la relación cambiaria”. Un plan económico es siempre “un plan de ajuste”, lo que daría a entender que en la economía argentina ya no quedan tornillos por apretar. A una operación financiera de especulación la llaman con el inocente nombre de “bicicleta”. Todo argentino que se precie ha pedaleado alguna vez.

»Viven, como dijo el filósofo Ortega y Gasset, una permanente disociación entre la imagen que tienen de sí mismos y la realidad. Jamás se miran al espejo para verse bien como son. Tienen un porcentaje altísimo de psiquiatras y psicólogos y se ufanan de estar siempre al tanto de la última terapia de moda. Poseen un tremendo superego, pero no toleran que se lo mencione.

»Tienen un espantoso temor al ridículo, pero se describen a sí mismos como liberados y pertenecientes al llamado “Primer Mundo”. Son convencionales y prejuiciosos, pero creen ser amplios, generosos y tolerantes.

»Son racistas al punto de hablar de los “negros de mierda” y se jactan, erróneamente, de no tener indios en su territorio. Espejo e imagen, concentran en ellos mismos el terrible choque entre la fantasía y la realidad».

Había llegado la nave al muelle. Alrededor del Profeta arremolinábase una multitud dolorida que había acudido a despedirlo en su largo viaje a la remota Argentina, lugar al que debía ahora regresar.

El Profeta quiso hablar, pero la emoción, como a Carlos Gardel, le embargaba la voz. Hubo un minuto de largo y conmovedor silencio, hasta que de repente se oyó una apreciación del timonel del buque que decía:

«Vamo, che, decidite y a ver si subí, que estoy apurado».

El Profeta, recordando aquellos inefables conductores de autobuses de Buenos Aires que se llaman «colectiveros», hizo un gesto de resignación y lentamente subió al pequeño barco y desde allí saludó a sus fieles por última vez.

«El timonel, ARGENTINO HASTA LA MUERTE, lo miró con indiferencia y puso proa al horizonte».

AUTOR ANÓNIMO

...

Ay, cómo duele esto, santo cielo. Tal vez algunas de esas cosas duelan por estar muy cercanas a la verdad y otras por estar exageradas, pero lo real es que duele. Insisto en mis dudas con respecto a la autoría: si bien mi amigo lo recibió de Italia, en esto de los e-mails sabe Dios dónde se originó y las veces que rebotó en uno y otro lugar hasta llegar a nosotros. Por el tono y cierto conocimiento de lo peor de nuestra idiosincrasia, estaría inclinado a pensar que lo escribió uno de los nuestros, un compatriota harto que llora mientras grita.

Por eso, además, duele.

Casi duele tanto como esa nenita que en la televisión española revoleaba los ojos y los rulos al decir frente al micrófono que participaba en esa colecta para la Argentina porque «*allí los niños no tienen nada para comer*».

Duele casi tanto como cuando el presidente Batlle, de Uruguay, sin saber que lo estaban grabando en ese momento, vociferó ante periodistas de la cadena norteamericana

Bloomberg que los argentinos éramos «*una manga de ladrones*». Ese desaforado no expresaba de ninguna manera lo que siente todo el pueblo uruguayo, ya que muchos de sus compatriotas se mostraron públicamente en desacuerdo con esa barbaridad que no dejaba a ningún argentino afuera. Incluso el mismo Batlle viajó a la Argentina a disculparse y llorar frente a las cámaras de televisión, pero el daño estaba hecho y se había visto en todo el mundo. Las lágrimas de cocodrilo no limpian manchas como esa.

Y me niego a escribir otras cosas como los chistes que se hacen sobre nosotros en el resto de América porque me avergüenzan y no son justos.

Por supuesto que en la Argentina hay ladrones, corruptos, soberbios, estafadores, agrandados y el resto de los etcéteras, pero de ninguna manera es así el pueblo entero. Generalizar de esa manera es algo mucho peor que una estupidez, es una injusticia. Los argentinos que no son nada de eso luchan contra los que sí lo son y no merecen ser confundidos. La buena gente que hay en la Argentina es absolutamente mayoritaria y por supuesto es la primera en pagar en forma directa las inmoralidades y delitos de los que son mala gente, una minoría. Además, deben soportar ser metidos por algunos en la misma bolsa que los villanos. Mucho peso, hermano, mucha carga. Hoy, ser argentino es un honor con culpas. Culpas de otros, por lo general. Pero sigue siendo un honor, mundo; sigue siendo un orgullo, planeta; sigue siendo una pasión, gentes de donde sea. Y no precisamente por soberbia sino por amor.

Lo que nos denigra son, para nosotros, las tinieblas, la pesadilla. Acabamos de partir de esa oscuridad, entonces, para buscar ahora la luz. Vamos, fuerza, sigamos caminando, que si pasaron sin grandes daños por lo que va de este capítulo, lo que viene ahora sirve para recuperar fuerzas.

El mundo en que vivimos

Nadie va a negar que los últimos años de la Argentina han sido para la antología del asco, pero el resto del mundo no fue un paraíso mientras tanto.

Gran parte de América Latina sufrió y sufre cosas peores, muerte y sangre.

Y el mundo se estremeció con guerras interminables, atentados imposibles de digerir como el de Nueva York, pánico, tanques en las calles, gobiernos depuestos, el poder de la droga, hambre, escuadrones de la muerte, impiedad y locura.

Una de las zonas del mundo más alteradas por el olor a pólvora y el color de la sangre es Medio Oriente. Allí hay un promedio de unos catorce muertos por día en atentados, tiroteos, ataques en zonas conflictivas, bombas amarradas al cuerpo de mujeres o niños suicidas que las hacen estallar en bares o estaciones públicas repletas de civiles inocentes.

No quiero imaginar qué dirían y harían de nosotros si tuviéramos la desgracia de vivir

algo así, pero más allá de eso, que es solo una pequeña y tonta reflexión, en Medio Oriente se respira miedo en serio pero, sin embargo, ellos siguen haciendo lo de todos los días, aun cuando lo de todos los días sea también matar o morir. Eso es un infierno y no otra cosa. Para que tengamos idea de solo un poco de esa atrocidad, voy a reproducir fragmentos de relatos contados por católicos que vivieron esos días de mayo de 2002, en los que grupos palestinos se refugiaron en el templo que protege en Belén el lugar exacto donde nació Jesús y fuerzas israelíes tirotearon el sitio. Ambos estaban y actuaron fuera de lugar. Literalmente.

Lo que sigue me fue enviado por una querida lectora, Nerea Argüero de López Iñigo, a quien mucho le agradezco. Más que nada, porque lo que leerán es la carta de una monjita que no solo cuenta cómo quedó el templo después de la invasión de los palestinos y los ataques de los israelíes, sino que, sobre todo, enseña qué se hace ante algo tan feroz. Cierren los ojos e imaginen por un instante que ustedes están custodiando nada menos que el lugar donde nació Nuestro Señor Jesucristo y que, de pronto, grupos extraños van ocupando el sitio y, luego, otros grupos armados enemigos de los primeros, rodean el lugar y comienzan a disparar.

No es consuelo para lo que vivimos los argentinos esto de mostrar algo mucho peor. Es una manera de señalar que se puede salir de cualquier laberinto si uno sabe elegir el camino.

El texto que sigue está respetado palabra por palabra. El encabezado está dirigido a un sacerdote argentino y firmado por una monjita también argentina. Desde Belén han querido difundirlo por la paz. Como ejemplo.

Carta desde la fe

Padre Rossi: Por favor mande esta crónica a todas las casas. Muchas gracias.

MADRE CIELO

Tierra Santa, 18 de mayo 2002

Queridos todos en el Verbo Encarnado:

«Alhamdu lilah», «nushkur Alla» son expresiones que utilizan los árabes, tanto cristianos como musulmanes para agradecer a Dios por algo. Cuando uno pregunta a alguien cómo está, basta solo decir esa expresión para saber que está bien.

En estos últimos días en que hemos estado visitando familias que de una forma o de otra han pasado momentos muy difíciles por el asedio realizado por el ejército israelí a la ciudad de Belén y sus alrededores, lo hemos escuchado con mucha frecuencia; «Gracias a Dios» teníamos para comer, «gracias a Dios» no nos pasó nada malo, «gracias a Dios»

todo terminó.

Hemos escuchado diferentes relatos: algunos no tenían alimentos y no podían salir de sus casas en ningún momento por el estado de sitio, otros comentaban cómo el ejército israelí había entrado en sus casas buscando sospechosos o solo para controlar, otros tenían enfermos en la casa y no podían llevarlos al hospital, o estaban sin luz y sin teléfono, etcétera.

Todos estos testimonios, muchos de ellos de gente muy cercana a nosotras, nos impresionaron. Más allá de lo que les hubiera pasado, no dejaban de agradecerle a Dios que los hubiese protegido, y pensaban en aquellos que estuvieron en situaciones peores que ellos.

Pero sin lugar a duda, el dolor más grande que tenían todos, era por todo lo sucedido en la Basílica de la Natividad.

El sábado 11 de mayo por la mañana ya había empezado a llegar gente a la Basílica, algunos de ellos para ayudar a limpiar ya que las condiciones en las que se encontraba esta eran deplorables.

El domingo fue la Misa de Acción de Gracias por la restitución del culto a la Basílica, presidida por el cardenal Etchegaray. La Iglesia se encontraba llena, era una alegría muy grande el poder estar ahí nuevamente y a la vez un dolor también muy grande de ver cómo había quedado la Iglesia que alberga la gruta donde nuestro Señor Jesucristo nació.

Nosotras fuimos el miércoles para tener la Misa en la gruta. En la puerta de entrada de la Basílica, que obliga al que entra por ahí a agacharse por lo pequeña que es, se pueden ver dos impactos de balas, otros se pueden observar también en las piedras que rodean la puerta.

Una vez adentro, vimos las paredes manchadas con cigarrillos, nombres escritos en la pared, y el tizne del fuego donde cocinaban que había ensuciado la pared y también el piso.

Por encima de las grandes columnas se encuentran algunos fragmentos de los antiguos mosaicos que decoraban los muros de la nave central y el transepto, también estos tienen varios impactos de balas.

Propiamente en la gruta no pasó nada. Tampoco en la Iglesia de Santa Catalina que tienen a cargo los franciscanos, solo hubo vidrios rotos; pero no sucedió lo mismo con el claustro de entrada, llamado de «San Jerónimo», ni con una de las habitaciones que se utilizan en la parroquia para distintos eventos, esta está totalmente quemada y nada se puede recuperar. Se perdió una pintura muy antigua y los tubos del órgano nuevo que estaban instalando en el Coro de la Iglesia de Santa Catalina. En muchas de las piedras que rodean el claustro se notan las huellas de balas.

Justo enfrente de la habitación quemada, y encima de la iglesia se halla una imagen blanca grande y muy bonita de la Virgen, lamentablemente también ella tiene impactos de balas que al ser blanca contrasta con el color negro de la pólvora.

Al verla, da toda la sensación de haber preferido recibir Ella los tiros en su imagen, protegiendo así a sus hijos franciscanos.

Gracias a uno de los trabajadores pudimos pasar al piso superior donde se produjo el

incendio.

El primer cuadro que se ve subiendo la escalera, es de la Virgen de los Remedios, la imagen no fue tocada, solo tacharon la dedicatoria porque estaba escrito el nombre Israel, en las paredes, todo tipo de escrituras en árabe y en inglés y dibujadas banderas palestinas.

Finalmente llegamos a la habitación dañada. Desde el gran ventanal que apenas quedan algunos metales se ve la imagen de la Virgen sobre la iglesia, testigo de todos los acontecimientos.

Aprovechamos a rezar el rosario caminando por el claustro que días anteriores había sido refugio de los palestinos.

En el mismo lugar en el que nació el Rey de la Paz, podrán verse por mucho tiempo, las huellas de los enfrentamientos entre israelíes y palestinos. Como dijo el Papa Juan Pablo II antes del rezo del Regina Coeli el 21 de mayo: *«Son imágenes que tienen más fuerza que cualquier otro llamamiento y llevan a intentarlo todo, a todos los niveles, para que aquella Tierra, bendita por Dios, salga cuanto antes del torbellino del odio y de la violencia» y «¡Que israelíes y palestinos puedan aprender a vivir juntos y la Tierra Santa vuelva a ser finalmente Tierra Sagrada, Tierra de paz!».*

La mezquita que está enfrente de la Basílica también tiene un sector quemado, el negocio de abajo totalmente destruido, y en todo el camino de regreso hasta donde debíamos tomar el taxi para ir a nuestra casa, podíamos ver los negocios con las vidrieras rotas, puertas con balas, huellas de tanques en las veredas y autos aplastados.

Es mucho lo que se puede hacer para apoyar a todo este pueblo que está sufriendo los horrores de una guerra sin sentido.

El Santo Padre en el rezo del Regina Coeli del domingo 12 de mayo alentó «a la población de Belén y de los alrededores» «a reemprender el camino con fe y esperanza en Dios, que en su tierra se hizo tan cercano al hombre».

Y este es el mensaje que nosotros queremos transmitirles a los cristianos. Por eso hemos intensificado las visitas de casas llevando la imagen de la Virgen de Fátima y rezando con ellos el rosario, pidiendo especialmente por una paz estable para Tierra Santa.

Nos encomendamos a las oraciones de ustedes para poder ayudar a tanta gente que lo necesita.

En Cristo y María Santísima,
Hna. María de Roncesvalles

...

La monjita firma con su nombre laico, algo poco común. Se me ocurre que eligió dar la cara como ciudadana del mundo además de hacerlo como religiosa. Envidiable tanta fuerza, tanta fe, tanta esperanza.

Y el ejemplo es claro: lo irremediable ya pasó, hemos vivido algo feroz, pero no solucionamos nada con quejarnos; hay que ayudar a los que más lo necesitan, rezar y pedir que recen por nosotros. A algunos les puede sonar tonto, cosa de viejas, esto de rezar como solución. Los que eso piensen no han entendido nada. Debería mandarlos al carajo porque soy laico, independiente y bocasucia, pero no lo hago para no manchar el relato anterior y para frenar mi ira ante ciertos racionalistas e intelectualesos que tienen derecho a pensar lo que se les antoje, pero no despreciar lo que otros sienten. Son lastres del alma.

Los que sí entendieron que rezar sirve, benditos sean. Recemos juntos por los pueblos de Medio Oriente que viven ese infierno, por nosotros, los argentinos que tenemos el propio e incluso por los que yo mandé a sitios alejados. A veces me caliento un poco, en especial con estos temas. Después me enfrió, releo lo escrito y decido dejarlo porque no quiero ser el asesino de mis propias emociones. Así lo sentí, así queda. Sepan disculparme. Mi justificación de siempre es bíblica: «*A los tibios los vomitaré*», dijo el Señor.

Marta y Elsa

(Un hecho real)

Se llama pordioseros a los que piden por Dios, de allí el nombre. En ese sentido, Marta no es exactamente una pordiosera. No pide, pregunta si hay algo para ella. Puede tener entre 40 y 900 años, deambula por el barrio desde hace mucho, fatigando las cuatro estaciones, sentándose en la vereda con los climas templados y buscando un hueco en algún umbral durante el invierno. Viste una sucesión de harapos oscuros superpuestos de tal manera que se la puede comparar con una cebolla negra, con esas ropas como capas que llegan hasta el centro, el mismo corazón. Tiene su carácter, no vayan a creer. No molesta a nadie y nadie la molesta. Ya hace rato que no solo estamos habituados a ella sino que, además, todos en el barrio le alcanzamos ropas o comida. Alguna vez la llevaron a un asilo pero al poco tiempo se escapó y volvió a su zona, esas veredas que son más de ella que nuestras. Muchas veces me pregunté cómo llegó a eso pero Marta está muy lejos de charlar sobre el tema. Es hosca, a veces hostil, desconfiada con los que no conoce bien, mantiene un cierto orgullo y no quiere saber nada con intentar otra vida o aceptar más ayuda que la que todos le damos. Habla muy poco, sin embargo un breve diálogo sirve para que aparezca en estas páginas con una lección inolvidable.

Elsita es una amiga nuestra que nos ayuda con las cosas de la casa. Es buena como una brisa y solidaria hasta la exasperación. Necesita ayudar así como el resto del mundo

necesita respirar. Por supuesto, se lleva muy bien con Marta. En junio del 2002 ocurrió este diálogo entre ellas, en la vereda de casa:

— *¿Tenés diarios viejos?*

Elsa entró y salió en un momento con varios diarios que Marta usaría para envolver algo, para taparse, para abrigarse extendiéndolo bajo sus ropas o para lo que se le ocurriera. Antes de eso les dio una ojeada y se detuvo en una primera plana, que mostraba en títulos y fotos llenas de muerte el desastre provocado por una bomba en un bar de Jerusalén.

—Qué barbaridad —dijo nuestra amiga Elsita, que se había inclinado un poco para ver qué le había llamado la atención a la otra.

—*Qué porquería* —dijo Marta con su voz de pájaro afónico y frunciendo el entrecejo. Ella, con esa vida de revolver basura y espantar gatos, esa vida miserable y oscura, esa noche eterna, esos fríos implacables que no la doblegan, esas camas de baldosa con sábanas de periódico, esa soledad cruel, ese pensar en nada o en todo. Se acomodó en la vereda donde se había sentado, apoyó su espalda de cebolla negra en el portón del garaje, protegió con su costado la bolsa de nailon con comida que había sacado de la basura de la cuadra, tosió con aspereza, movió la cabeza lentamente y —sin dejar de mirar el diario— cerró la escena con una frase que transforma a este relato en una anécdota:

—*Yo no sé de qué nos quejamos, nosotros...*

...

La luz comienza a crecer. La llama se agita por el viento, todavía, pero crecerá. Ya verán. Lo que sigue es un texto publicado por el diario *El País*, un notable periódico español. Fue escrito y publicado pocos días antes del nacimiento de lo que dimos en llamar «corralito», es decir la retención de los depósitos de todos los ciudadanos y empresas de nuestro territorio.

El autor de lo que van a leer es un hombre sumamente prestigioso en todo el mundo: fue presidente del gobierno español desde 1982 hasta 1996 y presidente de la Unión Europea en dos ocasiones. Su nombre es Felipe González, pero en su país y el nuestro lo llamamos afectuosamente Felipillo.

Es socialista. Europeo, claro. Lean bien, por favor, ubicándose en los primeros días de diciembre del 2001, con Fernando de la Rúa aún en la presidencia y un dólar igual a un peso, pero con el país lleno de moretones y un futuro negro que Felipillo advierte no por ser adivino sino inteligente. Aún en medio de esos oscuros pronósticos, verán con qué cariño y respeto habla de nuestra patria. Sería perfecto imitarlo.

Argentina, tocando fondo

Por Felipe González

La primavera argentina estalla indiferente a la crisis. Buenos Aires, la ciudad más bella de América, luce bajo un sol suave sin que parezca amenazada por la agónica sucesión de malas noticias. Un poco más al sur, siguiendo la línea del Atlántico, la costa galana me ofrece un deslumbrante amanecer sobre la bahía de Mar del Plata, abrazada por construcciones del más sofisticado Primer Mundo, que impide pensar en el agobio y la desesperanza que se expresan por doquier, en cada cenáculo, en cada conversación. Y La Bombonera ruge en el homenaje a Maradona, mientras en Washington el mundo financiero escucha el último plan de ajuste, de reestructuración, carente del consenso que le dé fuerza.

Por primera vez siento reparo para expresar lo que pienso, recordando la visita del 91, en medio de un cambio precipitado de magistratura, pero... ¡al fin!, entrega de un presidente civil a otro civil; inmersos en una superinflación que separó a los argentinos de la confianza en su moneda y que, una década más tarde, hace inimaginable que flote, amarrada al dólar como un ancla de seguridad contra ellos mismos.

Y, sin embargo, termino por decirlo, en privado y en foros más abiertos. El problema, creo, no es económico, a pesar de la profundidad y gravedad de la crisis económica, social y financiera, acelerada dramáticamente por los acontecimientos del 11 de septiembre. El problema es, como era —¿desde hace cuántas décadas?—, político. Mejor dicho: Político con mayúsculas. Y seguirá siéndolo hasta que se defina el espacio público compartido, la república, como proyecto de todos para el siglo XXI, para encarar la era del conocimiento. El problema es de consenso básico, constitutivo, que decida que con «las cosas de comer» no se juega.

Ningún país que aspire a ser grande, que aspire a la centralidad puede permitirse hacerlo. Todos han decidido cuáles son esas cosas, y han resuelto compartirlas por encima de las alternancias normales, más allá de las diferencias entre patronos y trabajadores, arropados por una «inteligencia» que las protege descalificando a los que las cuestionan.

Argentinos y argentinas, brillantes como pocos, tienen una capacidad increíble para el análisis, para el diagnóstico, aunque en momentos como el actual, incluso en ese terreno, hay desconcierto. Esa capacidad solo es superada por la que la acompaña pegajosamente: señalar al otro, interno o externo, como culpable de que no haya una terapia curativa, que siempre se espera milagrosa, providencial. Pero más que un problema de culpa, existe uno de responsabilidad, de hacerse cargo de ese gran país. Cada uno desde la suya, desde la que le toca como actor en ese espacio público compartido que sigue sin definir con nitidez.

Con la mayor brevedad, urgidos por la necesidad del presidente de emprender viaje anticipado a Estados Unidos, expreso, en la cena ofrecida a los miembros del Foro Iberoamericano y a invitados relevantes de la República Argentina, la solidaridad de todos y la gratitud por su atención. A continuación, con respeto contenido por ese gran país, desgrano lo que pienso. Podemos contar con los dedos de una mano —y seguramente nos sobran— los países del mundo que pueden cambiar su destino histórico en una década de buen proyecto compartido, consensuado entre todos los actores

relevantes: políticos, económicos, sociales y culturales. La década que pasó y no fue, o la que viene, que podría, que debería ser.

Otros muchos países están condenados a una marginalidad interminable, sin horizonte de salida, como ocurre en gran parte del África subsahariana y en rincones superpoblados de Asia. Incluso entre los emergentes, incluidos los más grandes de América Latina, que más allá de las crisis financieras y los programas de ajuste tienen expectativas claras de futuro, la mayoría necesitarán dos o tres veces el tiempo argentino para conseguir la centralidad que buscan.

Argentina puede hacerlo en una década. No por lo que fue, sino por las condiciones para ser ahora y en el futuro inmediato. Pero no sirven los pactos al borde del precipicio en el que nadie quiere caer, cuyo objetivo es dar varios pasos atrás para no verlo tan cerca, sin cambiar la dirección de la ruta a seguir. El voto bronca, como diría Sanguinetti, no cuestiona solo, ni principalmente, al gobierno de turno, sino a la totalidad de los actores políticos, porque expresa una desconfianza en las fórmulas que se ofrecen sobre el tapete como alternativas.

La sutileza en la percepción del ciudadano, a pesar de compartir la incertidumbre de todos los responsables, está en eso. Apunta a que no es un simple cambio de gobierno, de mayoría, lo que necesita la Argentina, sino un proyecto compartido, un gran acuerdo nacional, cuasi constitutivo de una nueva Argentina que incorpore lo mejor de que fue, pero sin anclarse en glorias pasadas, sin paralizarse mirando estatuas de sal.

Sanguinetti es un hombre respetado y querido en la Argentina, pero en estos meses, un artículo breve y preciso, publicado en *El País* el pasado julio, ha producido el efecto de la verdad revelada, de la luz en la niebla del debate. «Argentina, ¿fue o es?» se esgrime en todas las conversaciones relevantes. Comentaba en esa tribuna el dos veces presidente uruguayo, con su peculiar brillantez: «Alguna vez alguien dijo que los países podían clasificarse en cuatro categorías: primero, los desarrollados; luego, los subdesarrollados; tercero, Japón, que no puede explicarse que sea desarrollado, y, finalmente, la Argentina, que nadie puede explicar cómo es subdesarrollado».

Siento por la Argentina, como por México en la otra punta del mapa de Iberoamérica, una pasión irracional, una especie de fascinación que, a veces, me pierde por inoportuno, porque me lleva a compartir sus propios debates, a confundirme con sus destinos, sin nada que me avale en mi condición de extranjero. Me siento bien cuando me llaman Felipillo en las calles de Buenos Aires, porque me parece familiar, próximo, sin barreras. Por eso, en esta visita tendía a contenerme, temeroso de ser mal interpretado y de perder ese privilegio de la familiaridad. Al tiempo, siento que el silencio puede ser traición a ese regalo de proximidad, y esto me parece más grave que la inoportunidad de opinar sobre lo que, con razón, pueden decir que no me concierne.

Y después del 11 de septiembre oigo decir que la posición de Argentina empeora porque pierde relevancia ante la prioridad absoluta de los Estados Unidos: la seguridad y, por tanto, la defensa contra la amenaza del terrorismo internacional. No acepto la profecía que tiende a autocumplirse. No acepto que no se sea relevante porque no constituye una amenaza. Si la Argentina no es parte de ese problema —aunque ha

sufrido este terrorismo internacional en sus carnes hace muy poco—, sí es parte de la solución para una comunidad internacional de paz y de prosperidad.

En la cena con el presidente De la Rúa, cuando partía —entre otros menesteres, para asistir a la Asamblea General de las Naciones Unidas, marcada este año por la terrible vecindad de las Torres Gemelas— imaginé que en este encuentro de la ONU se hablaría de la necesaria coalición internacional para combatir la amenaza del terror que nos afecta a todos, pero también de una coalición que plantee los nuevos paradigmas de un orden mundial basado en la convergencia de intereses y valores compartidos. Una nueva conciencia de la interdependencia de la sociedad de la información, que impida que lo ajeno nos sea extraño, menos aún despreciable, para el bien y para el mal. Un orden internacional incluyente de pueblos hoy marginados, o sometidos a la tiranía política o la desesperanza de la miseria.

De todas las grandes crisis del siglo XX se ha salido combatiendo las amenazas contra la libertad, pero, al tiempo, proponiendo fórmulas para superar las condiciones que hicieron posibles esas amenazas. Así ocurrió con la Primera Guerra Mundial y con la Segunda. Así ocurrió incluso con la crisis del Golfo, en Oriente Próximo.

De esta primera crisis global del nuevo siglo necesitamos salir, enfrentando la amenaza del terrorismo internacional y sentando las bases de un nuevo orden internacional.

...

El burro y el pozo

Un burro estaba cansado de trabajar tanto y se había puesto indolente, abúlico y distraído. No bajaba los brazos solo porque los burros no tienen brazos, pero dejó sus patas allí abajo arrastrándolas por el campito de su dueña como si cada paso fuera una hazaña. Tan tonto estaba que cayó varias veces a un pozo que tenía un metro y medio de profundidad. En cada una de esas ocasiones, la campesina llegaba pacientemente hasta allí y con gran esfuerzo, tirando de una cuerda, lo sacaba para dejarlo deambular como siempre. Un día el burro volvió a caer al pozo, pero esta vez la campesina decidió dejarlo. Pensó que ya estaba cansada de él, que era un inútil y que, además, había que tapar ese pozo de una vez por todas. Llamó a algunos peones para que la ayudaran y entre todos comenzaron a palear tierra dentro del pozo. El burro, allá abajo, olvidó su abulia por completo y comenzó a rebuznar horriblemente, pero los otros seguían mandando tierra que le caía encima y, tarde o temprano, lo sepultaría. De pronto dejó de llorar. Los de arriba seguían trabajando con la pala pero sin escuchar ya más nada desde lo profundo de la tierra. La campesina supuso que ya lo habrían tapado y se asomó al pozo para comprobarlo. Su sorpresa fue grande. El burro, que ya no lloraba, recibía las paladas de tierra sobre su lomo, sacudía esa tierra y dejaba que el pozo se llenara de ella.

De esa manera pronto estaría afuera. Cada palada lo acercaba más al borde del pozo y a la libertad. Y así fue. Feliz por el ingenio del animal, la campesina lo dejó salir y el burro vivió muchos años más. Y mucho mejor, ahora que supo pelear por su vida y ganar, ahora que había recuperado el ánimo.

...

Las moralejas de este relatito son obvias: si nos dejamos ganar por el desánimo, corremos el riesgo de hartar a los que nos rodean; si la vida nos tira paladas de tierra (o de cosas peores), de nada sirve ponerse a llorar; si nos sacudimos la tierra y nos mantenemos en pie, es muy posible que esa misma tierra nos sirva para apoyarnos en ella y salir del pozo.

Siempre están también los que ayudan desde afuera y con todo.

Lo que sigue es imperdible y es, también, ya no la luz titilante de una vela que lucha por no apagarse sino una suerte de reflector que señala el camino. Felipe González nos dio ánimo y caricias desde un intelecto político de primer nivel. A quien leerán ahora es un huracán de esperanza y nos apoya también desde el exterior y desde lo emocional, con el corazón.

John C. Broome tiene 58 años y es un personaje encantador que vive en Fresno, California, Estados Unidos. Es empresario de bienes raíces, asesor de emprendimientos en varios rubros, dueño de una mina de oro en Nevada y abogado, aunque no ejerce la profesión. Viajó a la Argentina en el 2001 y estuvo aquí menos de un mes, lo suficiente para que un hombre de su percepción captara que aquí las cosas estaban mal pero que había valores que los mismos argentinos no advertíamos, cegados por la bronca y los problemas. Esto ocurrió meses antes del corralito, los cinco presidentes, la devaluación y toda esa bolsa de despropósitos. Igualmente la estábamos pasando mal y se olía el desánimo tal como lo olió Felipillo. Tal vez por eso John Broome, que volvió a su país enamorado del nuestro, escribió un poema que envió al *Buenos Aires Herald*, que luego fue publicado ya en español por el prestigioso *La Nación* y que, finalmente, salió en un recuadro destacado del poderoso *New York Times*, periódico donde John Broome se da el gusto de escribir como *free lance* de cuando en cuando.

El texto es el que sigue. Por supuesto, completo e intacto.

¡Despierta, argentina!

Por John C. Broome

¡¡DESPIÉRTATE, ARGENTINA!! Mira tu ciudad con sus empedrados, sus hermosos bulevares, sus enormes parques con impresionantes esculturas, y sus grandes edificios milla tras milla. Es la rival de cualquier ciudad del mundo. Mira la vasta

expansión de tus maravillosos campos. Tus hombres son guapos y amistosos y tienen verdadera gracia. Tus mujeres son las bellezas del mundo y tienen clase propia. Tus vinos, tus carnes, tus artículos de cuero, tus granos, son todos de primera calidad. Tus jugadores de polo y de fútbol establecen estándares para todos los demás. Tu historia y tu cultura debieran ser estudiadas por toda la gente del mundo para convertirse en parámetro de las propias.

¡¡DESPIÉRTATE, ARGENTINA!! ¿Dónde está tu autoestima? ¿Adónde se ha ido? ¿Dónde están las multitudes de turistas participando de lo que tienes para ofrecer y dejando su dinero para fortalecer tu economía? Ellos están por todas partes. ¿Por qué no en la Argentina? ¿Dónde están tu vino, tus carnes y tus productos de cuero en los Estados Unidos y en otros mercados del mundo? No los encuentro. ¿Chilenos? ¡¡Sí!! ¿Argentinos? ¡¡No!! ¿Por qué?

¡¡DESPIÉRTATE, ARGENTINA!! Promociónate a ti misma y lo que tengas para ofrecer. Sé próspera, como lo has sido en el pasado. Limpia tus calles, borra tus grafitis. Muéstrales a tus visitantes y a ti misma lo que realmente eres. Porque eres mejor que esa basura. Quien teniendo un cargo público acepta coimas o roba dinero recaudado con fondos públicos, es un ladrón común. Encácelalo. Él está destruyendo tu economía y tu orgullo como nación.

¡¡DESPIÉRTATE, ARGENTINA!! Eres mejor que la corrupción de una república bananera. Acabo de tener el privilegio de una extensa estadía en tu país. Amo a la Argentina. Amo a los argentinos.

¡¡DESPIÉRTATE, ARGENTINA!! Comparte con el mundo lo que eres. Comparte lo que has compartido conmigo. Eres el secreto mejor guardado en este planeta!!

¡¡DESPIÉRTATE, ARGENTINA!! ¡¡POR FAVOR!!

...

Solo con eso ya tenemos mucho que agradecer a nuestro nuevo amigo Juan, pero la cosa no terminó allí. Recibió tantas cartas y tantos e-mails que decidió reunirlos y escribir un libro basado en esos emocionantes testimonios de agradecimiento. Esas *Cartas desde Argentina* no se quejaban, no eran furiosas con su país ni tampoco indiferentes; coincidían con John en el amor por lo bueno que aquí también existe y en abundancia. Todos los países del mundo tienen sus problemas, pero a los argentinos no hay república que les venga bien, salvo cuando —como en esas cartas— abren su corazón y hasta se emocionan.

Todo muy lindo, pero diez meses más tarde de aquel poema llegó el desastre argentino, aquel diciembre del 2001 en que Papá Noel pasó de largo porque temía que le incautaran los regalos, que lo balearan o que lo nombraran presidente.

A mediados del 2002 me puse en contacto con nuestro amigo americano, John, a través del correo electrónico, ya que estaba en su casa de California. Es, tal como me lo habían descripto, francamente encantador, tan amigo de hacer amigos que parece argentino, cálido, inteligente y leal a su amor por nuestro país. En esos momentos estaba

escribiendo un nuevo libro sobre la Argentina. Mi pregunta del millón era saber qué pensaba ahora, después del feroz agravamiento de la situación. ¿Seguiría pensando que el futuro nos sonríe? ¿Tendría esperanzas a pesar de todo? El amigo Juan no solo respondió sino que me envió un texto que fue publicado —una vez más— por el más antiguo de nuestros diarios, *La Nación*. Lo reproduzco:

Argentina is awake now *Argentina está despierta ahora*

Hace un año imploré «Despierta, Argentina». Le pedí a la Argentina que apreciara verdaderamente el carácter de su gente y las maravillas de sus paisajes. Sugerí que vendan al mundo lo que ustedes tienen para ofrecer. Dije que los funcionarios que roban fondos públicos eran criminales y deberían ser encarcelados. Dije que amaba a la Argentina, el secreto mejor guardado sobre la Tierra.

Un año después, la Argentina está en bancarota. No quedó nada para que la «clase política» robe. Entonces fueron tomados los ahorros duramente ganados por los argentinos. La tasa de desempleo se volvió obscena. El crimen extendido por todas partes hace sentirse inseguros a los argentinos y aleja a los turistas. El pueblo se manifiesta en las calles y plazas. Grupos de vecinos se reúnen en asambleas barriales. El comercio está paralizado. Hay escasez por todos lados.

La Argentina está despierta ahora.

Pero, ¿hacia qué final? ¿Se unirán los argentinos tras oponentes individuales a la atrincherada «clase política»? ¿O dividirán su voto para así envalentonarla otra vez? ¿Van ustedes a malgastar su boleta electoral votando en blanco? No es suficiente encerrar a los canallas en baños de restaurantes y acosarlos en los aviones. Deben reemplazarlos con hombres y mujeres competentes y honestos.

¿Habrá una revolución pacífica?

¿Exigirán los argentinos una Argentina nueva, revitalizada? ¿Exigirán la restitución de sus ahorros? ¿Elegirá la Argentina un presidente que la comunidad internacional pueda respetar y ayudar? ¿Apoyarán el ponerle fin al exorbitante gasto público y a las nuevas políticas públicas que pondrán de nuevo a la Argentina en el camino de la grandeza y de la dignidad nacional? ¿Encarcelarán ustedes a los ladrones y recuperarán su dinero robado?

¿O permitirán los argentinos que su gran país se hunda más en la decadencia y la degradación?

¿Seguirán sus abuelos llorando en sus tumbas por lo que le ha sucedido a la Argentina que ellos construyeron? ¿Llorarán las madres porque no podrán ver a sus nietos?

He escrito sobre esto en *Cartas desde Argentina*, donde argentinos volcaron sus temores tanto como sus esperanzas y sueños. Sus peores temores se han hecho realidad.

Ahora, sus sueños y esperanzas pueden serlo también.

¡¡¡Porque ustedes son argentinos!!!

¡¡¡REZO POR MI AMADA ARGENTINA!!!

...

¿Que se vayan todos? ¿Y adónde?

El amigo Juan usa un viejo método de la filosofía griega: preguntar para que nosotros mismos busquemos las respuestas en los rincones del alma. Y pregunta bien. Respondamos cada uno, más allá de todo partidismo y de toda tendencia. Dejemos de jugar confrontando entre nosotros y pensemos como lo que somos, argentinos.

Uno de los gritos sagrados de estos últimos tiempos fue el ya muy popular «*¡¡¡Que se vayan todos!!!*» dedicado a los habitantes de la Casa Rosada, el Congreso Nacional, los ministerios y cualquier funcionario de cualquier área del país, las provincias, los municipios y las propias casas particulares de los personajes en cuestión. En primer lugar, cabe preguntarse adónde los está mandando la gente, pero no lo haré porque la respuesta es demasiado obvia y guaranga. En segundo lugar, surge la incógnita inmediata: si se van todos, ¿quién gobierna?, ¿quién firma los cheques para pagarles a los de la administración pública?, ¿quién negocia con el exterior? Creo escuchar que me dicen «cualquiera lo haría mejor que lo que se hizo hasta ahora». Pero ocurre que el Señor Cualquiera forma parte del grupo de ellos y nosotros los queremos echar a todos, lo que incluye a Cualquiera. Aplicado no solo a esto sino a lo que se les ocurra, todos es demasiado. Además, se irían a otros países, con sus valijas llenas y sus sonrisas cancheras para dejarnos a nosotros aquí, con las panzas vacías y las tristezas crueles. Y, finalmente, en tercer lugar, es muy peligrosa la generalización. Alguno debe salvarse, no es posible lo contrario, la maldición no puede ser tan devastadora. Hay médicos aborteros, por ejemplo, pero a nadie se le ocurriría decir que todos los médicos son asesinos. Y plomeros con mal aliento, lo que no significa que todos los plomeros tengan mal aliento. Aquí cometimos el doloroso error de generalizar con muchos grupos humanos: militares, periodistas, curas, sindicalistas, empleados públicos y lo que se les ocurra, incluidos varones y mujeres. «*Todos los hombres son...*» o «*todas las mujeres son...*» Es muy cierto que acá sufrimos como pueblo por culpa de los que gobernaron mal o, simplemente, no gobernaron. Algunos de ellos lo hicieron de puro mal nacidos y otros por su evidente incapacidad, pero no por eso son menos culpables. La ignorancia suele hacer más daño que la hijoputez. Eso sí, si se dan las dos cosas al mismo tiempo, corramos. Y la peor de las ignorancias es la de aquellos que ignoran que son ignorantes, los que no saben pero están persuadidos de saber.

Por supuesto que no todos los políticos son mala gente, pero una gran cantidad de personas dedicadas a la política son tan egoístas, intolerantes, soberbios y necios que ya

alcanzan la categoría de despreciables. No los imitemos nosotros, por favor. No pidamos que se vayan todos sino los que deben irse y, por favor, para no volver. Hay otros, mientras tanto, que valen la pena. La política no es lo mío, pero la gente sí. Y sé que muchos que ejercen esa profesión lo hacen de muy buena fe. Es cierto que algunos políticos son los profesionales del asco, pero no todos. Nosotros somos los aficionados de la vida y esa es nuestra fuerza. Ya saben: el Arca de Noé fue construida por aficionados mientras que los que hicieron el *Titanic* eran todos profesionales.

No recordemos a las madres de todos los políticos en alegre montón, eso no es justo y la injusticia es cosa de especialistas, de profesionales. Es buena idea seguir siendo aficionados de la vida. Si le agregamos un poco de astucia, vamos a ganar.

Por ejemplo

Un abogado sale de la ciudad de cacería. Llega al campo, saca su escopeta y le acierta a un pato con el primer tiro. Pero el pobre pato cae en un sembradío cercado por alambre. El cazador ya intentaba cruzar el alambrado cuando se le acerca un viejo granjero en su tractor.

—¿*Qué está haciendo?* —pregunta el hombre—. *Esta es mi tierra.*

—Está bien, pero sucede que cacé un pato y voy a buscarlo...

—*Lo siento, pero no puede llevárselo* —le dice el granjero.

—Oiga... Soy uno de los mejores abogados de la ciudad. Le voy a hacer un pleito y me voy a quedar hasta con toda su tierra si no me deja entrar a recoger mi pato —amenaza el abogado.

—*Aquí en el campo resolvemos las cosas de otra manera* —dice el viejo.

—¿Ah, sí? ¿Y se puede saber cómo? —pregunta el abogado sin abandonar su soberbia ni por un instante.

—*A las patadas. Las disputas las resolvemos aplicando la Regla de las Tres Patadas.*

—¿Y se puede saber qué es la Regla de las Tres Patadas? —inquire el abogado.

El viejo, siempre tranquilo, le explica:

—*Yo lo pateo tres veces, usted me patea tres veces; yo lo vuelvo a patear, y usted vuelve a patearme; así siempre hasta que uno de los dos se dé por vencido.*

El profesional hacía gimnasia a diario y era joven, estaba en buena forma. Miró al viejo granjero y no dudó: aceptó las reglas.

—Está bien, empecemos —dijo el abogado.

El granjero se bajó del tractor y, apenas tocó tierra, sin más, con sus botas bien duras le dio una tremenda patada en la rodilla al abogado, y antes de que se doblara, le encajó otra en la entrepierna, y cuando el abogado se retorció de dolor, le encajó un tremendo patadón en el culo. Al cabo de cinco minutos en los que intentó recuperarse, el abogado se levantó con gran esfuerzo y dijo con tono de venganza:

—Muy bien... Ahora me toca a mí.

—*No se moleste* —le dice el viejo—. *Me doy por vencido. Vaya nomás y llévese su pato.*

7

Maravillas

Sigamos caminando, cada vez con más energía porque la esperanza ya viene con nosotros, la llevamos de la mano. O no, claro, en realidad es ella la que nos lleva a nosotros. Lo que sigue la aumentará, pero hace falta un reconocimiento último de nuestros errores, una mirada a nuestros defectos principales, un mea culpa con perdón de la mesa, un vistazo a lo que ya sabemos que está mal pero que otra cosa será tenerlo por escrito aquí. Seguramente pocos hay que sufran la pesada carga de tantos errores, pero algunos de ellos, aunque más no sea un par, los reconocerán tal vez como propios. No se trata de mostrarlos como deporte malsano sino para mejorar. Nadie puede amar ni odiar lo que no conoce. Reconozcamos, entonces, algo de esto. Y de entrada, sin vueltas, como en el método de la carta, que después les cuento lo que es.

Agárrense de las manos

Algunos argentinos:

- Juzgamos a demasiada gente y demasiadas cosas pero no nos gusta absolutamente nada que nos juzguen a nosotros. Si alguien lo hiciera, le aplicaríamos la frase nacional: «¿Y vos quién sos para hablar de mí?» Hasta la Biblia lo dice: «No juzgues si no quieres ser juzgado». Y, a pesar de que Dios es argentino, en las Sagradas Escrituras no habla de ninguna excepción para nosotros. El Espíritu Santo debe haberse olvidado. ¿Ves? Tendríamos que haber escrito nosotros la Biblia. No podés confiar en nadie para encargarle un trabajo. Todo lo tiene que hacer uno, será posible.

- Lo primero que hacemos ante un problema es buscar un culpable. Si uno se machuca un dedo martillando un clavito, pondrá gesto de dolor y, en el acto, mirará alrededor con bronca. Si hay alguien, le dirá cosas como «*también vos, podrías ayudarme un poco*». Si no hay nadie, seguramente se la agarrará con algo, pegándole un martillazo. Todo consiste en compartir la estupidez o el error. Aumenta si se trata de algo ocurrido en el trabajo. Y ni hablar si es un hecho de tipo político el que salió mal. ¿Yo, señor? No, señor. ¿Pues entonces quién lo tiene? Somos campeones mundiales del Antón Pirulero.

- No somos muy tolerantes, pero no se nos puede acusar a todos de eso. Conozco un

bebé de Purmamarca que sí lo es, aunque también tiene sus días. A veces esa intolerancia es por falta de paciencia. Es que somos tremendamente ansiosos. Hasta inventamos que es buena suerte romper el papel de los regalos al abrirlos, para disimular que no aguantamos hacerlo con delicadeza.

- Sabemos perdonar, es cierto, pero no sabemos olvidar. El problema salta en una discusión veinte años más tarde. Tenemos un máster en revolver basura vieja aunque sepamos que habrá mal olor. No saber olvidar es tan malo como lo que hacen muchos políticos, olvidar todo. Si les conviene, van a abrazar al que ayer apuñalaron o viceversa. Hay excepciones para mantener la memoria: las madres y las abuelas de la Plaza de Mayo son pura ternura, dolor y fuerza; dueñas de las lágrimas y víctimas del silencio, tienen todo el derecho del mundo a no olvidar. Yo no olvidaría. Pero si una de ellas invita a la violencia o la aplaude, eso es otra cosa. Nadie lo sabe mejor que ellas mismas.

- Nos creemos mejores, pero no por xenófobos como sugieren algunos, nada más falso. Aquí se ama a los extranjeros y no conozco muchos países donde eso ocurra. Los hispanoamericanos son tratados en verdad como hermanos y ni uno de ellos puede decir que ha sido discriminado. Sin segregación de ningún tipo, nosotros nos creemos mejores que cualquiera (incluyendo otro argentino, por supuesto) si es que estamos en las mismas condiciones. Si dos compiten, los dos se creen mejores. Nos falta humildad. Pero es que no somos budistas zen, somos latinos atropellados. Sin embargo, reconocemos a alguien mejor. Pero que quede claro, xenófobos no. Eso lo dejamos para los del Primer Mundo, en Europa y el norte de América, donde podrían dar clases de racismo.

- Descalificamos demasiado. «¿Vos qué hablás si el año pasado, etc.?»; «Metete en lo tuyo, nene»; «No existís»; «Dejalo a papá» o, si se trata de un hombre que apostrofa a una mujer que hizo una maniobra mala conduciendo un auto, el famoso «*andá a lavar los platos*». Eso sí, si alguien nos descalifica a nosotros y siempre que no sea un jefe, le diremos: «*Pero, oíme, boludo, ¿vos sabés con quién estás hablando?*», como si uno fuera Leonardo da Vinci.

- Somos infantiles y eso tiene un lado bueno y otro malo. El bueno es que, pese a todo, en verdad solemos ser puros. En la intimidad con nuestra pareja, muchas veces seguimos jugueteando y usando frases de cuando éramos novios, soltamos el chico que tenemos dentro. A veces pasa con los amigos más íntimos. Y todo eso es bueno, muy bueno. Pero lo malo de ser un infantil de incógnito es que a menudo somos también caprichosos, necios y llorones como los chicos.

- Tuvimos que inventar un término —chanta— para definir determinado tipo de persona. En español, chantar es refregarle a otro en la cara una verdad que lo apabulla. Aquí, chanta es una síntesis de informal, irresponsable, sospechoso, tramposo y varias cosas más, ninguna grata. Hemos chantas, negarlo sería inútil, pero son minoría. Lo que pasa es que hacen mucho ruido y dejan mucha víctima.

- Nos sentimos elegidos. No como pueblo, algo en lo que también se equivocan los que nos disparan desde afuera, sino como individuos. Estacionamos en lugares prohibidos, intentamos no hacer cola con cualquier excusa o idea, buscamos un amigo que nos acomode sin siquiera probar de manera normal, pagamos coima para una buena

ubicación en el teatro, aceptamos coimas para lo mismo y una larga lista de situaciones similares. Son habituales el «¿cómo podemos arreglar esto?» y el «yo soy amigo de...» Lo dicho: nos sentimos elegidos. Fuera de concurso en este punto los diputados, senadores, ministros, secretarios de Estado, directores de áreas, funcionarios varios y sus respectivas esposas e hijos. Ellos sí son elegidos del destino.

La pequeña y mediana estafa no nos es ajena. A lo largo de nuestra historia hubo quienes vendieron desde un billete de lotería como si estuviera premiado hasta el mismísimo Obelisco de la ciudad, sin olvidar las maravillosas ventas de tranvías o de buzones, que fueron absolutamente reales y reiteradas. El punto clave de cualquier tipo de estafa es crear en el estafado la idea de que es él quien está sacando partido de algo: «Mire, le vendo este billete premiado porque yo tengo que volver a mi provincia ya porque tengo a mi viejita enferma y ni sé cuánto gané, pero si me da cien pesos, para mí es mucho, se lo dejo y me voy». La víctima cree que va a engañar a un pobre palurdo. Se siente un vivillo, un piola. Y como está lleno de nativos que piensan así, por eso está lleno de víctimas y de estafadores. La PyME (pequeña y mediana estafa) aún existe pero en decadencia, ya que casi no hay qué estafar. Sobreviven solo las grandes estafas.

- Estamos subidos al caballo. Por eso, todo lo que nos vino pasando tiene que servir para bajarnos y caminar un poco.

Es imprescindible aclarar algunas cosas, para ser justos.

Todo lo apuntado puede verse en las grandes ciudades, en especial en la capital. Mucha gente del interior tiene sus propios defectos pero no estos.

Mucho de lo señalado es clara herencia de nuestras dos corrientes inmigratorias más grandes de la primera mitad del siglo XX, los italianos y los españoles, además de otros. No se trata de querer salpicar a otros con este mea culpa, pero es innegable que aprendimos de los inmigrantes mucho de lo bueno y también de lo otro. La herencia está. Eso sí, nosotros nos encargamos de mantenerla y, a veces, de aumentarla.

España vivió una guerra civil que dejó un millón de muertos, hermano contra hermano, dolor contra dolor, todos contra todos.

Italia vivió a los fascistas y a los antifascistas, hermano contra hermano, dolor contra dolor, todos contra todos.

Es imprescindible aprender esas cosas y unirnos como sea, abrazarnos llorando si no pensamos de la misma forma, darnos una oportunidad.

Y por último: he cargado mucho las tintas pero, en realidad, no hay nadie que sea todo eso junto, ya que ningún país podría sobrevivir con semejantes habitantes. Y he cargado mucho las tintas, también, por el método de la carta, tal como está anunciado más arriba. Supongo que quieren saber cuál es el método de la carta. Muy bien, lo haremos mostrándola. Necesito un respiro y creo que ustedes también.

Ubíquense en un muchachito que fue a estudiar a una universidad de los Estados Unidos. Por un tiempo sus padres no tienen noticias de él. Hasta que reciben un sobre y allí está ella.

La carta inolvidable

(De un e-mail corregido y reescrito)

Queridos papá y mamá:

Ya pasaron tres meses desde que estoy en la universidad y, en verdad, me demoré en escribirles. Lamento eso, pero ahora voy a ponerlos al tanto de todo. Antes de continuar leyendo, por favor siéntense. No continúen leyendo antes de sentarse, ¿ok?

Bueno, ahora ya estoy mejor, mucho mejor. La fractura y el traumatismo craneano que tuve al saltar por la ventana de mi cuarto en llamas al llegar aquí están prácticamente curados. Tal vez haya secuelas en el cerebro, pero me dicen que no me deje llevar por la palabra incurable y que confíe en la medicina.

Pasé solo dos semanas en el hospital. Mi visión está casi normal y aquellas terribles jaquecas solo vuelven una vez por semana. Migrañas crónicas, las llaman. Cuando aparecen, me encierro en el baño para no molestar a todos con mis gritos. No se quejan, pero me miran raro en los pasillos y más sabiendo que soy sudamericano.

Me duele admitirlo, pero el incendio fue causado por un descuido mío, ya que como aún no me acostumbré a fumar opio, me quedé dormido y la pipa dejó caer sus cenizas ardientes sobre la sábana que, para peor, estaba impregnada de aceite porque hacía un ratito nomás un morocho grandote me había estado dando un masaje corporal y algunas otras cosas que no vienen al caso. Lo que importa es que la culpa del incendio fue mía y tenemos que pagar 50.000 dólares a la facultad por los daños causados, pero eso no es nada pues lo importante es que estoy vivo.

Felizmente, la empleada de la lavandería que queda enfrente lo vio todo.

Fue ella quien llamó a la ambulancia y avisó a los bomberos. Ella también fue a verme al hospital todos los días y como yo no tenía un lugar adonde ir, ya que el departamento quedó reducido a cenizas, tuvo la gentileza de invitarme a vivir con ella.

En verdad es un cuarto en un sótano, recién ahora me estoy acostumbrando bastante a los ruidos del ascensor, las ratas —que no son tan malas como uno cree— y este olor que viene de la cloaca y que, lo reconozco, es lo más difícil de incorporar. Pero ella es muy agradable. Aunque tiene el doble de mi edad, estamos perdidamente enamorados y nos queremos casar.

Todavía no fijamos fecha, pero será antes de que su embarazo sea muy evidente. Esto significa, queridos padres, que seré papá. Sé cómo ustedes ansían ser abuelos y estoy seguro que recibirán a los bebés (son trillizos) con todo el amor que me dieron cuando yo era pequeño.

Lo único que está atrasando nuestra unión es una pequeña infección que mi novia se pescó no sabemos cómo y que nos impide hacer los análisis prematrimoniales. Pero no es todo culpa del accidente de ella, pobre. Yo también, por descuido, acabé contagiándome, pero ya estoy mejor con la penicilina que me pongo diariamente. Sé que ustedes la recibirán con los brazos abiertos en nuestra familia, ella es muy amable y, aun no habiendo estudiado, tiene mucha ambición. No sería el primer caso de alguien que, sin

saber leer ni escribir, llegue a algo importante en su vida.

Aunque no sea de nuestra misma religión, sé que ustedes son tolerantes y sé que tampoco les importará el hecho de que su piel sea un poco más oscura que la nuestra. Estoy seguro de que la querrán tanto como yo.

Como ella tiene más o menos la edad de ustedes, se llevarán muy bien y se divertirán mucho juntos, pues como donde vivimos es muy pequeño, pretendo regresar para casa con toda mi nueva familia. Los padres de ella vendrán también, pero pueden quedarse tranquilos porque son muy buenas personas. Parece que su padre es un mercenario famoso de la aldea de África de donde ella es. Lo quieren mucho.

Ahora que ya saben todo, es preciso que les diga que no hubo ningún incendio, no tuve traumatismo ni fractura en el cráneo, tampoco dolor de cabeza de ningún tipo, no fui al hospital, no tengo novia, no tengo sífilis ni ninguna otra infección, no fumo opio y no hay ninguna mujer negra en mi vida que me doble en edad.

Es que saqué 0 en Física, 2 en Matemáticas y 1 en Biología, y quise mostrarles que existen cosas peores en la vida que notas bajas.

Y que, a veces, uno se hace problemas enormes por cosas chiquitas.

Un beso muy grande de su hijo, que los quiere mucho.

...

¿No es un bomboncito? Esa es una forma magnífica de dar una mala noticia: arrancar con otras mucho peores. Aquí iniciamos el capítulo final metiendo en la bolsa todo lo feo. Y ya está bien, hermano, hermana. Nos hemos pegado duros latigazos en la espalda nosotros mismos, como esos penitentes que se arrancan lonjas de piel para purgar sus culpas. Nos dimos duro y porque nos dieron duro. Nos sentimos muy tontudos, que nos sirva para aprender. Yo apostaría que todo lo que nos ha tocado sufrir servirá para que aquellos que eran en verdad soberbios ya no lo sean y para que apretemos filas detrás de la azul y blanca, con humildad pero con orgullo, que nada tiene que ver con la soberbia.

¿Saben qué? Al fin de cuentas, los que nos pegaban desde afuera con bromas crueles y desaires peores, tenían razón en algo: no somos los mejores. Pero, sabiendo que no lo somos, vamos a luchar día a día para tratar de serlo. Muchos lo lograron en situaciones peores.

Sabrás que se puede

- Los alemanes fueron arrasados al fin de la Segunda Guerra, sufriendo todos, culpables e inocentes, el desgraciado destino de aquellos a quienes les ha tocado perder. Tironeados por Oriente y Occidente, vieron cómo partían en dos su país sin poder hacer nada. Recién retomaron una patria entera en 1989. Hoy, Alemania es uno de los países

más importantes del planeta, sus ciudades parecen del futuro y ya nadie habla del pasado. Ya desde los años 60 se hablaba de su resurgimiento como «el milagro alemán». No había ningún milagro, era todo trabajo, unión, voluntad. Hace muchos años que ellos están orgullosos de eso. Y nadie los llamó soberbios.

- Los japoneses perdieron 100.000 vidas en un instante, en Hiroshima, 1945, y otras 100.000 en las siguientes veinticuatro horas, producto de la radiación. Luego vino Nagasaki y una segunda bomba atómica, siendo —hasta hoy, mediados del 2002— el único país en la Tierra que recibió semejante basura bélica en un lugar poblado. Luego, un pueblo ferozmente orgulloso como el de ellos, debió rendirse y aceptar las consecuencias. Además, su tierra es como una gran roca donde la agricultura y la ganadería son prácticamente meras palabras. Sin embargo, Japón es, desde hace muchos años, otro país que pisa muy fuerte y que no solo recuperó con creces su economía, sino sobre todo su orgullo. Y nadie los llamó soberbios.

- Los ingleses fueron bombardeados en su propia casa, viendo cómo su amado Londres casi desaparecía bajo el bombardeo alemán de la Segunda Guerra. Las llamas quemaban lo que quedaba en pie y no había casi agua para apagarlas. Fue el primer país de la historia que recibió bombas guiadas desde lejos, las V-2, un equivalente de lo que hoy sería un misil. Pasaron hambre y tuvieron lo prometido, sangre, sudor y lágrimas. Hoy Gran Bretaña decide buena parte de los destinos del mundo y su gente camina altiva por lo logrado. Y nadie los llamó soberbios.

- Los franceses tuvieron su patria ocupada por las fuerzas nazis, con un París donde los jerarcas enemigos copaban para usar como cuartel general los mejores hoteles y mansiones, con un pueblo que era eliminado en el acto si se rebelaba, con familias destruidas o con su dignidad arrasada. En la década de los 60 vivieron, también, un terrible y doloroso conflicto interno por Argelia. Mucha sangre, mucho odio, mucha muerte. Hoy, la República de Francia es un país imprescindible, orgullosos todos sus habitantes de lo que fueron y de lo que son. Y nadie los llamó soberbios.

- Estados Unidos de Norteamérica tiene en su historia una verdadera antología de desgracias varias. Desde terremotos, incendios, inundaciones y huracanes que destruyeron ciudades enteras y mataron a cientos de miles de personas, hasta una encarnizada guerra civil que dejó, entre 1861 y 1865, en una lucha entre hermanos, muchísimos cadáveres y rencores. Luego la Primera Guerra. Y la Segunda. Y Vietnam y Corea y Afganistán y el Golfo y muchos etcéteras. No hay muchos países a los que les hayan asesinado a tres presidentes en ejercicio, como ocurrió allí. Ni muchos donde las luchas raciales hayan sido tan feroces. La depresión económica de la década de los 30 los aplastó como si una bota pisara la cáscara de un maní. La desocupación creció hasta niveles insoportables y apenas se conseguía algo para comer, en el pueblo hasta entonces alegre y despreocupado. Toda la vida de esa nación estuvo signada por momentos cruciales y dolorosos como, sin ir más lejos, el horrendo atentado a las Torres Gemelas de Nueva York que dejó miles de muertos en plena ciudad. A pesar de tantas calamidades, los Estados Unidos son lo que son, algo que ni hace falta explicar. Su orgullo es notable y justificado, rozando demasiado a menudo la soberbia, pero nadie se

atrevería a decirles eso a ellos.

- Y España con su guerra civil, ya está dicho. Después los separatismos, la ETA, los atentados, otra vez la muerte, pero hoy es uno de los países más fuertes y armónicos de todo el planeta. O Italia, con la Segunda Guerra, el hambre, el dolor y años después la muerte solapada, las Brigadas Rojas, los secuestros, los asesinatos, las diferencias políticas irreconciliables, la corrupción, para ser hoy otro país que habla en voz alta y es escuchado. Y así muchas otras naciones de la Tierra, habiendo elegido aquí algunos de los más notorios ejemplos. A ninguno de ellos los acusaron, nunca, de ser masivamente soberbios.

Eran gente, personas como nosotros, con pelusa en sus ombligos, ganas de hacer pis y sueños. Con dolores físicos y anímicos, con presiones, con hambre de comida y de paz, perseguidores de la justicia, luchadores de peleas desparejas, gladiadores de la esperanza.

Tal vez por eso a nosotros nos han tildado muchas veces de soberbios, porque estamos pisando recién ahora el verdadero campo de batalla y hasta estos tiempos vimos todo desde afuera, como mirándolo en la tele, con aire de lo-sé-todo, pero no por malos sino por inexpertos. Y por infantiles. Es difícil encontrar gente en el país que diga las mágicas y asombrosas palabras «no sé». Viéndolo desde afuera, como decía, muchos daban soluciones en voz alta sobre lo que tendría que hacer un presidente, un ministro, un director técnico de fútbol, un jugador, un actor o un físico nuclear, llegado el caso. Pero ahora somos los protagonistas, se acabó lo de mirar desde afuera, nos llamaron a escena a todos.

La Argentina ha estado en crisis permanente desde hace muchas décadas, pero ahora la cosa es colectiva, no se salva nadie, no hay a quién pedirle ni consejo y nosotros —la clase media— jamás vivimos una situación similar. Es la primera vez en la historia que a nuestro alrededor suenan cerca los tiros de la malaria en serio y vemos caer a nuestros iguales. Al principio nos desconcertamos, después nos enojamos, luego nos asustamos, es humano. Nadie saca a la Bella Durmiente de su cómodo letargo para mandarla en el acto, inmediatamente, sin más, a limpiar los pisos, cocinar, lavar los platos, hacer las camas, levantar la caca de los perros y de los ciervos, y después traé un poco de leña del bosque, Bella, porque está haciendo fresco.

Pero nos tocó. Y no hay que tener miedo.

Esto también nos pasa

Aquí tenemos defectos, sí, pero también tenemos otras cosas. Algunas pequeñas maravillas.

Aunque suene ingenuo, podrán discutirlos o no, podrán gustarles o no, pero nadie puede negar que este país de Sudamérica albergó y crió a unos cuantos que metieron mucho ruido en el mundo, como Carlos Gardel, como Diego Maradona, como Eva

Perón, como José de San Martín, como Luis Federico Leloir, como Guillermo Vilas, como Tita Merello, como Libertad Lamarque, como Ernesto Guevara, como Jorge Luis Borges, como Carlos Monzón, como Ernesto Sabato, como René Favaloro, como Astor Piazzolla, como César Milstein, como Julio Cortázar y unos cuantos más —famosos y anónimos— que han hecho algo seguros de que, al hacerlo, mejoraban la vida, como mi papá, como mi mamá, como tu papá y como tu mamá.

Y no me vengan con «*por qué tuvo que poner a ese que tal cosa y tal otra*» porque, de ser así, no entendimos nada. No puse los que me gustan a mí, eso no es una lista personal ni un ranking, es una realidad y sería una tontudez perder el tiempo discutiendo que este o aquel no merecen etcétera, etcétera. No todos los que están en la lista me vuelven loco de amor ni mucho menos, pero están porque es obvio que en algún momento de sus vidas han movido el tablero del destino de muchos en el mundo. Por geniales, por astutos, por apasionados, por nobles, por corajudos, por diferentes. Aceptemos eso sin discutir porque hay que terminarla con eso de cuestionar todo.

En los años 30 se habló en la Argentina de «la hora de la espada».

Hoy es la hora de la idea, la hora del esfuerzo, la hora del abrazo.

Venimos dividiéndonos mucho desde hace rato, a ver si multiplicamos esfuerzos y tolerancias, si restamos rencores, si sumamos todo lo bueno que tenemos para recordarlo e intentar recuperarlo.

Con toda humildad recordemos que muchas generaciones de latinoamericanos se criaron desde hace más de setenta años leyendo las revistas que aquí se editaban. El magnífico locutor y periodista Hugo Guerrero Marthineitz dijo en varias ocasiones que él esperaba ansioso, como muchos otros chicos en su Perú natal, que llegara *Billiken*, la revista infantil por excelencia para toda América hispana. Y otros esperaban *El Hogar*, *El Gráfico*, *Vosotras*, *Para Ti*, *Atlántida*, más adelante *Gente*.

Recordemos, por ejemplo, que en una sola provincia nuestra —Santa Cruz— caben juntos cuatro países europeos muy importantes, como lo son Grecia, Bélgica, Dinamarca y Holanda. O que toda Italia cabe en la provincia de Buenos Aires. O que nuestra provincia de Córdoba es, ella solita, más grande que toda Gran Bretaña. Ser grande no significa gran cosa (y si no lo creen, pregúntenle a Goliat) pero, en este caso, es como otra ráfaga de aliento que nos llega, ya que en ese tamaño mucho mayor que otros países poderosos de verdadero Primer Mundo están contenidas tierras increíblemente fértiles y ganado de inusual calidad que pueden alimentar al mundo entero. Eso está ahí, no se lo llevaron por ahora.

Como a los ríos caudalosos, los mares que lamen nuestros 2.700 kilómetros de costas, las montañas altivas, los valles encantados, el sol del norte, el otoño del sur, la pampa madre y la gran perra que me estoy poniendo nervioso de repasar de memoria todo lo que tenemos y, sin embargo, no sabemos pelear por eso y me dejó llevar, ahora por la bronca y escribo al correr a una velocidad increíble y no pienso releerlo porque no quiero corregir una sola letra, cómo carajo no estamos donde deberíamos, hay que hacerlo, hermano, hermana, hay que tirar para adelante y refregarles bosta en la boca a los políticos que prometen y no cumplen y volver a soñar, volver a creer, volver a vivir

en este país maravilloso que Dios nos dio para habitarlo y no para pisarlo como hicimos tantas veces.

En efecto, no pienso leer lo anterior. El ataque me dio muy en serio, al enumerar apenas algo de lo bueno que nos rodea, y no pude reprimir aporrear el teclado con desesperación. Ya me calmé un poquito, ahora. No voy a tachar nada de lo de arriba porque así lo sentí y sé que ustedes también, si me dan ganas de llorar, será posible.

Tampoco voy a seguir enumerando las cosas buenas, todos las sabemos y voy a terminar con estupideces tales como «la avenida más ancha del mundo» o pavadas por el estilo. Lo bueno, lo realmente bueno, lo mejor de todo, está dentro de cada uno de nosotros. Ni siquiera hay que hacer fuerza para sacarlo, simplemente hay que dejarlo salir.

Déjenme pensar en lo que sigue, saborearlo, desearlo y esperarlo.

Vuelve a empezar

*Si el cansancio amenaza vencerte
y el camino te parece largo,
si te das cuenta de que te has equivocado de sendero,
no te abandones al paso de los días
y el tiempo, rindiéndote.*

Vuelve a empezar.

*Si la vida te parece demasiado absurda,
si te decepcionan demasiadas cosas y demasiada
gente, no trates de entender por qué.*

Vuelve a empezar.

*Si has tratado de amar, de ser útil,
si has conocido tu propia pobreza y tus límites,
no te conformes con eso y levantes los hombros.*

Vuelve a empezar.

*Si los demás te miran con ojos de reproche,
si están decepcionados de ti, irritados,
no te rebeles, no les pidas nada.*

Vuelve a empezar.

*Porque el árbol reverdece olvidando el invierno;
la rama florece sin preguntar por qué;
el pájaro hace su nido sin pensar en el otoño;
porque la vida es esperanza o no es vida.*

*Entonces, no importa lo que ocurra,
no importan los demás, no importan el miedo,
las dudas, la posibilidad de fracaso, la angustia,*

el silencio o los gritos.
Vuelve a empezar.
Ya.

...

Para defender la vida hay que amarla profundamente. La esperanza no es una cosa chirle y tontita, una suerte de gelatina de los sentimientos. Todo lo contrario, es un huracán, una roca, una ola gigante que arrasa con todo, una piña bien fuerte en la boca del estómago del miedo. Es tan potente que a veces se puede palpar. Para tener esperanza es necesario tener coraje. El coraje viene a ser, gastronómicamente hablando, el mismo plato pero con una elegante guarnición de huevos.

Bombas

Hace más de veinte años entrevisté para un programa de televisión a un notable personaje muy conocido y querido en el mundo de las editoriales de libros, don Arturo Cuadrado, traído y recomendado por mi amiga Fanny Mandelbaum, una de las muy jóvenes productoras de aquel ciclo cultural. En un punto de la charla me contó lo difícil que era vivir en España durante la guerra civil que castigó a ese amado país de 1936 a 1939. Don Arturo estaba por aquellas épocas en Madrid y su relato era duro. Yo no podía imaginar qué se desataba por dentro cuando uno estaba en su propia ciudad y oía a su alrededor la explosión de las bombas lanzadas por los aviones. Por eso le pregunté a él qué sentía en esos momentos. Su respuesta se transformó en una de las guías de mi vida, ya que se aplica no solo a bombardeos bélicos sino, también, a los que suelen caer encima en forma de problemas que parecen empeorar y no tener fin. Cuadrado me dijo:

—Mientras escuchas las bombas, todo está bien para ti. Significa que esa no te ha tocado y eso es un alivio egoísta, pero alivio al fin.

Razonamiento perfecto desde lo humano. La bomba que te mata no la vas a escuchar. Mientras escuches una, aún estás vivo. Supongo que hay como un acostumbamiento a vivir en medio del bombardeo. Traducido a lo que hoy nos aqueja, es cierto que estamos bombardeados por problemas muy serios y que se nos desgarran el alma con solo enterarnos de cosas que les pasan a los que están peores que nosotros, pero también es cierto que mientras tengamos los sentidos alertas para sentir lo que ocurre a nuestro alrededor significará que aún estamos vivos y dispuestos a pelear por nosotros y por los que lo necesitan. Eso también es esperanza, que no hay que confundir con ilusión.

Durante la Segunda Guerra, en el campo de concentración de Auschwitz, ocurría un fenómeno que se destacaba blanco sobre negro en medio de tanto horror: el síndrome del

indulto. La idea nacida en la desesperación que se instalaba en la mente de algunos prisioneros y les hacía creer en algo que —ellos lo sabían— era imposible, la libertad. Estos prisioneros se creaban un mundo en el cual aparecería un general nazi y les diría que ellos, por alguna razón que nadie se molestaba en averiguar, quedaban libres en ese mismo instante. Esa idea absurda y mentirosa los mantenía en pie. Hasta la misma muerte, claro, porque eso no era esperanza sino ilusión. ¿Queda clara la diferencia?

La esperanza es una pasión, la ilusión es un invento del deseo.

La esperanza es una certeza, la ilusión es una mentira triste.

La esperanza viene de Dios, la ilusión es magia barata.

La esperanza es sana, la ilusión es loca.

Ocurre que en un campo de concentración y exterminio como Auschwitz lo más lógico para los prisioneros era perder la razón y los que no la perdían era, quizás, porque nunca la habían tenido. En ese sitio, sin embargo, todas las víctimas sabían algo de manera natural y a veces inconsciente: andar por allí bien afeitados, bañados, llevando esos harapos como si fueran un esmoquin, caminar con el torso erguido y la mirada alta eran cosas que garantizaban vivir un día más. Un prisionero encorvado, con aspecto de enfermo, pálido, sin afeitarse y con paso arrastrado sería, sin dudas, el primer candidato a la siguiente tanda para la cámara de gas. Todos lo sabían. Y fingían que estaban fantásticos porque ese aspecto digno, aunque no fuera cierto, era su pasaporte a la vida, al menos por un día más, un día más, con lo importante que es un día más de vida, ustedes no pueden siquiera imaginarlo.

Aquí nos estamos jugando la vida, pero andar llorando por allí todo el tiempo hace que poco a poco nos vayan eludiendo hasta los amigos, ya que todos sufrimos bastante nuestros propios despelotes como para que venga otro a sumarnos los suyos. Como dice mi amigo Pepe Fechoría en su maravillosa filosofía callejera y exacta: «*La miseria trae miseria*». Hay que levantar la mirada como si fuéramos los ganadores del campeonato mundial del todo-está-bien; afeitarnos los miedos; sonreír con dulzura; restarle importancia al bolonqui en el que somos los de la pieza diez; vestir el alma con las mejores galas que tengamos a mano, como la esperanza; y caminar erguidos, rectos como una reja recta de oro puro. Mucha gente pudo con cosas peores.

Fuerte como los ángeles (Un hecho real)

El 4 de noviembre de 1950, nació María de los Ángeles Kalbermaster. Fue la primera de cinco hermanos y la alegría del hogar, con su simpatía contagiosa y una risa que permanentemente resonaba en las paredes de su casa. Esa risa jamás la abandonó y María de los Ángeles creció hasta convertirse en docente sin perder aquel espíritu infantil que la hacía jugar a la par de sus alumnos.

Un día, durante un recreo, sintió un dolor en lo que se llama el «hueco poplíteo», que

es el huequito que tenemos detrás de la rodilla. El dolor se hizo con el tiempo más intenso y, al consultar a un médico, se le dijo que todo estaba bien. Sin embargo los dolores seguían y María —nomás por ganarles— los incorporó a su vida. Su mamá, Isolina, le decía lo mismo que dicen todas las madres, pero nunca imaginó lo que iba a suceder.

María tuvo la oportunidad de viajar a España y allí trabajó en una escuela de monjas durante un año. Un día, y como consecuencia de sus correrías infantiles, quedó atrapada en la nieve casi hasta la cintura y la Cruz Roja tuvo que rescatarla en un operativo que para ella fue toda una aventura. Sin embargo, al poco tiempo regresó a Buenos Aires y prefirió no asustar a su familia con esta anécdota. Solo se la contó a una tía, con la que compartía el dormitorio, en un cariñoso tono de complicidad. Pero la tía seguía siendo una tía, y a pesar de entusiasmarse con el relato, quiso ver las piernas de su sobrina, tal vez presintiendo algo. Allí es cuando nota que de la rodilla hasta el glúteo, la pierna derecha estaba sospechosamente enflaquecida.

En complicidad, pero esta vez sin el entusiasmo de la aventura, deciden consultar a un médico y se realiza de inmediato una biopsia. El resultado es devastador: tumor maligno. Y la amputación de la pierna es tan urgente como trágica para la familia. Excepto para María de los Ángeles que, a bordo de su fe en esta tempestad, rechaza toda ayuda psicológica. María es operada. Y aquello que parecía un fin se convierte en lo que es indudablemente un principio.

Quince días después del alta médica, María comienza a usar lo que comúnmente se llama «pata de pirata». Cinco días más tarde, ganaba un campeonato de natación. Le llega la hora de usar una pierna ortopédica y ella elige hacerlo de vez en cuando, manejándose desde entonces con su pierna izquierda y un par de muletas. Su mamá estaba sorprendida de que no sintiera vergüenza... ¿Pero por qué iba a hacerlo? Tenía, por el contrario, muchos motivos para estar orgullosa de sí misma. Pero no los suficientes todavía: María tenía una idea dando vueltas en su cabeza y no iba a permitir que se le escapase. Recordaba cómo, cuando era chiquita, quería aprender equitación a toda costa a pesar de que le fue imposible por la situación económica familiar. Ahora las cosas eran, sin duda, distintas. Pero María nunca vio aquellos cambios desde lo negativo sino que se montó a lo positivo para salir adelante. Y se encontró con una jubilación por invalidez y mucho tiempo libre. Y con un sueño aún no cumplido y una pierna, una, perfectamente sana. Y con eso le sobró.

Se adentró en el mundo de la equitación paralelamente con el de los discapacitados, y comenzó a investigar un tercero, que combinaba a los dos. Se encontró con que en Europa existían escuelas de equitación para discapacitados y no pudo resistirse: luchó hasta fundar AAAEPAD (Asociación Argentina de Actividades Ecuestres para Discapacitados), y, para no perder la costumbre, lo logró. Consiguieron un lugar, dentro del Hipódromo de Palermo, con sus pistas, dependencias y picaderos. Todo un sueño. Y no solo de ella.

Una tarde, María y su madre salieron a hacer unas compras, y ella —que iba al volante— notó que un auto la seguía. Hizo varias maniobras, trató de perderlo, pero —

ya no cabía duda— el auto perseguía al suyo. Su mamá le dijo que se despreocupase y todas aquellas cosas que las madres suelen decir. Luego bajó al negocio a hacer la compra. Al salir, vio a un hombre conversando con su hija a través de la ventanilla del auto. María, con todo su carácter, su belleza, su maquillaje y su elegancia, lo escuchaba mientras que se daba cuenta de que él no había notado su pierna ortopédica. Él se llamaba Rafael Humberto Carosella. Intercambiaron teléfonos y al día siguiente llegó la propuesta de un café. Ella aceptó, pero a su manera. Partió hacia el encuentro sin arreglarse ni maquillarse, sin su pierna ortopédica, y con una muleta en alto le dijo a su mamá *«Yo a este lo curo de espanto»*. Pero las cosas no resultaron como María creyó que iban a resultar. Él tomó con naturalidad aquello y logró enfrascarla en un diálogo en el que se contaron prácticamente todas sus vidas. Y para concluir la cita agregó: *«¿Creíste que me ibas a asustar...?»* Flechazo. Amor a primera vista y para siempre. Escena digna de una película romántica, pero más hermosa porque se trata de algo real. Hoy están casados y viven recorriendo el mundo, conociendo otras escuelas para tratar de mejorar la propia. No tienen hijos, pero los alumnos de María la reconocen como a una segunda madre. No llevan una vida convencional, porque no son convencionales. No conocen la rutina y Rafael puede sorprenderse porque un día la pierna ortopédica de María no está y enterarse de boca de ella que se la regaló a un señor que no podía pagarse una. No tienen límites. No se rinden. No pierden la Fe. Y galopan. Galopan con los cascos llenos de esperanza, sin riendas ni brida y sin que nada los detenga.

...

Señoras y señores, no tengo pudor en decirles que esta historia me ha emocionado hasta ponerme una capita húmeda en los ojos. Gente como María de los Ángeles e, incluso, su marido, tienen un par de razones que hacen que esto ocurra. Por eso son un ejemplo de la gran pugna. La que hay entre el ánimo y el desánimo.

...

Pero aflojemos que venimos muy cargados. Vamos a largar presión ya sumar energías. Para levantar los ánimos es que Pedro Bonifacio Palacios escribió los *«Siete sonetos medicinales»*. Díganse en voz alta los dos primeros. Y cúmplalos.

¡AVANTI!

*Si te postran diez veces, te levantas
otras diez, otras cien, otras quinientas:
no han de ser tus caídas tan violentas
ni tampoco, por ley, han de ser tantas.*

Con el hambre genial con que las plantas

*asimilan el humus avarientas,
deglutiendo el rencor de las afrentas
se formaron los santos y las santas.*

*Obsesión casi asnal, para ser fuerte
nada más necesita la criatura,
y en cualquier infeliz se me figura
que se rompen las garras de la suerte.
¡Todos los incurables tienen cura
cinco segundos antes de la muerte!*

...

Y ahí nomas, por si hay algún tímido, se mandó el segundo soneto que es para alquilar balcones y arrojar serpentinas al carnaval del mundo. También es para escucharlo como himno ante todo lo que nos pasa. Metalé, Don Pedro.

¡PIÚ AVANTI!

*No te des por vencido ni aun vencido;
no te sientas esclavo ni aun esclavo;
trémulo de pavor, piénsate bravo,
y arremete feroz, ya mal herido.*

*Ten el tesón del clavo enmohecido,
que, ya viejo y ruin, vuelve a ser clavo;
no la cobarde estupidez del pavo
que amaina su plumaje al primer ruido.*

*Procede como Dios, que nunca llora,
o como Lucifer, que nunca reza,
o como el robledal cuya grandeza
necesita del agua y no la implora.
¡Que muerda y vocifere, vengadora,
ya rodando en el polvo, tu cabeza!*

PEDRO B. PALACIOS
(Almafuerte)

Buen seudónimo eligió este poetazo ilustre, Don Palacios: Almafuerte. ¿Qué talco? Si uno tiene fuerte el alma, lo demás es lo de menos. El cuerpo, lo que está allí, a simple

vista, no pesa tanto. Bueno, en mi caso sí pesa y demasiado, quiero decir que no importa tanto. Andrés Villamayor, un querido amigo de aspecto impecable y gran éxito con las mujeres, me mandó por e-mail una confesión que apuntala lo que digo y —sobre todo— pone la cuota de humor que estoy necesitando para que ustedes puedan tomar un poco de aire al reírse.

Es verdad, soy feo

Voy a contarles mi historia. No es una historia de amor ni tiene un final feliz, pero es la única que tengo por haber nacido así: FEO, muy FEO.

Cuando nací, el doctor fue a la sala de espera y le dijo a mi padre: «*Hicimos lo que pudimos... pero salió*». Mi mamá no sabía si quedarse conmigo o con la placenta. Como era prematuro me metieron en una incubadora con vidrios polarizados. Mi madre nunca me dio el pecho porque decía que solo me quería como amigo. Así que en vez de darme el pecho, me daba la espalda. Es por eso que debo haber quedado petiso, tan petiso que en lugar de ser enano, soy profundo. De chico iba por los cuarteles para que me griten: «¡Alto! ¡Alto!»

Yo siempre fui muy peludo. A mi madre siempre le preguntaban: «*Señora, a su hijo ¿lo parió o lo tejió?*» Mi padre llevaba en su cartera la foto del niño que ya venía en la cartera cuando la compró. Pronto me di cuenta de que mis padres me odiaban, pues mis juguetes para la bañera eran una radio y un tostador eléctrico. Una vez me perdí. Le pregunté al policía si creía que íbamos a encontrar a mis padres. Me contestó: «*No lo sé; hay un montón de lugares donde se pudieron haber escondido*».

Y para colmo era muy flaco, tan flaco que un día metí los dedos en el enchufe y la electricidad erró la patada. Era realmente flaco, para hacer sombra tenía que pasar dos veces por el mismo lugar.

Pero mi problema no era ser tan flaco sino ser FEO. Mis padres tenían que atarme un trozo de carne al cuello para que el perro jugara conmigo.

Sí, amigos, yo soy FEO, tan FEO que una vez me atropelló un auto y quedé mejor.

Cuando me secuestraron, los secuestradores mandaron un dedo mío a mis padres para pedir recompensa. Mi padre les contestó que quería más pruebas. Yo creo que no pagaron el rescate porque en casa éramos muy pobres.

Para calentarnos en invierno, nos cagábamos a puteadas. Mi madre, en lugar de sacar la basura, la entraba.

Pero eso sí, a pesar de nuestra situación económica, somos muy honrados. Mi padre era tan honrado que un día encontró trabajo, y lo devolvió. Por eso tuve que trabajar desde chico. Trabajé en una tienda de animales y la gente no paraba de preguntarme cuánto costaba yo. Un día llamó una chica a mi casa diciéndome: «*Ven a mi casa que no hay nadie*». Cuando llegué no había nadie. El psiquiatra me dijo un día que yo estaba loco. Yo le dije que quería escuchar una segunda opinión. Dijo: «*De acuerdo; además de*

loco es usted muy feo». Una vez, cuando me iba a suicidar tirándome desde la azotea de un edificio de 50 pisos, mandaron a un cura a darme unas palabras de aliento. Sus palabras fueron: «*En sus marcas, listos*». El último deseo de mi padre antes de morir era que me sentara en sus piernas. Lo condenaron a la silla eléctrica.

...

Gracias a mi amigo nos aflojamos un poco. La sonrisa es el moñito que se le pone al paquete de la esperanza. Y la reflexión es el correo que nos trae ese aguardado y muy bendito paquete.

Y vos ¿qué sos?

Una hija se quejaba a su padre acerca de su vida y cómo las cosas le resultaban tan difíciles. No sabía cómo hacer para seguir adelante. Estaba cansada de luchar y creía darse por vencida en cualquier momento. Parecía que cuando solucionaba un problema, aparecía otro.

Su padre, un chef de cocina, la llevó a su lugar de trabajo.

Allí llenó tres ollas con agua y las colocó sobre fuego fuerte. Pronto el agua de las tres ollas estaba hirviendo. En una colocó zanahorias, en otra colocó huevos y en la última colocó granos de café.

Las dejó hervir sin decir palabra.

La hija esperó impacientemente, preguntándose qué estaría haciendo su padre. A los veinte minutos el padre apagó el fuego. Sacó las zanahorias y las colocó en un recipiente. Sacó los huevos y los colocó en un plato. Coló el café y lo puso en una taza. Mirando a su hija le dijo: «Querida, ¿qué ves?»

«*Zanahorias, huevos y café*», respondió la niña.

La hizo acercarse y le pidió que tocara las zanahorias. Ella lo hizo y notó que estaban blandas.

Luego le pidió que tomara un huevo y lo rompiera. Al sacarle la cáscara, observó que el huevo estaba duro.

Luego le pidió que probara el café. Ella sonrió mientras disfrutaba de su rico aroma.

Humildemente, la hija preguntó: «*¿Qué significa esto, padre?*»

Él le explicó que los tres elementos habían enfrentado la misma adversidad: agua hirviendo, pero habían reaccionado en forma diferente.

La zanahoria llegó al agua fuerte, dura. Pero después de pasar por el agua hirviendo se había vuelto débil, fácil de deshacer.

El huevo había llegado al agua frágil. Su cáscara fina protegía su interior líquido. Pero después de estar en agua hirviendo, su interior se había endurecido.

Los granos de café sin embargo eran únicos. Después de estar en agua hirviente, habían cambiado al agua.

«¿Cuál eres tú? —le preguntó a su hija—. Cuando la adversidad llama a tu puerta, ¿cómo respondes? ¿Eres una zanahoria, un huevo o un grano de café?»

Y yo me lo pregunté a mí mismo. Y te pregunto: Y vos, ¿qué sos? ¿Sos una zanahoria que parece fuerte pero que cuando la adversidad y el dolor te tocan te volvéis débil y perdés tu fortaleza?

¿Sos un huevo, que comienza con un corazón maleable? ¿Tenías un espíritu alegre y travieso pero después de una muerte, una separación, un dolor, un problema económico o un despido te has vuelto duro y rígido? ¿O sos como un grano de café?

El café cambia al agua hirviente, el elemento que le causa dolor.

El café alcanza su mejor sabor cuando el agua está en su más alto grado de ebullición. Y no solo no cambia, sino que el café mejora al agua.

Si uno lograra ser como el grano de café, se agrandaría ante la situación difícil. Cuando las cosas se ponen peores, uno reaccionaría mejor que nunca y, al hacerlo, mejoraría lo que lo rodea, empezando por el problema.

Nadie dijo que fuera fácil, pero muchos dicen que no es imposible de ninguna manera. Otra dulce lectora, Magalí Moratorio, me mandó un poemita de alguien que te comprende y te cuenta lo que hay que saber.

Este poemita vio la luz hace muchos años pero parece escrito ayer y para nosotros, los argentinos de estos días.

Sabrás cómo se puede

Sabrás del dolor y de la pena de estar con muchos, pero vacío.

Sabrás de la soledad de la noche y de la longitud de los días.

Sabrás de la espera sin paz y de aguardar con miedo.

Sabrás de la soberbia de aquellos que detentan el poder y someten sin compasión.

Sabrás de la deserción de los tuyos y de la impotencia del adiós.

Sabrás que ya es tarde y casi siempre imposible.

Sabrás que eres tú el que siempre da y sientes que pocas veces te toca recibir.

Sabrás que a menudo piensas distinto y tal vez no te entiendan.

Pero sabrás también:

Que el dolor redime.

Que la soledad cura.

Que la Fe agranda.

Que la Esperanza sostiene.

Que la humildad ennoblece.

*Que la perseverancia temple.
Que el olvido mitiga.
Que el perdón fortalece.
Que el recuerdo acompaña.
Que la razón guía.
Que el Amor dignifica.
Porque lo único que verdaderamente vale es aquello que está dentro de ti, y por encima de todo está Dios. Sólo tienes que descubrirlo y así hallarás la verdadera Paz.*

JUAN XXIII

...

Es humano y saludable que se pregunten cómo se empieza. El mismo Juan XXIII, el llamado Papa de la Bondad, lo cuenta en otro poemita. Parece ingenuo pero no lo es, parece fácil y tiene lo suyo, pero si se consigue se ha dado un pequeño paso para el hombre y otro gigantesco para la voluntad.

Solo por hoy

1. Solo por hoy trataré de vivir exclusivamente el día, sin pretender resolver todos los problemas de mi vida de una sola vez.
2. Solo por hoy tendré el máximo cuidado de mi aspecto, seré cortés en mis maneras, no criticaré a nadie y no pretenderé mejorar o disciplinar a nadie sino a mí mismo.
3. Solo por hoy seré feliz en la certeza de que he sido creado para la felicidad, no solamente en el otro mundo sino en este también.
4. Solo por hoy me adaptaré a las circunstancias sin pretender que las circunstancias se adapten a mis deseos.
5. Solo por hoy dedicaré diez minutos de mi tiempo a una buena lectura, recordando que, como el alimento es necesario para la vida del cuerpo, así la buena lectura es necesaria para la vida del alma.
6. Solo por hoy haré una buena acción y no se lo contaré a nadie.
7. Solo por hoy haré por lo menos una cosa que no deseo y, si me sintiera ofendido en mis sentimientos, procuraré que nadie se entere.
8. Solo por hoy me haré un programa detallado. Es posible que no lo cumpla por entero pero lo redactaré. Y me cuidaré mucho de dos grandes calamidades: la prisa y la indecisión.
9. Solo por hoy creeré firmemente —aunque las circunstancias demuestren lo

contrario— que la buena providencia de Dios se ocupa de mí como si no existiera nadie más en el mundo.

10. Solo por hoy no tendré temores. De manera muy especial, no tendré miedo de gozar de la belleza y de creer en la bondad.

Si pensase en hacer todas estas cosas para toda la vida, me asustaría y me parecería imposible. Pero puedo intentarlo sin mayores inconvenientes si me digo que es «solo por hoy».

...

La frase la usan los que publican ofertas en los diarios pero, mucho más importante, es la clave de Alcohólicos Anónimos y de muchos otros grupos que ayudan a luchar contra las adicciones. Nosotros la podemos usar, por ejemplo, para no ser adictos a la tristeza, a la desesperanza, al pesimismo, a la queja eterna, a la depresión. Lo bueno es empezar, como decían los antiguos chinos que aseguraban —y tenían razón, nomás— que el camino de las mil millas comienza con un paso. La cosa es darlo.

También hay quienes sintetizan con un humor suave, cálido y realista lo que hay que saber para lograr ciertas cosas. Así me lo contó en un envío la lindísima modelo y mejor mamá, Florencia Florio.

Todo lo que necesito saber lo aprendí en el Arca de Noé

Uno: No pierdas el barco.

Dos: Recuerda que todos estamos en el mismo barco.

Tres: Planea por adelantado. No estaba lloviendo cuando Noé construyó el Arca.

Cuatro: Mantente en buena salud. Cuando tengas 600 años, alguien puede pedirte que hagas algo muy grande.

Cinco: No escuches a los críticos; simplemente sigue con el trabajo que necesita ser hecho.

Seis: Construye tu futuro en tierra alta.

Siete: Por razones de seguridad, siempre viaja en pareja.

Ocho: La velocidad no siempre es una ventaja. Los caracoles estaban a bordo junto con los chitas.

Nueve: Cuando estés estresado, flota un rato.

Diez: No importa la tormenta. Cuando estás con Dios, siempre hay un arco iris esperándote.

...

Y así es. Dios siempre está. Es curioso, pero estoy seguro de que ustedes han advertido que hay dos grupos humanos que se acuerdan de Él como si siempre lo hubieran frecuentado: los que van presos, muy especialmente los personajes famosos, y los candidatos políticos, en especial los que aspiran a ser presidentes.

Los primeros salen en las fotos con la Biblia en la mano y, en casos, la han leído en serio, lo cual los coloca —después de todo— en una situación mucho más sincera y honorable. ¿De qué madero se va a agarrar uno si de repente su vida naufragó?

Los candidatos suelen insistir —algunos más que otros— en que Dios los va a iluminar, la protección divina nos ayudará, el Señor sabe las intenciones que ellos traen y luego jurarán por Él y por la Patria que harán todo como se debe hacer.

Una de dos: o ellos están especulando y buscan nuestra fibra religiosa más íntima que nos hace pensar en que alguien que habla así no puede ser malo o, sencillamente, Dios no les da pelota.

Como no tengo dudas de que Dios es el Gran Misericordioso, el Gran Perdonador, el Gran Maestro de la Esperanza, descarto la segunda opción. Creo que ellos abusan de Dios, usándolo. No estoy hablando de nadie en especial sino de muchos de ellos. Casi todos, en realidad, salvo los marxistas, que son confesos ateos.

Alguien podría decir que yo también no hago más que mencionar a Dios y estaría en lo cierto, pero yo no busco votos. Tampoco busco vender más libros, ya que el que me lee ya lo compró y lo tiene en sus manos. Yo lo hago, como muchísimos de ustedes, por un amor profundo, tan profundo que no se puede comparar con la presidencia ni con la prescindencia de la Nación, va mucho más allá, va después de mi paso por esta vida.

Dios está siempre, muy cierto. Y hay que estar con Él así, por puro amor, sin reprochar, sin exigir, sin usarlo, sin pedir. A menos que se pida bien. Por un hijo, por ejemplo. Un día, hace rato, yo lo hice. Y nunca, hasta hoy, se lo había mostrado a nadie, ni siquiera a mi hija.

Dame

Dios, dame vida para ver crecer a mi hija.
Paciencia para educarla sin someterla.
Sabiduría para que mis actos no la perjudiquen.
Amor para acompañarla en su camino.
Valor para aceptar lo que ella quiera hacer.

Dios, dame paz para contagiarla a mi hija.
Heroísmo para ofrecer mi vida por la de ella.
Fuerza para ponerle los límites necesarios y justos.
Coraje para no caer en la demagogia fácil pero peligrosa.

Esperanzas para dárselas como remedio para las angustias.
Fe para aceptar Tu Voluntad sobre nosotros.

...

Y no fui el único en hacerlo. Mucho antes lo hizo, a su manera, impecable y sorprendente, el norteamericano que lideró la Segunda Guerra en el Pacífico, el general norteamericano Douglas Mc Arthur, quien lejos del olor a pólvora quemada y el sonido lacerante de los gritos en un campo de batalla, le pidió a Dios como se debe.

Cómo se ruega

Dame, oh, Señor, un hijo que sea lo bastante fuerte para saber cuándo es débil y lo bastante valeroso como para enfrentarse consigo mismo cuando sienta miedo.

Un hijo que sea orgulloso e inflexible en la derrota honrada, y humilde y magnánimo en la victoria.

Dame un hijo que jamás doble la espalda en los momentos en que se debe erguir el pecho. Un hijo que sepa, sobre todo, conocerte a Ti y conocerse a sí mismo, que es la piedra fundamental del conocimiento.

Condúcelo, te lo ruego, no por el camino cómodo y fácil sino por el camino áspero, atacado por las dificultades y los desafíos. Allí déjale aprender a sostenerse firme en la tempestad y, al mismo tiempo, sentir compasión por los que fallan.

Dame un hijo cuyo corazón sea claro, cuyos ideales sean altos. Un hijo que se domine a sí mismo antes que pretender dominar a los demás; un hijo que aprenda a reír pero que también sepa llorar; un hijo que avance hacia el futuro pero que nunca se olvide del pasado.

Y después de que le hayas dado todo esto agrégale, te suplico, mucho sentido del humor de tal manera que pueda ser siempre serio pero que no se tome a sí mismo demasiado en serio.

Dale humildad para que pueda recordar siempre la sencillez de la verdadera sabiduría, la mansedumbre de la verdadera fuerza.

Entonces yo, su padre, me atreveré a murmurar: no he vivido en vano.

...

No es usual, pero yo le pediría a Dios todo eso para quienes nos gobiernen.

A Dios, claro, porque con los gobernantes argentinos ya se acabó el tiempo de desear que todo salga bien, es la hora de exigir.

Si yo fuera presidente empezaría por poner en claro, blanco sobre negro, cuáles son

las prioridades. Como no voy a serlo porque no estoy capacitado para algo semejante, puedo reclamarle lo obvio desde aquí a quien sea que vaya a gobernarnos. Para que no ocurra como tantas veces en que, a algunos, el árbol les tapa el pueblo.

Yo te exijo, gobernante

Que te saques a Dios de los labios y lo pongas en tus actos.

Que dejes de decir la palabra «pueblo» como si fueras de otra casta.

Que se eduque a la gente, empezando por los chicos. Es mucho más fácil manejar una persona inculta que otra que no lo es, pero ya todos conocemos el truco y hay que educar porque el conocimiento es una riqueza que no se extingue ni se vende. Educar salva vidas.

Que produzcas la unión nacional, entendiendo y haciendo entender que de lo contrario nos vamos a desintegrar como país.

Que me garantices la vida, cuidándola. Ya no quiero abrir la puerta de mi casa mirando atrás por sobre mi hombro, con frío en la espalda, ni clavarle los ojos con desconfianza a cualquier pobre tipo como yo que me cruzo en la misma calle a las nueve de la noche y que, seguramente, debe estar alerta conmigo de la misma forma.

Que nos des a todos la oportunidad de ganarnos el pan con el sudor de nuestra frente. No queremos regalos ni prebendas, ni cajas de alimentos ni limosna analgésica. Queremos trabajo y es tu obligación generarlo. Un desocupado no es solamente un candidato a pobre, es alguien que se siente amargado, deprimido, perdedor. Y vos sos su presidente.

Que nos asegures que la justicia existe como debe existir. Que el que las haga las pague de acuerdo con la ley y no con las amistades que tenga. Y que no ocurra más que haya quienes entran por una puerta de la comisaría y salgan por la otra. Cambiá la ley. Proponelo. Para eso estás, hermano.

Que todos los habitantes tengan bajo cuidado su salud. Si en los hospitales no hay algodón o jeringas, hay que comprarlos, viejo. Una sola vida humana vale más que todo tu mandato. No seas homicida culposo.

Que haya derecho al éxito. Si alguien triunfa hay que ayudarlo a crecer más porque es bueno para todos. No es un delito triunfar ni ganar dinero siempre que se haya hecho lícitamente.

Que todos tengamos dignidad. Es una cosa que no nos diste vos ni podrás hacerlo. Nos la dio Dios al nacer. Vos tenés que mantenerla, es tu trabajo. Si manosearan a tu mujer, a tu hija o a tu madre, vos saldrías a pelear sin más preguntas. No dejes que te manoseen la Patria.

Que se nos respete. Las autoridades y los de afuera. Somos todos hermanos, sí, pero nosotros parecemos los Caín de esta familia latinoamericana. No tenés que permitir que nos traten a todos de ladrones, que nos desprecien, que nos humillen. Demostrá con

hechos que no somos soberbios. Hablá aunque la diplomacia diga lo contrario. Nunca hicieron historia los que se callaron la boca y mucho menos los que dejaron que les tocaran el culo.

Que recuperemos la alegría. Mostrarte esperanzado y ganador desde el trono que nosotros te dimos. Sacate el embalaje y sacudite el almidón del alma. Y abrínos las compuertas de las sonrisas, inundanos de ganas.

Que reflatemos el orgullo de ser argentinos, un orgullo suavecito y sin soberbia. *Argento* viene de plata y así estamos: nunca seremos oro, pero somos también nobles.

Que reaparezca el patriotismo, nada de cosa extrema o politizada. Eso que nos llena la boca sin pudores al decir Patria, eso que nos hace levantar la frente y emocionarnos con el himno, eso que nos colma la vida de celeste y blanco no por ser lo mejor sino por ser nuestro. Eso que tienen los yanquis con lo suyo, sin ir más lejos.

Que permitas los sueños. Y para eso tenés que hacernos sentir la libertad. En todo sentido. Sabemos que en el mundo de hoy es simplemente imposible para cualquier país de la Tierra vivir aislado del resto y sabemos que debemos mucho dinero y que los acreedores lo reclaman con sus correspondientes intereses. Aceptá ciertas reglas del juego pero creá otras. Sé un estadista, no un mero presidente. Si nos van a violar, al menos que nos traten de usted. No podemos estar fuera del mundo civilizado, pensar lo contrario es un sentir idealista pero necio. Como no hay más remedio, hacelos pasar a la sala con educación, pero no les digas que se pongan cómodos y mucho menos te saques la ropita mientras les sonreís sugerente.

Que nos des paz. No sé cómo, pero vos tenés que saberlo porque por algo estás allí y yo acá. Se me ocurren un par de cosas: justicia y trabajo. Para todos, lo mejor posible. Muchos que roban lo hacen porque deben llevarle comida a su familia, no sé qué haría yo en su lugar. Otros lo hacen porque da igual, salen enseguida. Danos trabajo y justicia y nos darás paz.

Que garanticen el futuro. La única manera es cumpliendo con casi todo lo anterior en el presente.

Y, si no podés, andate. Dejale el puesto a otro. No tenemos tiempo para perder porque ya perdimos casi todo lo demás.

...

No tenemos por qué dar nada a cambio y, además, ya dimos demasiado. Sin embargo, ofrecemos lo que sigue siendo muy nuestro a pesar de todo.

Los argentinos tenemos aguante, somos solidarios, amamos como si fuera la última vez, no perdemos la fe aunque vengan degollando, somos leales, no nos entregamos, tenemos pudor, somos traviesamente creativos, competimos a lo que sea sin temor, sabemos perdonar, abrimos las puertas de nuestra casa y nuestro corazón a quien quiera, la familia sigue siendo lo más importante, los amigos son de la familia y aún mantenemos casi intacto el sentido del humor.

Todo eso, que no es poco, nos permite tener esperanza y coraje.

La palabra «coraje» nos llega del latín *cor*, es decir, corazón. Nosotros no somos los mejores, claro que no, pero pocos pueblos en el mundo pueden haber dado en toda su historia tantas pruebas de tener más corazón que odio, un corazón tan generosamente abierto que entenece, un corazón de niño, casi, de esos que palpitan con ansiedad deseando ser aceptados y dispuestos a dar lo que sea a quien sea. A esta altura sigo caminando con un paso inusualmente firme para mi espantoso estado físico, pero seguramente impulsado por la historia que recordé y que tiene que ver con lo dicho, algo que muestra cómo es un argentino de verdad. El que habla es su padre, dolorido y orgulloso.

No hay amor más grande (Un hecho real)

«Durante estos últimos años me la pasé investigando para saber qué pasó con mi hijo, el teniente primero de la Fuerza Aérea, Mario Rubén Javier Bordagaray, de 28 años. Él piloteaba un avión Skyhawk A4C, que salió de Villa Mercedes, San Luis, con destino a Mendoza, para hacer unas prácticas. Cuando regresaba comenzó a tener problemas con el avión. Llamó a su jefe de escuadrilla, quien le dijo que aterrizara en el aeropuerto de San Luis, pero para eso tenía que pasar por arriba de la ciudad. Al llegar a San Luis, según los testigos, al avión tenía fuego en las turbinas y se iba a pique sobre el barrio fabril 1° de Mayo. Era un viernes cerca de las 9 de la mañana y el avión iba directo hacia una avenida donde había dos colegios. Para evitar que eso ocurriera, mi hijo lo guió hasta un lugar descampado. Cuando se aseguró que la caída del avión no llevaba peligro a nadie se eyectó, pero ya era tarde, él lo sabía. No se cumplió la secuencia de la eyección y el paracaídas no se abrió. Cayó sobre un eucalipto, atravesó todas sus ramas, terminó en el piso y murió. Al domingo siguiente del accidente, un ingeniero de apellido Teper publicó una carta en el diario *La Nación* que habla sobre los héroes que olvidamos y les pide a las maestras de todo el país que le cuentan a sus alumnos el acto heroico que hizo un muchacho de 28 años que murió por salvar a los demás. Hoy, con el paso del tiempo, entendí la decisión de mi hijo, al principio uno se rebela e insulta. Antes me preguntaba, con lo bueno que era Javier, un joven católico, que participaba de muchos retiros espirituales, debió sentir una desazón muy grande cuando vio que su paracaídas no se abrió. Siempre tuve la sensación de que Javier vivió desesperado sus últimos segundos. Después analizando bien las cosas conseguí comprender que Javier murió con una gran paz. Como su padre, me llenó de honor, y como hombre, me enseñó que los hombres no solo son hombres por llevar los pantalones puestos. Él ofrendó su vida por los demás y no me extraña. Tomó esa actitud porque se dio cuenta de lo que iba a ocurrir. Toda su vida mostró solidaridad hacia los demás. Un día le regaló una máquina de coser a su esposa, Silvia Marcela Mine. A partir de ese momento comenzó a recolectar ropa usada entre sus compañeros de la Quinta Brigada Aérea de Villa Reynolds, San Luis. La

lavaban, hacían pantaloncitos y se los regalaban al sacerdote para que se los diera a los chicos pobres del lugar. Después de unos años volví a San Luis y al departamento donde ellos vivían lo llaman «la casa de la solidaridad», allí se juntan señoras a tejer y a coser y le dan lo que hacen al sacerdote. Su semilla solidaria quedó sembrada. Lo recuerdo muy amante de sus hermanos y su familia, todos los sábados nos juntábamos a almorzar y teníamos largas sobremesas hasta las 7 de la tarde. Él nació un 22 de agosto de 1966 y sus hermanos María Viviana, el 6 de marzo del 70, y Horacio Ricardo, el 20 de marzo del 75. Siempre había una disputa entre ellos porque los dos menores cumplían años juntos y Javier había quedado para atrás y la vida quiso que él quedara para siempre en el medio de los dos, porque el aniversario de su muerte es el 10 de marzo. Al morir, lo sepultamos en Alta Gracia, Córdoba, porque era su deseo. Cuando él era chico íbamos seguido a las sierras cordobesas y siempre soñaba con volar por arriba de las sierras en un avión, y ese cementerio da una sensación muy especial porque es la zona donde los cadetes y futuros pilotos hacen sus vuelos de entrenamiento. Allí es muy fácil escuchar a los aviones y a los halcones volando, por eso en su tumba pusimos algo que él escribió: *“Llevo a Dios en el alma y un halcón en el corazón”*. También en la iglesia cantamos una canción que dice: *“No hay amor más grande que dar la vida por sus amigos”*. Eso cantó Javier toda su vida y lo cumplió.»

...

El relato del padre del héroe es emocionante. Imaginar sus últimos momentos también lo es. Javi sabía que si no se eyectaba a tiempo ya no podría hacerlo, pero eligió salvar a los que estaban allá abajo tal vez porque él quedó para siempre Allá Arriba.

Nadie nos exige un sacrificio tan grande, pero contar lo de Javi sirve para que sepan cómo es un argentino. Los norteamericanos ya hubieran hecho una película con lo sucedido, nosotros le dimos una nota en los diarios y después un silencio molesto. Lo de este piloto con el corazón tan bien puesto sirve, también, para que sus compatriotas sepamos que no se nos pide tanto, para que advirtamos que con mucho menos se puede ayudar a reconstruir el país, construir el futuro y mejorar el presente.

Esto también pasará

Nos pasa a todos, no se asusten cuando los vean venir, pero estén alertas.

Ahí vienen, mírenlos cómo avanzan sin que nadie los detenga, será posible, ya empiezo a sentirme mal. Ahí los veo llegar y son uno, dos, tres, no sé si hay más aunque es posible porque nunca vienen solos, no, jamás. La mayoría los llama problemas, otros son más recatados y les dicen contrariedades, los más reos le baten bolonquis, unos pocos usan el muy fino vocablo dificultades y están también los que tratan de minimizar

la cosa y los llaman asuntos. Llegan varios, por lo general, patoteando. Y hay que tratar de aprender de Napoleón, quien decía que no hay que luchar jamás contra más de un ejército por vez; aun si atacan cuatro al mismo tiempo, el buen estratega lanza sus fuerzas sobre uno, lo vence, luego sobre el otro y así hasta el final. Contra todos al mismo tiempo uno pierde hasta la memoria. Ojo a los síntomas: puede ser un pago atrasado, una discusión con la pareja, hasta una estúpida caída en plena calle. Después van apareciendo los otros problemas, que esperaban escondidos: por ese pago atrasado alguien nos amenaza con un embargo, esa discusión matrimonial crece como alud y de repente vemos revolotear la sombra negra de una separación impensada, la estúpida caída en plena calle puede llevarnos a una operación de cadera y todo se complica porque ellos se reproducen al vernos golpeados y atacan sin piedad. Como siempre, lo mejor es prevenir. Cuando aún no apareció la patota maldita, hay que evitar que lo haga. Y si ya apareció, nada de dejarla avanzar.

Estamos ya en el final de nuestra caminata. Escribo esto en agosto del 2002 y sabe Dios qué estará ocurriendo cuando este librito haya pasado por todas las etapas de edición y esté en tus manos. Aquí las cosas cambian cada hora, así que no soy tan loco como para arriesgar pronósticos, pero sí lo suficiente como para pensar que poco a poco se irán acomodando las piezas del rompecabezas nacional. También se irán acomodando los amigos de quien gane en las elecciones, porque no creo que las cosas se corrijan de la noche a la mañana, y menos eso.

En cuanto a lo que nos ocurre, por otro lado, es invariable que a los problemas más recientes los sintamos como los peores simplemente porque los estamos viviendo y los otros ya pasaron.

Esto también pasará.

No se puede saber qué nos espera más allá de la crisis. Creer, yo creo en Dios. La esperanza es otra cosa, ya quedó dicho. Creer en los portadores de fórmulas mágicas es insalubre.

Pero nunca las cosas son ni tan malas ni tan buenas como las sentimos al vivirlas. Algo hay detrás de todo. A veces nada es lo que parece ser. Por ejemplo:

Un más que famoso personaje de la historia mundial fue despedido dos veces de sendos trabajos; siempre le encantó dormir hasta el mediodía; cuando asistió a la universidad reconoció haber consumido opio; fumaba de manera temible; le encantaba ser ostentoso en sus viajes en grandes yates de amigos y solía beber casi una botella de whisky por día. El mundo lo conoció como Sir Winston Churchill.

Otro más que famoso personaje de la historia mundial fue condecorado como héroe en la Primera Guerra; siempre fue vegetariano; jamás fumó; bebía cerveza pero muy poca y nada más que en ocasiones especiales; nunca se le conocieron relaciones extramatrimoniales; amaba a los animales, en especial a su perro y le encantaba pintar paisajes. El mundo lo conoció como Adolfo Hitler.

Nunca se sabe. Detrás de tanto infortunio puede estar esperando un destino prodigioso. Mi trabajo en los últimos doce años me permitió escuchar historias que no pueden ser explicadas por la razón. A nuestro presente le pasa lo mismo. ¿Por qué no

habría de pasarle a nuestro futuro?

Mientras tanto, en estas líneas, juntos, repasamos nuestras culpas; honramos al coraje; nos dimos aliento; nos enteramos de alguna cosa nueva y homenajeamos a la esperanza. Son nada más que palabras, ya lo sé. Pero es mejor esto que tirarnos pálidas o, lo que es peor, callarnos y mirar para otro lado.

Vamos, dale, caminemos. Tal vez, caminando, la vida nos vuelva a juntar, como decía ese bolero de la época en que yo todavía silbaba por la calle, tomaba Refrescola y soñaba con que un día iba a ser periodista para ayudar a la gente. Más que nada por eso, para ayudar a la gente, que es la mejor manera de ayudar a la vida. La vida, Dios mío, eso es lo que importa por sobre todo. Hay dos definiciones de ella que siempre me encantaron, una por graciosa y la otra por real.

...

«La vida no tiene sentido. O, peor aún: tal vez lo tenga pero yo no lo entiendo».

ANÓNIMO

...

«La vida no tiene sentido. Hay que dárselo».

CHARLES CHAPLIN

...

Magnífico. Cada uno de nosotros le da sentido a la vida, es una elección personal. Les ruego que lean con atención y ganas el texto que sigue, algo que me envió por correo electrónico mi amiga Marcela Guerrero sin que, lamentablemente, pueda saberse quién lo escribió. Es un argentino, de eso no hay dudas. Abrazo desde aquí a quien sea. Al finalizar ese texto se anuncia con ironía y humor que no es una de las típicas «cadenas» que nos traerán catástrofes si no las continuamos. Nos deja la opción de hacer con eso lo que deseemos, pero agrega que si amamos a nuestros hijos sería buena idea hacer circular esa carta para que la mayor cantidad posible de gente piense sobre este tema.

Amo a mi hija, sí. Y también a ustedes. Por eso es un placer hacer circular lo que sigue.

La diferencia que hace la diferencia

Los deseos primarios de todas las personas son la felicidad, progresar y ganar dinero. Una forma de lograr estos objetivos es siendo rico y próspero. Así como hay personas

pobres y personas ricas, hay países pobres y países ricos.

La diferencia entre los países pobres y los ricos no es su antigüedad. Queda demostrado con los casos de países como India y Egipto, que tienen miles de años de antigüedad y son pobres. Al contrario, Australia y Nueva Zelanda, que hace poco más de 150 años eran desconocidos, hoy son países desenvueltos y ricos.

La diferencia entre países pobres y ricos tampoco está en los recursos naturales de que disponen. Japón tiene un territorio muy pequeño y su 80% es montañoso, malo para la agricultura y ganado, sin embargo es la segunda potencia económica mundial. Su territorio es como una gran fábrica flotante que recibe materia prima de todo el mundo y los exporta transformados acumulando su riqueza.

Por otro lado se encuentra Suiza, sin océanos, pero que tiene una de las mayores flotas náuticas del mundo. No tiene cacao, pero sí el mejor chocolate del mundo. En sus pocos kilómetros cuadrados cría ovejas y cultiva el suelo solo cuatro meses al año, ya que el resto es invierno, pero tiene los productos lácteos de mejor calidad de toda Europa.

Igual que Japón, no tiene productos naturales pero da y exporta servicios con calidad muy difícil de superar. Es un país pequeño que da una imagen de seguridad, orden y trabajo que lo convirtió en la «caja fuerte» del mundo.

Tampoco es la inteligencia de las personas la diferencia, como lo demuestran estudiantes de países pobres que emigran a los países ricos y consiguen resultados excelentes en su educación. Otro ejemplo son los ejecutivos de países ricos que visitan nuestras fábricas y, al hablar con ellos, nos damos cuenta de que no hay diferencia intelectual.

Finalmente, no podemos decir que la raza hace la diferencia pues en los países centroeuropeos o nórdicos vemos cómo los llamados «*ociosos de América Latina*» (nosotros, por supuesto) o de África, demuestran ser la fuerza productiva de esos países.

Entonces... ¿Qué hace la diferencia?

La actitud de las personas hace la diferencia.

Al estudiar la conducta de las personas en los países ricos se descubre que la mayor parte de la población cumple las siguientes reglas:

1. La moral como principio básico.
2. El orden y la limpieza.
3. La integridad.
4. La puntualidad.
5. La responsabilidad.
6. El deseo de superación.
7. El respeto a las leyes y los reglamentos.
8. El respeto por el derecho de los demás.
9. Su amor al trabajo.
10. Su esfuerzo por la economía y el mejoramiento.

¿Necesitamos más leyes? ¿No sería suficiente cumplir y hacer cumplir estas diez simples reglas?

En los países pobres, solo una mínima, casi ninguna, parte de la población sigue estas reglas en su vida diaria. No somos pobres porque a nuestro país le falten riquezas naturales o porque la naturaleza haya sido cruel con nosotros. Simplemente por nuestra actitud. Nos falta carácter para cumplir estas premisas básicas del funcionamiento de una sociedad.

Si esperamos que el gobierno solucione nuestros problemas, esperaremos toda la vida.

Cuanto más empeño pongamos en mejorar nuestra actitud, más cerca estaremos en la posibilidad de que nuestro país entre en la senda del progreso y el bienestar.

...

Drástico y hasta doloroso, pero real. Generalizar sin más es un error, ya que seguramente quien escribió ese texto no es la única persona que piensa así en el país; muchos argentinos están dispuestos, también, a mejorar su actitud. Y otra cosa: si bien es cierto que no podemos sentarnos a esperar que los gobiernos solucionen nuestros problemas, también lo es que son ellos los que deben apretar ciertas tuercas para las cuales nosotros no tenemos las herramientas necesarias.

En los Estados Unidos —adonde siempre miramos con una mezcla de bronca y envidia— los hospitales públicos tienen muchos más recursos que el mejor de los nuestros porque los impuestos de la gente no se pierden en el camino, al menos no todos. Y si alguien no tiene el documento que lo acredita como afiliado al sistema de servicios sociales de ese país, pagará 400 dólares por un corto traslado en ambulancia, otro tanto por una atención en la guardia del hospital y una fortuna por cualquier tratamiento posterior.

El seguro de desempleo funciona en serio. No solo se le paga al desocupado una cifra determinada sino que se le exige que busque trabajo y que demuestre con pruebas los motivos por los que aún no lo tiene.

La seguridad es mucho mejor que la nuestra, es verdad, pero un policía uniformado de la ciudad de Nueva York tiene un sueldo mensual promedio que supera los 1.500 dólares. En nuestra Policía Federal o Bonaerense, un agente percibe menos de 150 dólares al mes.

Y así podemos seguir por un rato.

Nosotros tenemos que cambiar la actitud, rigurosamente cierto, pero también tiene que hacerlo el gobierno. De lo contrario, sería como homenajear a un sordo llevándolo a un concierto de piano.

Pero van a mejorar. Hasta ellos, los gobernantes, no tendrán otra salida que mejorar. Porque, si no lo hacen, los va a pisar el tren de la historia.

...

Los que leyeron mi librito anterior, *Milagros más que nunca*, advertirán que el texto que sigue ya fue publicado allí, pero hay un motivo muy especial para repetirlo, algo que les contaré al fin de este relato.

La casualidad no existe

En el año 258 de nuestra era, el emperador Valeriano mandó decapitar al Papa y a sus seis diáconos. Mataron al pontífice y a cinco de ellos, pero aún dejaron con vida a Lorenzo, a quien le ordenaron que les llevara los tesoros de la iglesia. Lorenzo reunió a los pobres, desamparados y enfermos, a los que cuidaban y daban de comer, y con ellos se presentó al emperador. «*Estos son los tesoros de la Iglesia*», le dijo señalando a los desprotegidos. El emperador, enfurecido, ordenó que lo mataran con tortura. Lorenzo fue atado a una parrilla y encendieron el fuego debajo suyo. Fue impresionante para todos que no dejara de hacer bromas a sus verdugos ni por un segundo, hasta el instante último de su muerte.

Unos mil trescientos años después, Felipe II de España debía combatir contra los franceses y eligió para hacerlo el día en que murió Lorenzo, el 10 de agosto. La batalla fue la de San Quintín y Felipe II salió victorioso a pesar de tener mucho en contra. Cuando alguien le preguntó a Felipe II por qué había elegido esa fecha para el enfrentamiento, él les elijo que era el día de San Lorenzo mártir, el que había logrado morir en una parrilla haciendo bromas, sin un quejido. Y al vencer a la misma muerte había demostrado que nada era imposible. Felipe II mandó construir en su homenaje el monasterio de El Escorial que tiene la forma de una gigantesca parrilla. Y la tradición hace que aún hoy muchos repitan que el 10 de agosto es el día de San Lorenzo, el día de las batallas que parecen perdidas pero se ganan, el día de los milagros.

Cuando todo es posible.

Hoy es 10 de agosto. No busqué de ninguna manera llegar al final de este librito en una fecha determinada, es absurdo y difícil intentar eso. Son las once y treinta y tres de la noche del 10 de agosto y no creo en las casualidades pero sí en las diosidades, las señales de Dios. Tal vez sea su forma de repetirnos una vez más «*no tengan miedo*»; de decirnos que las cosas van a ir mejorando, aun cuando ahora no nos parezca probable.

Pero hoy es 10 de agosto. Cuando todo es posible.

...

Ahí se van, mírenlos cómo huyen sin que por supuesto nadie los detenga, ya empiezo a sentirme bien. Aquel, ese problema que no me dejaba dormir, mírenlo cómo corre, y atrás esos dos más. Eso es, fíjense cómo huyen. Ustedes y yo sabemos que esos problemas o unos nuevos van a volver tarde o temprano. Pero aquí estaremos, de pie.

Sabiendo más sobre el coraje, la esperanza, el amor, el humor, la fe, la nobleza, la vida. Sabiendo, también, que cuando los problemas llegan sentimos que se quedarán para siempre y que son los peores jamás vividos, pero que, a la larga, se van como ahora, mírenlos, no olviden que no son eternos y que se les puede pelear. Y si nos olvidamos, aquí está este librito que nos queda para siempre, para refrescarnos la memoria y actuar como una coraza de papel impenetrable para el desánimo. No tengan miedo, nunca están solos, Dios no abandona.

Después de todo

Hasta la mitología nos da ejemplos que ayudan. Por favor, lean lo que sigue, una historia de amor que sintetiza, también, la esperanza y el coraje. Es del Antiguo Egipto, pero no se asusten, no tiene nada de aburrida sino al contrario. Hagan de cuenta que es algo que pasó en el barrio o la síntesis de una telenovela y servirá igual para lo que busquemos.

Osiris era una de las máximas divinidades del Antiguo Egipto, una figura extraordinaria que representaba a las fuerzas productivas de la naturaleza.

Como se lo honraba, también, como dueño de la puesta del sol, era asimismo el monarca del reino de los muertos. Algo impresionante, en especial teniendo en cuenta la muy fuerte creencia en la vida eterna que tenían aquellas gentes. Fue rey de Egipto, tenía muchísimo poder y se dice que fue él quien hizo conocer a su pueblo cosas que antes no habían existido: las leyes, la agricultura y la religión. Casi nada.

Estaba casado con Isis, diosa femenina de las fuerzas productivas de la naturaleza. Isis era hermana de Osiris, pero esas cosas eran solamente pequeños detalles para los egipcios y, especialmente, si se trataba de dioses ya que nadie les discutiría.

Había otro hermano, Set, pero con ese no se casó sino que mantenía una rivalidad, a la que Osiris no le daba mucha bolilla pero que era acrecentada por la profunda envidia del otro. Lo de las familias que se pelean frente a las cámaras de televisión no es nada nuevo, como ven. Pero este era peor que todo lo que ustedes hayan visto, aunque parezca mentira.

Set le tendió una trampa a su exitoso hermano y lo mató. Luego lo cortó en montones de pedazos y ordenó que fueran enterrando a lo largo de la costa del Nilo cada una de las partes de Osiris, sin dejar rastros.

La pobre Isis se desesperó ante algo tan abominable, pero no se quedó llorando a orillas del río. Se lanzó a la casi imposible tarea de recuperar cada uno de los fragmentos de su amado. Paso a paso, poco a poco, terminó reuniendo todos los pedazos de Osiris. Luego, usando sus poderes de diosa, lo devolvió a la vida. El amor triunfó sobre todas las cosas. Tuvieron un hijo, Horus, que vengó a su padre matando a Set y ocupando su lugar en el trono como uno de los más importantes gobernantes de Egipto. Ustedes lo conocen: es el que en los grabados aparece como un hombre con cabeza de halcón y era el dios del cielo y de la bondad. Después de su transitoria resurrección, suficiente para ser padre, Osiris retornó a la tierra de los muertos. Y agregó otro honor a los que ya tenía: se lo consideró desde entonces el monarca de la vida renovada. Nada menos.

...

Eso es lo que hay que hacer: juntar los pedazos y volver a unirlos. Los del país, los del alma. Ser los monarcas de la vida renovada. Resucitar de entre los muertos. Caminar

empujados por la esperanza y ganarles a los malos de la película. Dame la mano, vamos. Vas a ver que se puede.

Índice

Portadilla	4
Legales	5
Agradecimientos y afectos	7
Ante todo	9
1 Busca lleno de esperanzas	12
2 Pelotas	30
3 Pelos tiene mi barba	56
4 Estaciones	74
5 Dedos	95
6 Pasos hacia la luz	121
7 Maravillas	139
Después de todo	170